





D G CL
A

t. 162123

c. 1206444



R.128901

PARÁBOLAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(LOS PEDIDOS, Á D. VICTORIANO SUÁREZ)

Pesetas

| | |
|--|----|
| Ripios aristocráticos (sexta edición), un tomo en 8.º | 3 |
| Ripios académicos (tercera edición), un tomo en 8.º . . | 3 |
| × Ripios vulgares (segunda edición), un tomo en 8.º . . . | 3 |
| × Ripios ultramarinos (montón 1.º, 2.º y 3.º, segunda edición; el montón 4.º nuevo, con el retrato del autor), cuatro tomos en 8.º | 12 |
| Encuadernados en tela | 15 |
| (Se venden separados.) | |
| Fc de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición), cuatro tomos en 8.º | 12 |
| (Se venden separados.) | |
| × Des-trozos literarios , un tomo en 8.º | 3 |
| × Agua turbia , novela (segunda edición), un tomo en 8.º | 3 |
| La Condesa de Palenzuela , novela. — ¡ Á buen tiempo! , íd. — Inconsecuencia , íd. — La prueba de indicios , íd. — Metamorfosis , íd. Estas cinco novelas en un tomo en 8.º con el título de Novelas menores . | 3 |
| × Rebojos (zurrón de cuentos humorísticos), segunda edición, un tomo en 8.º | 3 |
| × Capullos de novela (segunda edición), un tomo en 8.º (encuadernado en tela) | 4 |
| Agridulces políticos y literarios , dos tomos en 8.º . . | 6 |
| (Se venden separados.) | |
| Historia del corazón , idilio, agotada. | |
| D. José Zorrilla (biografía crítica) | 1 |
| Pedro Blot , traducción de Paul Feval | 2 |
| Cuentos de afeltar , edición ilustrada | 2 |
| Sobre el origen del río Esla (con un mapa) | 2 |

EN PRENSA

× **Ripios geográficos.**

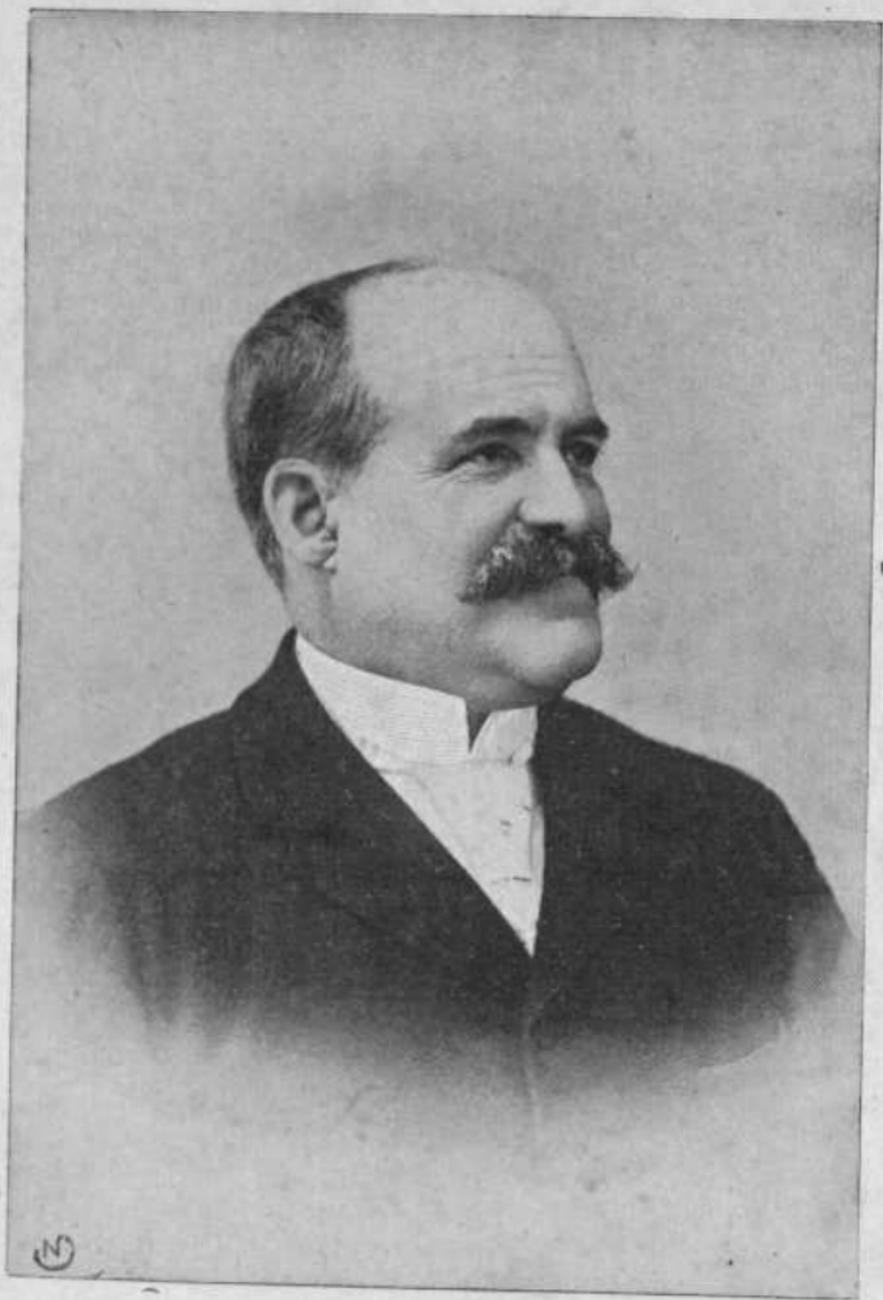
EN PREPARACIÓN

El beato Juan de Prado.

Imitación de Cristo, de Kempis, traducción del latín.

Diccionario de la lengua castellana.





Antonio de Velez

PARÁBOLAS

POR

DON ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)



MADRID

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Calle de Preciados, núm. 48.

—
1904

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

I

LAS MANZANAS





LAS MANZANAS

—Ven conmigo, te enseñaré la huerta— me dijo el abad en cuanto acabé de merendar, que era lo primero que había hecho al llegar á su casa.

Y cogiendo una llave que estaba colgada á lo bajero de la espetera, junto al calendario, miró al motril, que era un rapacete poco mayor que yo de estatura, aunque de bastante más edad, pues se conocía que era ya reviejo, y le dijo:

—Ven tú también, que no dejaré de haber por allí que hacer alguna cosa.

Echamos á andar por una calle que no tenía casas más que á un lado, á la mano izquierda. Por la derecha corría una presa de agua muy clara, y á la orilla de allá había tapias y sebes, por encima de las cuales se veían árboles con fruta.

De trecho en trecho había, tendidos sobre la presa, un madero, un tablón, una losa, que

daban paso más ó menos cómodo y fácil á las entradas de las huertas.

Después de haber andado un poco á la calle abajo, llegamos enfrente de una cerca más alta que las otras, revocada de argamasa bien cargada de cal, y cubierta todo á lo largo por una hilada de escardamulos con tapines encima.

Pasamos la presa por una gran piedra de grano medio labrada que servía de pontiga: el abad metió la llave en la cerradura, destrancó, empujó la puerta, que estaba pintada de color de hierro oxidado, y separándose hacia la izquierda, me dijo:

—Entra.

Obedecí, y al atravesar el umbral me quedé pasmado: no había visto jamás tanta manzana junta.

Era la huerta un cuadrilátero muy extenso, hermosamente encampecido y todo plantado de manzanales. Sobre el verde vivo de la hierba otoñal se destacaban innumerables manchas redondas de diferentes tonos, verde algo más claro, verde otro poco más claro todavía y rayano al amarillo, amarillo del todo, anaranjado, color de rosa, encarnado vivo y encarnado oscuro; que de todos estos colores y de otros cien matices intermedios eran las manzanas de que estaba como empedrada la campera, figurando caprichoso mosaico.

Al levantar la vista del suelo me encontré

con los árboles, y mi asombro creció hasta lo indecible. No se veían hojas, porque á éstas no las había quedado sitio donde vivir. Piñas muy apretadas de manzanas de todos tamaños, metidas unas por entre otras, hacían á las ramas cimeras abangarse con el peso hasta posar sobre las inmediatas, que á su vez descansaban sobre otras inferiores, y éstas sobre otras, y así sucesivamente, hasta llegar á las de abajo, que estaban conteadas para que no se esgarrasen.

—¡Qué hermosura!—hube de exclamar después de unos momentos de admiración silenciosa.

—¿Te gusta la huerta?—me dijo el abad sonriéndose cariñosamente de ver mi entusiasmo.

—Muchísimo—le contesté con ferviente sinceridad, sin acertar á separar la vista de las manzanas...

Acababa yo de merendar, como he dicho, y recuerdo que lo había hecho bien, con aquellas ganas con que se merienda á los nueve años... Después de meterme entre pecho y espalda un chorizo y un trozo de trucha, cada cosa con su zoquete de pan correspondiente, me había comido de postre un gran racimo de uvas, que me gustaban más que las manzanas... Pero las manzanas también me gustaban mucho, y no me hubiera costado gran trabajo meter el diente á una de aquellas más

tentadoras que se medio escondían entre la hierba. No me atreví sin que me lo mandara el abad, que de seguro no me lo mandaba porque no podía sospechar mi deseo habiendo sido testigo de la merienda.

Mientras yo seguía en mi arrobamiento comenzó él á dar órdenes al motril.

—Mira—le decía, —endereza un poco aquel cuento, que está desaplomado, y si sigue venciéndose hacia adentro y se cae, se va á romper la rama... Después, quita el agua de aquella esquina, que hace ya días que se está regando, y échala aquí por este medio, que es donde ahora hace más falta... Y... oye: mañana, si llegamos allá, pides á mi sobrina una cesta y vas llevando todas estas manzanas caídas para írselas echando á los gochos...

—¿A los gochos?—dije yo sin poderme contener, con un acento especial, mezcla extraña de asombro, de protesta, de reconvencción y de súplica...

El abad, que debió de comprender por la vehemencia y por el tono de mi pregunta el verdadero escándalo que me había causado su determinación de echar á los cerdos aquellas hermosas manzanas, se apresuró á decir para tranquilizarme:

—Están cocosas.

—Pero... ¿todas están cocosas?—le repliqué yo, en mi deseo de impedir la ejecución de aquella orden que me parecía un desatino.

—Todas—me contestó el abad;—vamos, casi todas... Puede haber entre ellas alguna sana que haya caído al chocar una rama con otra cuando arrecia el aire; pero bien pocas serán: de ciento, una... Mira, ¿ves ésta... y ésta... y ésta?...—decía mostrándome los agujeros de tres ó cuatro que acababa de coger del suelo.—Por lo regular—añadió—todas las que están ya abajo tienen coco... y también le tienen algunas que todavía están arriba y que poco á poco irán cayendo...

Salimos de la huerta, sin el motril, que se quedaba mudando el agua, y me enseñó el abad las afueras del pueblo, ponderándome la belleza y fertilidad del campo.

Yo asentía á sus ponderaciones y le decía amén á todo, porque le iba ya queriendo y sentía contrariarle; pero, en realidad, no me gustaba aquello gran cosa.

Quitando la huerta, que esa sí me había encantado, por todo lo demás me parecía mucho mejor mi pueblo, con su monte cercano y su río grande y su puente de piedra...

Después me llevó á presentar al dómine... Porque debo decir á ustedes que yo era enviado á aquel pueblo á estudiar latín. Y después de la presentación, que fué seguida de un rato de plática sobre lo conveniente que es la aplicación al estudio en los primeros

años de la vida, volvimos á casa cuando ya estaba anocheciendo.

El abad, que no era otro que el párroco del pueblo, á quien daban aquel título por haber sido antiguamente la parroquia una abadía de benedictinos, dijo que tenía que rezar por lo menos vísperas y completas, y que si no tuviéramos mucha prisa de cenar rezaría también maitines y laudes...

Comprendiendo yo que la consulta, aunque formulada en plural, se dirigía principalmente á mi humilde persona, le dije que á mí no me daba cuidado tardar un buen rato en cenar porque todavía no tenía gana.

Subióse, pues, el abad á rezar, y su sobrina, que era una criatura angelical, de tres ó cuatro años más que yo, mientras la criada preparaba la cena, me estuvo enseñando las láminas de la *Historia de la Conquista de Méjico* para que no se me hiciera el tiempo largo.

Cuando el abad acabó su rezo, bajó del cuarto de estudio, rezó con nosotros el rosario en la cocina y después cenamos.

En seguida comenzaron á achicárseme los ojos y á querérseme cerrar, y aunque yo procuraba estirarlos para que no se me conociera que tenía sueño, el abad debió de notarlo, porque me preguntó si quería ya acostarme; y al contestarle que no tenía inconveniente, mandó al motril que encendiera una vela y

fuera á enseñarme la cama, dándole las señas del dormitorio.

—Si acaso tienes miedo ó te sientes mal—me dijo al dar yo las buenas noches,—no tienes más que tocar un poco en la pared y en seguida te oigo: estoy allí al lado.

Me acosté y me dormí muy pronto; pero me dormí pensando en lo que más me había llamado la atención aquel día, en lo que más vivamente había herido mi imaginación de rapaz: pensando en las manzanas.

Y, claro, soñé con ellas.

Figuróseme que entraba en la huerta y me quedaba extasiado al ver aquella bendición de Dios, y oía escandalizado la resolución del abad de echar á los gochos las manzanas caídas... Todo lo mismo que había sucedido por la tarde...

Después veía entrar al motril armado de una cesta de mimbres negruzcas y disponerse á cumplir la orden de su amo, comenzando á coger las manzanas del suelo. Parecía-me que éstas se estremecían de horror entre la hierba pensando en su ignominioso destino, y que se tocaban unas á otras como excitándose á protestar de algún modo y á no sufrir en silencio la injuria... Por fin creí oirlas hablar en tonos de violencia extraordinaria.

—¿Cuándo se ha visto desafuero semejante?—decía una.

—¿Quién pudo nunca pensar ni imaginar siquiera—decía otra—que la manzana, la fruta más fina y más hermosa y la de más delicado perfume, había de ser destinada á engordar animales inmundos?

—¿Conque en vez de ser presentadas—exclamaba otra—en elegante frutero de cristal en la mesa de los señores, según nos aseguraba la tradición, vamos á ser echadas en la artesa de los gochos?

—¿Y nuestra piel, suave y olorosa, que había de ser separada sutilmente con cuchillo de plata ó de oro—añadía otra,—la han de romper groseros y asquerosos colmillos, después de revocada en el estiércol de la pocilga?

—Eso es inaudito... es atentatorio á nuestra dignidad y á nuestros derechos...

—Eso es una tiranía insoportable.

—Eso no se puede consentir...

—Eso no se debe tolerar—continuaron diciendo con creciente ardor otras varias.

—¡Es verdad!—dijo con amargura otra más reflexiva.—Todo eso es verdad: tienen ustedes mucha razón... Pero, ¿qué podemos hacer nosotras contra esa orden severa y despiadada?... No tenemos más remedio que sufrir el insulto... Estamos imposibilitadas para toda resistencia... Las que podían hacerla eran las de arriba, si tuvieran compañerismo

y espíritu de clase... Las que están todavía en las ramas, esas podían fácilmente hacer imposible el cumplimiento de la orden cruel...

—¿Cómo? ¿Quiere usted decirnos cómo?—preguntó con interés desde un árbol una manzana de apariencia sana y robusta.—Muy fácilmente—respondió la de abajo:—con sólo dejarse ustedes caer todas á un tiempo mezclándose con nosotras... Veríamos entonces si el abad tenía valor para hacernos llevar á todas al cubil de los gochos, renunciando al gusto de comer manzanas y á la satisfacción de regalarlas y á la ganancia de venderlas...

—¡Es verdad, es verdad!... Tiene razón la compañera caída—dijo regocijada, dirigiéndose á sus vecinas de las ramas próximas, la manzana que había hecho la pregunta.—Es verdad... Muy bien pensado. Eso es lo que tenemos que hacer para que no pueda el tirano salirse con la suya: dejarnos caer todas mezclándonos con las sentenciadas y haciendo causa común con ellas... Así se librarán del triste destino que las amenaza.

—¿Pero á usted qué la importa que se libren ó que no se libren?—la dijo otra que estaba en la misma rama, un poco por bajo.

—¿Que qué me importa?... Muchísimo. ¿Pues no ha de importarme? Nos importa á todas conservar el honor de la clase. Nos importa á todas que no se diga nunca que se han echado manzanas á puercos.

—Manzanas cocosas.

—Pero manzanas, y no debemos consentir que se las desprecie y envilezca de ese modo.

—Déjelas usted, que bien merecen la severidad del dueño de la huerta. Que se hubieran mantenido puras, y no las pasaría eso... Al que sea judío que le quemem.

—Eso es egoísmo.

—Es amor á la justicia, y me extraña mucho que usted defienda con tanto calor...

—Pues no la extrañe á usted—dijo terciando en la discusión otra que estaba un poco más alta.—No la extrañe á usted que esa hable así, porque también tiene coco...

—¡Lo dirá usted!—replicó de muy mal humor la aludida.

—Lo digo yo, porque es verdad, porque desde aquí la estoy viendo á usted la coquera, ahí, á un lado de donde estuvo la flor.

—¡Toma, toma!... Ahora me explico—dijo la que primero había entrado en el debate;—ahora me explico que se interesara tanto por las cocosas... siendo una de tantas... naturalmente.

—Pues de mí no creo que puedan ustedes decir eso—interrumpió otra coloradeja y asoleada desde lo cimero del árbol, mientras la primera abogada de las cocosas callaba corrida de vergüenza; no creo que se atrevan ustedes á llegar hasta mi altura con sus ma-

liciosas insinuaciones; y sin embargo, opino lo mismo: que no debemos desamparar á las caídas, sino unirnos á ellas, y lo que sea de unas será de otras.

—¡Rara conformidad!— dijo una de las que habían hablado antes.

—Yo soy así—continuó la última interlocutora;—yo creo que debemos defender á esas hermanas nuestras, aun con riesgo de la propia felicidad, por espíritu de clase, tengan ó no tengan razón: si la tienen, porque la tienen; y si no, porque el compañerismo y el desinterés y la abnegación...

Un ligero soplo de viento la desprendió de la rama según estaba hablando, y cayó al suelo, presentando en la cara que quedó para arriba un agujero descomunal, por donde, sotrónado con el golpe, comenzó á salir perezosamente un coco tan gordo como el mi dedo meñín.

—¡Mírenla ustedes, mírenla ustedes!—se decían arriba las sanas unas á otras.

—¡La de la abnegación!...

—¡La del desinterés!...

—¡La del compañerismo!...

—Lo que ella buscaba era la abnegación de las demás para que la redimiéramos de la ignominia.

—Por eso clamaba porque nos uniéramos y nos confundiéramos con las cocosas... porque también ella tenía coco.

—Si no podía menos, ya lo dice el refrán: el que no tiene coco no gime...

.....

El asco que me daba ver salir aquel gusano tan grande y tan feo de la manzana recién caída me hizo despertar... Al principio no sabía dónde estaba; después, poco á poco me fuí dando cuenta de mi situación, y me volví á dormir tranquilamente.

—¿Dormiste bien?—me preguntó el abad por la mañana.

—Sí, señor, grandemente—le dije.—Siempre duermo bien.

—Si acaso habías extrañado la cama... Como era la primera noche...

—No, no la extrañé nada: me dormí en seguida... Pero soñé unas cosas...

Y le conté el sueño con todos sus pelos y señales.

—Es raro—me dijo cuando concluí la relación,—es raro que soñaras todo eso, que es precisamente lo que pasa en la realidad de la vida, donde el espíritu de clase suele ser casi siempre espíritu de iniquidad, espíritu de resistencia contra la razón y contra la justicia... Ya lo verás andando el tiempo... Los que promueven uniones y confusiones como la que pretendían en ese sueño tuyo las manzanas cocosas; los que quieren hacer causa

común con los reos de alguna culpa, y toman á pechos el estorbar que se les aplique el castigo correspondiente, lo hacen porque son tan malos como ellos, porque están manchados con la misma culpa, ó, por lo menos, están dispuestos á mancharse... Lo tengo yo muy observado, y efectivamente dice bien el refrán: el que no tiene coco no gime.

II

PANFILIA

PANFILIA

Á mano izquierda, poco antes de llegar al pueblo adonde íbamos mi hermana y yo á pasar el verano, se encontraba la posesión de D. Benigno, bautizada por él con el nombre pomposo y cursi de *Villa-Goya*, no en honra y gloria del desvergonzado pintor, de quien D. Benigno regularmente no sabría siquiera que había existido, sino en obsequio á la dueña del palacio y del corazón de D. Benigno, á la cual sus padrinos de pila, sin duda por no saber que había de llegar á ser persona tan ilustre, por no sospechar siquiera que había de tener la suerte loca de casarse con «el indiano», la habían hecho bautizar con el vulgar y humilde nombre de Gregoria.

Cerrando el frente que daba á la carretera, se extendía, sobre zócalo de piedra calar, y entre pilastras cuadrangulares de la misma materia, una sencilla verja de hierro, á través de la cual se veía lo primero una ancha

cenefa verde, formada de plantas de frambuesa; después un llano muy grande tapizado de verdura y de flores, moteado de árboles frutales, surcado por sonrientes presas de agua cristalina, y en último término, engaramada ya en la ladera del monte, la casa, que era lo que llaman un *chalet* á la suiza, de aspecto risueño y agradable.

Á los dos extremos de la línea de verja, que tendría unas doscientas varas de longitud, se alzaban dos torreones cilíndricos de la misma clase de piedra que el zócalo y las pilastras, y sobre cada uno de ellos un cenador formado de palos de roble con corteza, y entoldado de ramos de parra entremezclados con madreselvas y jazmines.

De estos dos torreones partían, en sentido perpendicular á la carretera, dos cercas de mampostería que iban á perderse en las espesuras del monte.

—Tiene usted una posesión muy hermosa—le dije á D. Benigno, que nos estaba aguardando en la carretera, para saludarnos é invitarnos á pasar.

—Hay que verla por dentro—me contestó; —conque háganme ustedes el favor de bajarse del coche y entrar á refrescar y descansar un rato, y aun á pasar la noche, si ustedes quieren dispensarme tanto honor...

—Muchas gracias—le dijimos;—nos esperan esta tarde,

—Bueno; pues ya que no puedan ustedes darme ese gusto, á lo menos me honrarán ustedes aceptando un refresco; las tardes son ahora muy largas, y aunque me complazcan ustedes, les queda tiempo de sobra para llegar de día al término de su viaje.

Nos apeamos, efectivamente, y entramos por unas puertas grandes que había al medio de enverjado, siguiendo luego por una calle de frutales, detrás de D. Benigno, que nos iba dando minuciosas noticias de la procedencia, de la edad y de la clase de cada uno.

—Repito que tiene usted una finca muy hermosa—le volví á decir,—bien situada, resguardada del cierzo, bien cultivada, y dispuesto en ella todo con gusto exquisito.

—Mil gracias—me contestaba D. Benigno, esponjándose algo con mis elogios, pero sin entusiasmarse, y dejando entrever que no estaba del todo satisfecho.

Siguió enterándonos de los nombres y cualidades principales de los árboles y de las flores que más nos llamaban la atención; y cuando llegábamos ya cerca de la casa, subiendo la cuesta por un sendero de caprichosas curvas, sombreado de garamitales, cerezos y avellanos y orlado de damasquinas violetas y claveles, volví á ponderarle á D. Benigno su quinta, diciéndole:

—Esto es delicioso. Ahora me explico por qué suele usted alargar tanto el veraneo, por

qué va usted tan tarde á Madrid. Aquí se estará grandemente.

—No crea usted—me replicó el indiano, con una sonrisa y un acento ligeramente matizados de amargura;—no crea usted que es todo oro lo que reluce.

—Pues no sé qué pueda haber aquí que no sea oro—le repliqué;—oro purísimo de alegría y de bienestar entre estas sendas perfumadas, y estos árboles cargados de fruta, y estos arroyos sonrientes y estos prados floridos...

—*Latet anguis in herba*—me interrumpió echándose las de erudito, pero sin abandonar el tono melancólico de antes.—Aquí se puede aplicar muy bien—continuó—ese dicho de que entre la hierba se esconde la serpiente; porque tan hermosa como á usted le parece la posesión, hay en ella tal abundancia de sabandijas, que no le dejan á uno vivir... En primer lugar, hay una verdadera plaga de ratones y topos que todo lo destruyen. Me canso de poner ratoneras, y caen muchos, pero no los puedo descastar del todo. El cuadro de pradera más limpio y más cuidado amanece cualquier día lleno de los consabidos montoncitos de tierra. Debajo de la planta que hoy ve usted más florida y más hermosa, hoza esta noche un topo y mañana á estas horas ya está seca. Y todavía no es eso lo peor, sino que hay tantas culebras, que se las encuentra en todas partes y le asustan á

uno á cada momento. Va á usted al anoche-
cer, muy descuidado, por uno de estos paseos,
y á lo mejor tiene usted que detenerse para
que una culebra cruce pausadamente de un
lado á otro. Se sienta usted á las diez de la
mañana en uno de estos bancos á leer el pe-
riódico, y á los dos minutos siente usted mo-
verse la hierba y bullir el reptil entre los
pies. Generalmente son culebras de esas in-
ofensivas, que no producen otro daño que el
susto; pero también hay víboras, y muy ve-
nenosas. El año pasado picó una á ese laca-
yito, que es hijo del jardinero, y el pobre
rapaz estuvo si se va si se viene. Ya ve usted,
¡si se nos llega á morir! En fin, crea usted
que me tiene esto tan disgustado de la finca,
que me parece que si hubiera quien me la
pagara regularmente, la mitad siquiera de lo
que me ha costado, no titubeaba en des-
hacerme de ella.

—Me parece— le dije á D. Benigno— que
se aflige usted por bien poca cosa.

—¡Caramba!— me contestó. —¿Poca cosa
llama usted á tener uno que estar siempre
sobresaltado?

—Poca cosa— le dije,— porque todo eso es
muy fácil de remediar. Mire usted: el mar-
qués de Valdehaya, mi primo, que tiene una
quinta parecida á ésta, aunque mucho más
grande, tiene en ella una raza de perros que
llaman ratoneros, pero que no sólo persiguen

á los ratones, sino que hacen á toda clase de gafuras. Una pareja de ellos le dejaba á usted limpia la posesión en ocho días... ¡Ah! y es muy curioso y divertido verles trabajar, ver la manera como se las arreglan con las víboras, por ejemplo, para no sufrir daño. Generalmente, la víbora, al sentir el perro, si no la da tiempo de huir, se enrosca, y con la cabeza levantada y la boca abierta le hace frente. El perro se pára, levanta una mano, como el cazón en presencia de la codorniz, y se está mirando al reptil fijamente hasta rendir su atención. Al primer descuido de la víbora, el perro la da un zarpazo. La víbora sale huyendo, el perro la coge á tenazón por la cola, y sin darla tiempo de revolverse á morder, la tira al alto. Cae la víbora atontada, y antes de que se reponga repite el perro la operación, y luego otra vez, y otra, hasta que la mata. Yo le haré á usted con una pareja de esos perros, y le respondo á usted de que en ocho días, como he dicho, le dejan á usted la huerta limpia de gafuras, de manera que pueda usted sentarse, y aun dormirse tranquilamente sobre la hierba sin ningún peligro.

—Si usted fuera tan amable — comenzó á decir el indiano.

—No se hable más de eso—le interrumpí; —queda de mi cargo desde ahora.

Contentóle á D. Benigno el ofrecimiento;

hablamos de otras cosas mientras nos servían dulce de cerezas, hecho en casa, con cerezas de la propia finca, y por las propias manos de doña Gregoria, al cual siguió el clásico chocolate con mantecadas recientes, y luego una abundante variedad de frutas.

Terminado el refresco, volvimos á montar en el coche y seguimos nuestro camino.

Cuando regresábamos á Madrid, bien entrado el otoño, vimos otra vez á D. Benigno, que otra vez se nos quejó de la abundancia de sabandijas, contra las cuales volví yo á prometerle la pareja de ratoneros...

Al verano siguiente nos esperaba también D. Benigno en la carretera, para convidarnos á refrescar, y antes de apearnos le enseñé los perros, que iban echados á nuestros pies en el fondo de la victoria.

Se alegró mucho con ellos, y comenzó á acariciarlos con cierta desconfianza, no del todo injustificada; pues ni eran muy de fiar, ni parecía que le miraban con buenos ojos.

Nos bajamos del coche; entramos en la huerta, dirigiéndonos, como el año anterior, hacia la casa; y cuando empezaba yo á contarle al indiano, á petición suya, qué tal habíamos hecho el viaje, oímos unos chillidos agudos á retaguardia.

Se alarmó D. Benigno, disponiéndose á ir

hacia donde habían sonado los chillidos, que cesaron en seguida, y le dije:

—No es nada: es que los perros empiezan á hacer su oficio, y uno de ellos acaba de ajusticiar á un ratón.

—¡Pobre animalito!—dijo D. Benigno, haciéndome creer al pronto que la frase era de cariño y de elogio para el perro; mas por lo que sucedió después comprendí que no, que era de lástima, y que era del ratón de quien D. Benigno se compadecía.

Un poco más adelante vi plantado á uno de los perros á la orilla del paseo por donde íbamos.

—Mire usted—le dije al indiano,—ahí hay una víbora. Verá usted, verá usted...

Nos detuvimos, y á los pocos instantes el perro posó la mano con fuerza.

Marchó el reptil asustado y detrás el perro, que en seguida le echó el diente, y vimos á la víbora subir por el aire y volver á bajar desmadejada, haciendo visos plateados y negros, igualmente brillantes.

Cuando el perro iba á lanzarse otra vez sobre la víbora para darla otro tenazazo, se lanzó D. Benigno furioso con el bastón enarbolado contra el perro, haciéndole huir.

—¿Qué hace usted, D. Benigno?—le dije, poseído de verdadero asombro.

—Ahuyentarle para que no acabe su mala obra.

—¡Si está haciendo una obra excelente... y por usted tan deseada...

—¡Ah! sí; deseada, sí... Pero yo no puedo ver eso... Es una crueldad... y yo no puedo ver crueldades. Por más que se trate de un bicho altamente nocivo, como la víbora, no puedo ver que se la dé muerte. Esos bichos también tienen derecho á vivir...

—¿Qué derecho ni qué ocho cuartos? No, señor, los animales no tienen derechos, ni los pueden tener; no son capaces de derecho.

—Bien; no le tendrán, si usted quiere; pero yo no puedo ver matar á nadie. Yo he estado en países más adelantados y más ilustrados que el nuestro... En San Francisco de California se les considera mucho á todos los bichos, y hay hospitales para ellos...

—¿También para las víboras?

—No lo sé, pero es lo mismo. La víbora es un sér viviente, y yo tengo amor á todo lo que vive, á todo, y no puedo consentir que se le prive á nadie de la vida.

—Pero, D. Benigno, eso es una tontería, y perdone usted la dureza de la palabra, pero no hay otro medio de calificarlo. Esa *panfilia* que usted ha traído de allá de los países que usted llama ilustrados es una necedad, y vuelvo á pedir á usted que perdone... Se lamenta usted amargamente de que la quinta esté plagada de sabandijas, considerándolo un mal tan grave que llega usted á concebir

el propósito de enajenarla, renunciando á todas sus delicias, si no hay medio de limpiarla de esa plaga... Se le proporciona á usted ese medio, se le provee á usted de agentes eficaces para concluir con la plaga, y cuando estos agentes empiezan á hacer su oficio, usted mismo estorba su acción saliendo á la defensa de las sabandijas... Eso, francamente, es una contradicción, una falta de sentido común, y, vamos, una tontería, porque repito que no se puede llamar de otra manera.

—Será lo que usted quiera, sí, señor; pero yo no puedo ver que se mate á nadie. Cada uno tiene su educación y su temperamento... que lo hagan cuando yo no lo vea... Yo soy así...

Una hora después, cuando mi hermana y yo, solos en el coche, seguíamos nuestro viaje, llevábamos esta conversación, iniciada por ella:

—Me parece que has estado algo duro con ese pobre hombre. Le llamaste tonto en buenos términos.

—Y aun en malos, pues me parece que se lo he llamado sin rodeos ni atenuaciones. Sí que he estado duro, hija mía, lo reconozco; pero no lo he podido remediar. ¡Me sacó de quicio en tal manera!... ¡Mira tú que haberse quejado tanto de las muchas sabandijas que

tenía en la posesión, llegando á decir que, á pesar de ser tan hermosa, sentía deseos de deshacerse de ella porque las sabandijas no le dejaban vivir en paz; y cuando se le ha traído el medio de destruirlas y de que se vea libre de ellas, oponerse él mismo á que se las destruya y salir á mano armada á su defensa!... No he visto en mi vida majadería semejante.

—Vamos, no exageres, hombre. Es verdad que es una majadería, pero una majadería que la estamos viendo á cada paso...

—¿Dónde? ¿Cuándo has visto tú eso?

—Yo creo que esa especie de... ¿cómo llamaste á eso que trajo D. Benigno de países más ilustrados?

—*Panfilia*, amor á todo, cariño insensato á lo malo como á lo bueno.

—Pues yo creo que esa *panfilia* ó esa insensatez la tiene casi todo el mundo.

—¿A ver? ¿á ver? Expílicate.

—Todos los hombres de bien, todas las personas formales, se lamentan frecuentemente de que haya en el mundo criminales, asesinos, ladrones, etc., que vienen á ser las sabandijas ó gafuras del jardín social.

—Muy bien: esa comparación está muy bien; sigue.

—De modo que, ya ves, hacen lo mismo que D. Benigno cuando siente que en el jardín de su casa haya gafuras.

—Hasta ahí es verdad; sigue...

—Todos los hombres de bien están interesados en acabar con los criminales, en que haya cada día menos, en que desaparezcan del todo si es posible...

—Ciertamente.

—Bueno; ¿pues no estás viendo á cada paso que todo el mundo hace lo que D. Benigno? Mira: se comete un crimen de esos espantosos, un asesinato brutal con abuso de confianza, con ingratitud, con ensañamiento, con todas las circunstancias más aborrecibles, un asesinato en que el autor (ó la autora, pues también hay criminales con faldas) ha mostrado todas las cualidades propias de una fiera, y ninguna propia de persona humana... Todo el mundo queda horrorizado, y todos los hombres de bien se manifiestan intranquilos porque el criminal se ha escapado; y como da la casualidad de que unos meses antes se cometió ya ótro crimen no menos horroroso, cuyo autor tampoco ha caído en manos de la justicia, todos hablan con amargura de la falta de vigilancia y se duelen de la inseguridad personal, diciendo que así no se puede vivir... Ahí tienes á D. Benigno quejándose amargamente de la intranquilidad que le produce la abundancia de sabandijas que hay en su huerta...

—Sí, ya le veo; continúa...

—Pues al fin la policía hace un supremo

esfuerzo ó tiene un golpe de fortuna y logra coger al asesino... Los hombres de bien se ponen muy contentos, esperando que el criminal pagará su crimen, y con el terrible escarmiento se atemorizarán otros criminales y huirán, y se podrá vivir más tranquilamente... Igual que se contenta D. Benigno con el regalo de los perros que le han de limpiar la huerta de sabandijas...

—Sí, bien; pero no veo todavía...

—Ya lo verás, espera. A lo mejor la justicia no condena á muerte al asesino...

—Es verdad; tenemos un código tonto que no parece sino que ha sido hecho por los mismos criminales á quienes favorece decididamente en contra de la sociedad; un código débil y cobarde, con la debilidad y la cobardía propias de toda ley y de toda autoridad que no manda ni prohíbe ni castiga en nombre de Dios... Y con un código así y una ley procesal llena de recodos, que ampara y protege y mimas á los delincuentes, los tribunales no pueden imponer casi nunca la pena de muerte, que es la única eficaz para disminuir el número de crímenes...

—Pero alguna vez la imponen, y en cuanto llega ese caso... todo el mundo trata de estorbar la ejecución... Casi todo el mundo... Sí, no me lo negarás, porque es lo que pasa: todo el mundo se vuelve en favor del criminal y en contra de la sentencia y de la justicia. Nun-

ca falta un filántropo más ó menos espontáneo, ó aun cuando no lo sea, sino buscado y pagado por el criminal ó por su familia, que echa á volar la idea de pedir el indulto de aquel *desgraciado*, y la gente acoge esa idea como llovida del cielo, y los periódicos, aun los que parecen buenos, la extienden y propagan por todas partes y la jalean estrepitosamente, «para evitar, dicen, al pueblo *tal* ó á la ciudad *cuál* un día de luto», que es la frase consagrada para esos casos...

—Y que es una frase bien estúpida... ¡Como si el verdadero día de luto para un pueblo civilizado no fuera el día en que se comete un crimen, y lo fuera, por el contrario, aquel en que se restablece la justicia y el orden moral con la saludable amputación de un miembro gangrenado!...

—Pues nada... todos ayudan á los iniciadores y toman la cosa con tanto calor como si de la conservación de un hombre ó mujer con ribetes de bestia y fondo casi igual que los ribetes, como si de la conservación de un sér abyecto y asqueroso, afrenta é ignominia de la humanidad, dependiera la salvación de la patria...

—Es verdad...

—En fin, hijo de mi alma, que, como ves, la panfilia de D. Benigno y su falta de sentido común son comunísimas, y su tontería es cosa corriente, porque todo el mundo pa-

rece que ha perdido el juicio. Como que hasta los más altos dignatarios de todos los órdenes, los que más interés deben tener en el mejoramiento de la sociedad, en la disminución de los crímenes y de los criminales, suelen ser los principales promovedores de las solicitudes de indulto, que á veces encabezan con sus firmas el obispo de la diócesis, el gobernador civil, el alcalde, los diputados, los concejales, los canónigos... ¿No estás viendo en todos estos señores al pobre D. Benigno corriendo con el palo levantado á la defensa de la víbora?

—Tienes razón... tienes razón.

III

EL HUERTÍN DE LA HERRERA

EL HUERTÍN DE LA HERRERA

—Verá usted, señor, verá usted lo que me han hecho—decía la pobre viuda del herrero de Poblón al abogado de Villanoble, llorando como una Magdalena.

—No llore usted, mujer, no llore—la decía condolido el abogado, que era persona afable y de cristianos sentimientos,—cálmese usted; no llore y dígame lo que la pasa.

—¡Ay, señor!—replicaba la viuda,—no puedo menos de llorar... ¿Cómo quiere usted que no llore, después de la herejía que han hecho conmigo?... Verá usted, verá...

Yo quedé muy pobre, porque mi difunto marido, Dios le haya perdonado y le tenga en su gloria, se dió más prisa á gastar que á ganar, y me dejó muchas trampas. Determiné pagarlas todas, porque dije: «no quiero que acaso, si quedo algo á deber, lo esté allá penando su alma: donde no alcance lo suyo pagaré con lo mío». Y así lo hice. Pagué á los

taberneros, que eran los principales acreedores, todo lo que tenían apuntado, y á los demás lo mismo, cuarto sobre cuarto, deshaciéndome para eso de casi todos los pedacicos de heredad que tenía.

Me había quedado un huerto enfrente de casa, al otro lado de la calle, un huertín muy pequeño, pero que me valía mucho para vivir, porque allí poníamos unos pies de patatas, una erica de berzas, otra de fréjoles, otra de nabicoles, y puede decirse que de allí comíamos las dos hijas y yo casi todo el año.

Pero verá usted cómo lo ha enredado el enemigo... Al lado de allá del mi huerto había un pradón muy grande que era de un mayorazgo que salió fiador de un administrador de rentas y luego le vendieron los bienes. Y vendiéndole los bienes al mayorazgo, aquel pradón fué y le compró Colás, el diputado, ó D. Nicolás, como le llaman ahora; aunque para nosotros siempre será Colás, porque le conocimos de rapacín guardando vecerías para unos y para otros, con los calzonines rotos, hablando con perdón, por la culera... ¡Ah! y muy contento que iba él con los corderos ó con los jatos para algún vecino pudiente, porque aquel día sacaba la tripa de mal año, pues en casa de su padre, el tío Martinillo, solía faltar el pan á las horas de comer las más de las veces.

Y, como le digo á usted, comprando Colás

el pradón del mayorazgo, le dió la idea de cercarle para hacer en él una huerta de fruta, y antojósele meter allá el huertín mío...; que no fué más que un antojo, porque ya ve usted que lo mismo hacía él la huerta con dos celemines de tierra más, que con dos celemines de tierra menos. Pero diz que para sacar la cerca más derecha y la huerta más cuadrada, tenía mucho empeño por él. Lo cierto es que un día me dijo el tío Martinillo, el padre del diputado, al salir de misa:

—Mónica, ¿quieres vender el huertín que tienes junto al nuestro prado grande?

—¡Ay, no, señor, no!—le dije;—aquel huertín no le vendo, que me hace á mí mucha falta.

—También te hace falta el dinero que te den por él—me replicó.

—También me la hace, tío Martín—le contesté;—verdad es que me la hace... ¿para qué he de decir más que la verdad?... Pero con la falta del dinero iré pasando como pueda, que bien acostumbrada estoy á no tenerlo, mientras que con la falta del huerto no podría pasar, porque es el que me mantiene la casa.

—Con el dinero que yo te dé por él compras otro mayor.

—Y ¿quién le vende?

—Si no es hoy es mañana. Con el tiempo no dejará de haber quien vendá otro huerto.

—Sí, pero el dinero se gasta bien, y más cuando hay necesidad; y si yo vendiera el huerto ahora, mañana ú otro día, cuando se ofreciera ocasión de comprar otro, ¿dónde estaría ya el dinero?

Todo esto se lo dije con buenos modos, y parecía que había quedado convencido. Pero á los pocos días, el otro hijo suyo, que le llaman *Camisón*, porque de rapazuco, unas veces no tenía pantalones y otras veces decían que no los quería poner y siempre andaba en camisa por la antepuerta, me encontró en la calle y me dijo:

—Herrera, ¿cuánto quieres por el huerto?...

—No le vendo—le contesté;—ya le he dicho á tu padre que no le puedo vender, porque le necesito.

—Tú le venderás—me dijo, y siguió andando.

Unos días después se presentaron allí el alcalde y dos vecinos con unas estacas y una soga, anduvieron tomando medidas, como los ingenieros, y por último saltaron la paliciada del huerto y pusieron un mojón en mitad del medio.

—Hasta aquí—me dijo el alcalde, señalando al mojón—tienes que retirar la paliciada, porque se conoce que la has ido sacando poco á poco y has estrechado la calle.

—¡Jesús!... ¡Ave María Purísima!... ¡El dulce nombre de Jesús!...—dije yo, asustada

de aquella mentira tan grande.—¿Conque he sacado yo para afuera el cierro del huerto? Pero ¿cómo dice usted eso, si están ahí en el mismo cierro esos árboles que tendrán más de cien años?... ¿Habré sacado también hacia afuera los árboles con raíces y todo?...

—Bueno, bueno—me interrumpió el alcalde;—todo eso lo vas á alegar á otro lado, si te dejan; que yo tengo atribuciones para alinear las calles, pero no para admitir excusas... Y te advierto que si dentro de diez días no levantas la cerradura y la pones por donde está el mojón, se sacará en concejo á quien por menos, y no faltará quien lo haga á tu cuenta... Y también te advierto que no hables muy alto ni hagas muchos parajismos, si no quieres que te ponga á la sombra...

Conocí que era todo harina de *Camisón*, porque como es hermano del diputado todos hacen lo que él quiere, y no volví á decir otra palabra; me metí en casa, se lo conté á las hijas, y ellas y yo estuvimos llorando toda la tarde.

Al día siguiente vine á hablar con usted, y cuando me dijeron que estaba usted forastero y que tardaría lo menos un mes en venir, me quedé más muerta que viva. No sabía qué hacer ni á dónde acudir, porque cuando usted se marcha, quedamos desamparados los pobres.

Al cabo se me ocurrió ir á ver al Sr. Alfon-

so, que aunque no es abogado, es persona entendida, no agraviando á nadie, y nos mira bastante bien. Le conté la mano y me animó un poco, diciéndome que no tuviera miedo á las amenazas del alcalde, que no podía obligarme á mudar la cerradura estando en posesión de más de año y día. Y... ¡figúrese usted si habrán pasado años y días desde que poseemos el huerto con la cerradura por donde está hoy; pues, como le digo, hay en ella unos fresnos que cuando yo era niña puede decirse que eran ya tan gordos como ahora! Pero al mismo tiempo me aconsejó el Sr. Alfonso que les vendiera el huerto, porque, de otra manera, no me iban á dejar en paz.

—Si te le pagan bien—me dijo,—véndesele con mil pares de diablos, porque esos piosos resucitados son muy ladinos, y si no te muerden por un lado te morderán por otro: se han empeñado en hacerse con el huerto, y no descansan mientras no se salgan con la suya.

—¿Y cuánto les pediré por él?—le pregunté al Sr. Alfonso, que le conoce.

—Cincuenta duros—me dijo.

No me atreví yo á pedir tanto. La primera vez que *Camisón* me volvió á preguntar lo que quería por el huerto, le pedí ochocientos reales, y así y todo se enfadó mucho y casi me trató de ladrona, y juró y echó mil porquerías por aquella boca, y por último me ofreció la mitad.

—No se te da un cuarto más de los veinte duros—dijo.

—En eso no le doy—le contesté.

—Tú le darás en menos—marchó diciendo en tono de amenaza...

A los pocos días, una punta de vacas de la vecera de las duendas se bajaron del monte y se metieron en unos centenos. Las vió el alcalde y las trajo á encerrar, diciendo que sin que se le pagaran dos reales de pena por cada una, no salían del corral de Concejo.

Le dijimos los dueños, pues entre ellas estaban las dos mías, que los pastores eran los obligados á responder del daño; pero no se atendía á razones, y al ver que la cosa iba de veras, busqué la peseta, que el señor cura me la dió, y Dios Nuestro Señor se lo pague, y saqué mis vacas.

En cuanto *Camisón* se enteró de que me habían traído las vacas á encerrar, fué á casa del alcalde y le dijo:

—¿Dónde están las vacas de la herrera?

—Ya las llevó para su casa—le contestó el alcalde;—pagó la multa y marchó con ellas.

—Vuélvala el dinero en seguida, que hay que denunciarlas—le dijo *Camisón*.

Y el alcalde, pronto y bien mandado, fué á mi casa y me volvió la peseta.

Yo me quedé tan contenta, creyendo que era que me la perdonaba, cuando á otro día fué el alguacil á citarme á juicio de faltas.

Le pregunté si había más vecinos citados, y me dijo que no. De veinte vacas que habían entrado en las tierras, sólo habían denunciado las mías...

Al día siguiente se celebró el juicio, y fué conmigo al juzgado para alegar por mí el tío Santos, que es un vecino honrado y bueno; pero no le dejó el juez hablar ni á mí tampoco: no hizo más que tomar declaración lo menos á media docena de testigos, para escribir mucho y gastar bien de papel y hacer bien de costas... Y, claro, los testigos todos declaraban que habían visto en aquellas tierras una veintena de vacas; pero que no podían decir de quién eran, porque estaban lejos; pero esto no lo mandaba el juez escribir; no mandaba poner más que «contestó afirmativamente», y...

—De modo que el juez también era contra usted—la interrumpió el abogado.

—¡Ay! sí, señor. ¡No lo sería ni nada!—contestó la viuda.—¡Pues si el juez es *Camisón*, señor, el mismo *Camisón*, que le ha hecho juez su hermano el diputado ya dos bienios seguidos, para que todo quede en casa! Y es una desvergüenza, porque no le hay más negado en el Ayuntamiento... Así es que, como le iba diciendo, no nos dejó hablar ni nos hizo caso, y al día siguiente ya me leyó el portero la sentencia, condenándome á mí sola á pagar el daño todo de las veinte

vacas, y además una multa y las costas; ello, entre uno y otro, doce duros largos.

—¿Y no apeló usted?—la preguntó el abogado.

—No, señor—contestó,—porque me dijeron el tío Santos y otros vecinos que están al tanto de las cosas, que nada adelantaría con apelar, porque el juez de primera instancia de Estercolera, que había de sentenciar la apelación, también está puesto por Colás el diputado, y todas las barbaridades que haga su hermano las tiene que dar por bien hechas.

—Eso no se puede creer—la dijo el abogado;—aunque el juez sea de esos que entran con todas como la romana del diablo, al diputado mismo le ha de repugnar que se cometan atrocidades...

—¡Ay! no, señor—contestó la viuda;—al diputado no le repugnan esas cosas; que si él no quisiera no las hacían.

—Acaso las harán sin saberlo él, pues aun suponiendo que no tenga conciencia, si tiene algo de entendimiento...

—¡Quiá! no, señor: tampoco le tiene—dijo la viuda;—es un burro como su hermano... Todavía hay quien dice que *Camisón* es algo más listo... conque mire... Lo que es Colás, si no tuviera tanto dinero y no anduviera vestido de señor, nadie le haría caso. Y así y todo, diz que se ríen allá de él los otros señores, porque ni sabe hablar ni nada...

Pero no dude usted que lo que hacen conmigo lo da él por bien hecho y lo ampara...

Por eso me aguanté con todo, siguiendo el consejo del tío Santos, y comencé á discurrir cómo me haría con el dinero para pagar, aunque no creía que corriera tanta prisa, cuando al tercer día, por la tarde, se nos presentó el alguacil á embargarnos los bienes, y lo primero que hizo fué entrar en la cocina, cogernos la caldera y la sartén y salir á la calle tocando la una contra la otra para alborotar la barriada y avergonzarnos. Las hijas se me echaron á llorar á gritos; yo me fuí á casa del tío Santos, le conté lo que me pasaba, y me dijo por todo remedio:

—Mira, Mónica: véndeles el huerto en lo que te den por él, porque si no, van á dar fin de ti, derritiéndote lo poco que tienes...

Fuí á casa de *Camisón* á darle el buen provecho del huerto en los veinte duros y á que cobrara de allí el importe del juicio, y resultó que por ir á embargar habían caído ya otros cuatro duros de costas; de manera que por tres duros y trece reales, que me dieron en metálico, se me quedaron con el huerto...

—*Væ vobis... qui comeditis domos viduarum* (1)—murmuraba el abogado, conmovido con la relación extraña.

(1) *¡Ay de vosotros... que devoráis la hacienda de las viudas!...* MATH. XXIII, 14.

—¿Qué me decía usted, señor?—le preguntó la herrera.

—Nada, mujer, nada... No hablaba con usted... Repetía unas palabras que nuestro Divino Redentor decía á los *Colases* y *Camisones* de su tiempo.

—¿Y esto mío ya no tiene remedio, señor?...

—Ninguno, hija, ninguno en lo humano... Ofrezca usted á Dios la injusticia... Me parece usted una buena cristiana... Ofrezca usted á Dios la injusticia, y no guarde rencor á los que se la han hecho...

Y mientras la pobre viuda salía desconsolada y llorosa del despacho del abogado, quedaba éste diciendo entre sí con profunda tristeza:

—¡Pobre pueblo!... ¡Esta es la *igualdad ante la ley* que has conquistado á costa de tantas fatigas, de tantas revueltas, de tantos trastornos y de tanta sangre!...

IV

SAÑA DE RUINES

Segunda parte de *El huertín de la herrera.*)

SAÑA DE RUINES

Cuando la herrera de Poblón entró la segunda vez en el despacho del abogado de Villanoble, la dijo éste cariñoso y afable:

—¿Qué es eso, pobre mujer?...

Y ella, por toda contestación, se echó á llorar á lágrima viva.

El abogado la dejó que se desahogara, y después de unos instantes la dijo:

—Bueno, bueno... serénele usted y cuénteme sus angustias, á ver si entre los dos encontramos remedio para ellas... ¿Qué la pasa?

—Me pasa tanto, señor—le contestó la pobre viuda,—y todo tan malo, que casi no sé por dónde comenzar. Pero ahora, lo último y lo más grave es que me han puesto otro juicio de faltas. Digo, á mí no, que ha sido á una de las hijas, á la más joven, pero también se han dado forma de meterme á mí en danza.

—¿Y cuándo es el juicio?...

—Ya fué ayer tarde.

—¡Ah! ¿Ya se ha celebrado?... Y ¿cómo no vino usted á consultar antes de que se celebrara?

—Porque no tuve tiempo, señor; porque ya andan ellos con picardía, y no me lo dijeron hasta ayer mañana para que no tuviera tiempo de venir.

—¡Si eso no es posible, mujer; si tienen que mediar por lo menos veinticuatro horas desde la citación á la celebración del juicio, y no se puede celebrar antes!...

—Sí, señor, sí; poder, si se puede... No lo mandará así la ley, pero allá, el nuestro juez, el *Camisón*, hace poco caso de las leyes, ó por mejor decir, ninguno; y puede hacer eso y todo lo que le dé la gana... No ve usted que como es hermano del diputado... Lo cierto es que yo no supe nada hasta ayer mañana que me lo dijo el mismo juez, ya serían cerca de las once... Pasó por junto á mi casa y me dijo:

—Herrera, ya sabrás que está citada á juicio, para esta tarde á las dos, la tu hija pequeña.

—No, señor; no sé nada—le dije yo,—ni ella tampoco, porque si lo supiera me lo hubiera dicho.

—Bueno, pues que se descuide y no comparezca, verás qué fiestas la hacen...

—Pero, ¿por qué es?—le pregunté.

—Allá lo verá—me contestó, y se fué sin decirme otra palabra.

Con eso fuí á preguntar al secretario, y me dijo que sí, que estaba citada ya desde antes de ayer por el portero, y que allí constaba en la demanda la notificación firmada por un testigo á ruego, porque se conoce que así lo habían puesto en el papel, pero era mentira... De modo que ya ve usted cómo no tuve tiempo de venir antes.

—¿Y por qué era la demanda?

—Verá usted, señor, verá usted por qué era: por una maldad, que no es otra cosa. El otro día me tocaba la vecera de los jatos, y fué á guardarlos mi hija, la menor. Y había allá también unos rapazucos que iban á avezar jaticos ternaes, porque el primer día que se echan al campo tiene que ir con ellos un pastor de casa del amo, además del que va por la corrida. Y los rapaces, que son el mismo díañe, tenían fósforos, y pusieron lumbre á unas escobas secas; pero de las secas se pasó á las verdes luego que fué cogiendo fuerza, y dió en arder el escobal hasta que llegó la lumbre á la cerradura de unas tierras y empezaron á quemarse unas llatas... Lo vió el alcalde desde el lugar, vamos, el presidente de la junta, y fué allá, reprendiendo á los chicos, amenazándoles con que les iba á llevar á la cárcel, y diciéndoles que qué necesidad tenían de lumbre con el sol que hacía...

Y entonces creo que dijo la muchacha mía, como dando la razón al presidente: «Sí, sí: la lumbre en otra ocasión haría más falta...» Fué el presidente y se lo contó á *Camisón*, y entre *Camisón* y el presidente, que es tan malo como él, ó le anda cerca, *entrepitaron* que aquello quería decir que la lumbre era mejor ponérsela á la casa del diputado y á la de su hermano... Y luego discurrieron añadir de su cosecha que la muchacha había dicho «que habían de arder todos los de la familia...» Y la citaron á juicio de faltas por amenazas graves.

—Bueno, y ¿qué pasó en el juicio?—preguntó el abogado.

—Lo más malo que podía pasar, señor—contestó la viuda;—porque ya, no siendo que nos llevaran á la horca...—Y se la volvieron á saltar las lágrimas.

—¿Quién oyó lo que dijo la muchacha?

—Nadie, señor, más que el presidente y los rapacines...

—¿Y han tomado declaración á los niños?

—No, señor; no se han acordado de ellos...

—Pero, entonces... ¿no examinaron testigos?

—Sí, señor. ¡Vaya! Llevaron allí nada menos que cinco de los amigotes del juez y del presidente...

—Que no habían presenciado lo de la lumbre...

—No, señor, ni les hacía falta para declarar, porque verá usted: mandaban entrar á á uno, y el juez, después que le tomaba juramento, le decía: «Aquí se te llama porque esta muchacha dicen que ha dicho que habían de arder en casa todos los de la familia del señor diputado, mi hermano... Tú también lo has oído decir, ¿no es cierto?» Y el testigo contestaba que sí; porque, claro, aunque no lo hubiera oído antes, se lo acababa de oír al juez... Yo pedí con buen modo que se preguntara al testigo si se lo había oído á la misma muchacha; pero me contestó *Camisón*, muy serio, que á mí no me tocaba hablar... Entró otro testigo, y lo mismo. Volví á pedir que le preguntaran á quién se lo había oído, y me dijo el juez que si hablaba otra palabra me ponía á la sombra... Resultado: que ayer mismo dió *Camisón* la sentencia condenando á mi hija á 25 pesetas de multa y á tres años de destierro á 200 kilómetros del lugar, y condenándome á mí á ser «responsable de todos los daños que en cualquier tiempo se causen en Poblón y sus contornos, ya sea por incendio, ya por mano airada».

—¡Qué atrocidad!—dijo el abogado sonriéndose, mientras á la viuda se la arrasaban en lágrimas los ojos.

—¿Se ríe usted, señor?—le dijo como pasmada de ver aquella crueldad en persona otras veces tan compasiva.

—Sí, mujer; me río porque todo eso es un puro disparate, pues ni al juez municipal le corresponde imponer esa pena de destierro, que sólo puede imponer la Audiencia, ni ese juez ni ningún tribunal del mundo puede condenar á nadie á responder de daños que no se le pruebe que ha causado. De manera que á usted la han querido dar una broma; porque la sentencia no puede decir eso ni nada parecido.

—¡Ah! sí, señor, sí; eso dice: aquí traigo la copia.

Y sacando del seno un papel hecho muchos dobles, se le alargó al abogado, que le desdobló y le leyó, quedándose como quien ve visiones.

En efecto: la sentencia, después de un encabezamiento chabacano y de un *resultando* en que afirmaba ser cierto que la acusada había proferido las amenazas que se la atribuían, y de un *considerando* en que decía que todas las declaraciones venían conformes, *fallaba* en los mismos términos que la mujer había dicho.

—Hay que apelar de esta sentencia para ante el juez de primera instancia—dijo el abogado.—Y tiene que ser esta misma tarde: mañana ya no es tiempo.

—Sí, pero ya sabe usted—dijo la viuda—que ese otro juez también diz que está puesto por el diputado Colás, y se alaba *Camisón*

de que tiene que hacer lo que él mande; porque además creo que le tienen empleado á un pariente en unas minas.

—No importa. Esta sentencia es una barbaridad tan grande que no podrá menos de revocarla...

—Barbaridad no tiene nada de extraño que lo sea, señor, porque Camisón..., lo uno que no es muy espabilado... y después coge cada mona...

Al despedirse la herrera del abogado la dió éste una cuartilla de papel donde había estado escribiendo media docena de renglones, y la dijo:

—Cuando la llamen á usted á la vista en el Juzgado de primera instancia, alegue usted esto...

La sentencia fué revocada, y la pobre viuda, al enterarse de que su hija y ella estaban absueltas completamente, pidió volver á entrar en el despacho del juez, y puesta de rodillas y tratando de besarle la mano, le decía entre sollozos:

—Dios se lo pague, señor juez, porque yo no podré pagárselo nunca.

—Levántese usted, mujer, y vaya usted con Dios—la dijo el juez,—que á mí no me debe usted nada: yo no le he hecho más que hacer justicia... (Y no la he hecho más que á medias—añadió por lo bajo dirigiéndose al

escribano,—porque debía procesar al juez municipal... Pero ¡cualquiera se mete en estos tiempos á procesar á un hermano del diputado del distrito!...)

A otro día volvió á Villanoble la pobre herrera agradecida, á dar noticia al abogado del buen éxito de la apelación y á llenarle de bendiciones.

—No será la última vez que le importune —decía despidiéndose;—pues bien crea usted que han de tratar de hacerme alguna otra judiada cualquier día, porque no me pueden ver... Y yo no sé por qué tienen esa saña contra mí, tras de haberme hecho tanto daño... La que podía aborrecerlos á ellos era yo, si no fuera que Dios lo prohíbe, por lo que me han hecho padecer. Pero ellos, que se salieron con la suya de quitarme el huerto... ¡y todavía tenerme ese odio! ¿No es verdad, señor, que es extraño?

—No, mujer; no es extraño: es natural. Les acusa la conciencia por la iniquidad cometida, y como la vista de usted les renueva constantemente la acusación, quisieran destruirla á usted y aniquilarla, creyendo que así se verían libres del mortificante recuerdo; como la vieja de quien se cuenta que rompió el espejo enfurecida, creyendo borrar así las fealdades de su cara...

Las almas pequeñas siempre hacen así.

Sienten el escozor de la conciencia cuando han obrado mal, y no teniendo ánimo bastante noble para traducir ese escozor en arrepentimiento saludable y en reparación del daño causado, lo traducen al revés: en odio y en persecución de la víctima.

Esa es la saña del remordimiento.

Saña de ruines.

Poco tiempo después, volvió la pobre viuda del herrero á casa del abogado muy desconsolada y llorosa, contándole cómo había sido de nuevo demandada á juicio de faltas, demandada y condenada, por tener un montón de abono en la calle.

No le tenía en la calle precisamente, sino en el antojano de su casa, cerca de la puerta del establo; pero tratándose de condenar á una infeliz que no se había prestado por buenas á ceder el huerto, no había que reparar en pequeñeces.

Además, era indudable que la viuda, teniendo el estiércol de sus vacas dentro del pueblo, faltaba á las prescripciones higiénicas.

Verdad es que lo mismo que ella faltaban los otros ochenta y nueve vecinos, de los noventa que el pueblo tenía, pues todos echaban y conservaban el abono en las inmediaciones del establo, y algunos en medio de la calle; pero también es verdad que los otros vecinos que hacían lo mismo que la herrera,

no habían incurrido en la enemistad del juez municipal, hermano del diputado.

La citación se había extendido con la conveniente anterioridad, pero á la demandada la habían avisado sólo media hora antes de la comparecencia.

Esta había llevado poco más ó menos los mismos trámites que la del juicio contra su hija por amenazas graves.

La sentencia en que se condenaba á la viuda inicuamente á pagar veinticinco pesetas de multa y las costas, con prisión subsidiaria en caso de insolvencia, se la había redactado á *Camisón* un pariente algo más listo que él, y había sido comunicada á la viuda cuando ya no era tiempo de apelar, porque figuraba notificada dos días antes.

A más de que, para mayor seguridad, había sido ya trasladado de Estercolera el juez de primera instancia que había tenido el atrevimiento de revocar la otra.

De modo que esta vez se habían atado bien todos los cabos, y la injusticia no tenía remedio en lo humano.

El abogado de Villanoble no pudo consolar á la pobre viuda sino con la esperanza del cielo.

V

LA HERENCIA ADELANTADA

LA HERENCIA ADELANTADA

Si hay hombres felices en el mundo, uno de ellos era D. Cándido Requejo.

Le habían dejado sus padres un buen caudal, cuyas rentas le permitían vivir con desahogo, dedicarse tranquilamente á hacer obras de caridad y ejercitar su espíritu en el estudio y en la piedad cristiana.

Le había dado Dios por compañera una mujer buena y amable, á cuyo lado era imposible no estar á gusto.

Verdad es que se la llevó pronto; pero le dejó por duplicado su retrato en dos niñas preciosas á cual más, que se desarrollaban y crecían en edad, hermosura y virtud al calor del paternal cariño.

—En cuanto vayan llegando á los *dos reales*—solía decir la frutera de enfrente al verlas ir con su padre á misa ó á paseo,—han de tener los novios así... como los dedos de la mano.

Y efectivamente: cuando fueron llegando á los diez y siete años, ó á los *dos reales*, que decía la frutera con pintoresca frase, muy usada en aquel tiempo en que los dos reales tenían diez y siete cuartos, las hijas de don Cándido Requejo empezaron á tener pretendientes.

Encariñadas como estaban con su padre más de lo ordinario, por lo mismo que se hallaban privadas de la ternura maternal, eran tan dóciles y obedientes á la autoridad paterna, que seguían fielmente, no sólo sus mandatos formales, sino hasta sus más ligeras indicaciones.

—Poco simpático me parece ese rubio que te hace la rueda, Pepita—la decía una tarde medio en broma á la niña mayor; y esto bastaba para que ella no volviera á mirar al rubio.

—No tiene mala traza ese moreno—decía de otro; y con sólo esto empezaba la niña á ponerle buena cara.

Pocos años después se habían casado ya las dos con dos buenos muchachos.

La mayor, Pepita, y su marido, se habían quedado á vivir con su padre donde antes vivían, en el piso principal de la derecha, de la hermosa casa que D. Cándido tenía en una calle que entonces llevaba el nombre de un santo, ahora lleva el de un botarate y mañana llevará el de algún ladrón digno de presidio.

La menor, Eugenia, y su consorte, se habían instalado en la misma casa, en el piso principal de la izquierda.

Viviendo así, al lado unos de otros, dicho se está que la comunicación era constante. Un día, con cualquier motivo, comían todos en casa de Pepita; otro día comían todos en casa de Eugenia.

Los dos yernos se llevaban bien con sus mujeres, y también entre sí; los dos tenían para D. Cándido un trato verdaderamente filial, en el que no era fácil distinguir si predominaba el respeto sobre el cariño, ó al contrario. Aquello era un idilio.

Que un día D. Cándido comiera un poco menos de lo que solía comer, ó hablara algo menos que de ordinario, ó se riera menos que lo de costumbre, y ya estaban las hijas y los yernos preguntándole cariñosamente:

—¿Qué tiene usted, papá?

—¿Está usted malo, papá?

—¿Qué quiere usted tomar, papá?...

En fin, una de mimos y cuidados de que apenas podría formarse idea quien no los viese.

Pronto empezó D. Cándido á tener nietos, lo cual aumentaba todavía su felicidad, si es que podía aumentarse. Pronto los nietos, que eran hermosísimos, fueron creciendo y comenzaron á tener ocurrencias y á decir gracias, con lo cual evidentemente la felicidad de D. Cándido no podía ya tener aumento.

Una cosa había, sin embargo, que no le gustaba del todo al señor Requejo; y era que sus yernos, que, como ya he dicho, eran buenísimos, no trabajaran nada ni se ocuparan en nada absolutamente.

No tenían en qué. D. Cándido, que era quien administraba el caudal, les daba anualmente cinco mil duros á cada uno en dinero contante, y claro es que el gastarlo no les proporcionaba ocupación suficiente.

En cambio, él tenía demasiadas, pues entre examinar y comprobar cuentas, proyectar obras y reformas, situar convenientemente fondos para hacerlas, leer y contestar cartas de administradores y colonos... algunos días apenas le quedaba tiempo para sus devociones.

—Esto no puede continuar así—se dijo.—Estos chicos no hacen nada, y aunque son muy buenos, la ociosidad es madre de todos los vicios, y no hay que fiarse... Por otro lado, para mí es demasiado trabajo el que tengo... Hay que arreglar esto de otro modo...

Y discurrió partir su caudal entre sus dos hijas y entregárselo para que sus maridos lo administraran y esto les sirviera de ocupación conveniente.

Se lo propuso á ellos y á ellas, y á todos pareció muy bien, con lo cual, sin perder tiempo, les hizo inventario é hijuelas, entre-

gando á cada matrimonio la suya con los títulos de las fincas en ella comprendidas.

Poco á poco empezó á notar D. Cándido en sus hijas y en sus yernos cierta frialdad, algo así como disminución de cariño. Ya no trataban de adivinarle los deseos como antes. Estaban con él corteses y atentos, pero de ahí no pasaban. Y aun la cortesía y la atención fueron disminuyendo. Aunque comiera poco ó hablara poco; aunque aparentara estar malo, y aunque lo estuviera de verdad, ya no se apuraban ni preguntaban apenas. Hasta los niños, como si conocieran el modo de sentir de sus padres, parecía que le querían menos.

Cuando ya no pudo soportar en la mesa la frialdad de su hija Pepita, que apenas le dirigía la palabra, dió en irse á comer á casa de Eugenia; y en los primeros días lo pasó menos mal; pero luego que transcurrió algún tiempo le sucedió lo mismo que en casa de Pepita. En ambas casas se le consideraba como un estorbo.

D. Cándido se encerró en su cuarto y lloró amargamente... Después tomó una resolución.

Pidió á un banquero amigo suyo, por unos días, 6.000 duros en plata. Vinieron las seis talegas al cuarto de D. Cándido, y éste las

fué vaciando sucesivamente sobre la mesa con mucho estrépito, fué contando los duros y apilándolos y haciendo con ellos hermosas columnas, que luego colocaba cuidadosamente en el baúl que tenía abierto.

Pepita y su marido oyeron el ruido de la plata, y se enteraron de todo mirando por el agujero de la llave.

—¡Calla! Papá tiene todavía dinero—se dijeron;—no nos lo ha dado todo. ¡Cuánta plata!...

En cuanto D. Cándido salió á la calle, fueron á sopesar el baúl y apenas podían moverle.

Pocos días después D. Cándido devolvió aquella cantidad al banquero, cuidando de que el peso del baúl no disminuyera, y le pidió otra cantidad igual en billetes de Banco. Estuvo toda una mañana encerrado en su cuarto con los billetes sobre la mesa, clasificándoles y tomando notas; y sus hijos, á quienes llamó la atención la encerrona, acudieron, como antes, á mirar.

—También tiene billetes—se dijeron,—y muchos...

Por supuesto que, en seguida, hija y yerno volvieron á estar algo más cariñosos con don Cándido... Determinaron, por de pronto, no decir nada al matrimonio de enfrente, á fin de conquistar ellos solos aquella riqueza; pero luego Pepita no lo pudo callar y se lo dijo á su hermana.

El padre volvió al banquero los billetes y le pidió igual cantidad en oro; la echó también sobre la mesa, con ruido, una mañana, y empezó á contar y apilar onzas y centines.

Pepita y Eugenia, que estaba con ella en aquel momento, se enteraron, avisaron á sus maridos, y como D. Cándido estaba tan entretenido haciendo cartuchos con las pilas de oro que tenía sobre la mesa y guardándolos en el baúl, entreabrieron suavemente la puerta y estuvieron unos instantes contemplando con gran satisfacción aquella riqueza inesperada.

Desde aquel día volvió D. Cándido á ser objeto de todos los mimos y de todos los cuidados de antes. Sus hijas y sus yernos no sabían qué hacer con él ni dónde ponerle... La artimaña había producido efecto.

.....
Bastantes años después murió D. Cándido, primorosamente asistido, sin que el cariño de su familia hubiera vuelto á tener menguantes.

Naturalmente, las hijas y los yernos, antes de acabarle de llorar, y sin perjuicio de continuar llorándole, tuvieron curiosidad de abrir el baúl. Después de cerciorarse de que seguía pesando muchísimo, buscaron la llave, le abrieron y le encontraron lleno de piedras.

Sobre ellas había un papel que decía en letras muy gordas:

PARA APEDREAR AL PADRE QUE EN VIDA ENTREGUE LOS BIENES Á SUS HIJOS.

VI

LOS DOS MONTEROS

LOS DOS MONTEROS

Un tal Cuevas tenía dos grandes posesiones, una al Oriente y otra al Occidente de Madrid, ó como si dijéramos, una á la parte de Aragón y otra á la parte de Extremadura.

No eran suyas en propiedad, sino de una infeliz señora á quien malamente se había declarado incapacitada, y cuya curaduría ejemplar, rodando de unos parientes en otros, había venido á parar á él por uno de esos raros caprichos de la fortuna.

La desidia y el abandono, y acaso también la mala fe de los que habían precedido á Cuevas en el cargo, habían puesto aquellas hermosas fincas en estado tan lamentable, que, en lugar de producir rentas, empeñaba á la casa su sostenimiento.

Mal aradas las tierras labrantías, cuando no del todo por arar y hechas adiles, apenas daban más que cardos y abrojos, apuntando ya también por algunas partes la escoba ó la

jara, que siempre están dispuestas á tomar posesión de los terrenos que la holgazanería deja sin cultivo.

Las viñas, mal cavadas siempre y algunos años sin podar, acaso de intento para que dieran por lo pronto más fruto aunque fuera á costa de su prosperidad ulterior, estaban envejecidas y secándose.

En la parte adhesionada y montuosa, que era la mayor, en vez de hacer las cortas científica y ordenadamente, quitando árboles gruesos para obtener el beneficio de la madera, al par que el más rápido crecimiento de los árboles delgados, y entresacando éstos y haciéndolos ralear donde estuvieran demasiado juntos, para procurar su mayor desarrollo á la vez que el mejor aprovechamiento del pasto, se habían hecho sin cordura en lo mejor y más bien parado talas enormes. Así había en el monte calvas de un cuarto de legua de extensión, donde el sol quemaba la hierba sin dejarla crecer, y había en cambio matorrales jamás visitados por el hacha, y espesuras que no las rompían ni las culebras.

Como resultado de este desorden, el ganado lanar, que era lo que podía dar más producto, si se andaba por las claradas tenía que enflacar necesariamente, á causa del agostamiento del pasto, y si se metía por lo espeso iba dejando el vellón entre las matas, de ma-

nera que al llegar la época del esquila apenas hacían falta las tijeras.

Pero todavía no era esto lo peor, sino que ambas dehesas estaban infestadas de lobos, que, con lo descuidado que andaba también el servicio de pastores y de perros, hacían á menudo destrozos horribles en el ganado.

Tratando el curador Cuevas de poner remedio á tanta desdicha, parecióle que había que empezar cambiando el personal que dirigía los trabajos, y en efecto, nombró un nuevo montero mayor para cada una de las dehesas, despachándoles á ambos para sus destinos con el encargo de mejorar la situación de aquéllas hasta ponerlas en estado de producir, y con la promesa formal de no escasearles á ninguno de los dos los medios que considerasen útiles ni llorarles los gastos necesarios.

El montero mayor destinado á la posesión oriental (en cuyo nombramiento parece que había atendido Cuevas, contra su costumbre, á los deseos de la dueña de las fincas), en cuanto entró en ella comenzó á trabajar con tal esmero, con tanta inteligencia y con tan buena suerte, que todo le salía bien, y al poco tiempo de estar allí ya la dehesa no era conocida.

En los primeros meses puso las tierras de labor en condiciones de dar fruto, emprendió con actividad los trabajos de explotación y

repoblación del monte, reformó la guarda del ganado, dividiéndole convenientemente en hatajos no muy grandes ni demasiado pequeños; y proveyendo á éstos de buenos perros y buenos pastores, hizo perder á los lobos su audacia y los ahuyentó de la parte llana y abierta, reduciéndolos por de pronto á no salir de los valles oscuros y apartados.

Llegaban estas buenas noticias á la residencia del curador Cuevas, no precisamente porque se apresurara á enviarlas el montero mayor, sino porque las enviaban los demás que residían en la dehesa.

Y, cosa particular: estas buenas noticias, en lugar de hacer al curador encariñarse con el montero, le hacían mirarle con prevención y tenerle idea, llegando pronto á querer quitar importancia á sus trabajos con algún chiste que otro, sin recatarse para ello de la servidumbre. Y como es propio de lacayos adherirse á los pareceres del amo, por erróneos que sean, y aun excederle en los errores, los lacayos del curador ejemplar se pasaban lo mejor del tiempo murmurando del montero mayor y diciendo de él perrerías.

Avisaba una vez que en las operaciones de corta y poda se habían desbocado tres hachas, y pedía otras tres para sustituirlas... Pues la misma insignificancia del pedido, que demostraba la escrupulosa honradez del montero, sirvió de motivo para que en casa del

curador se hicieran cuchufletas de mal gusto y se dijera: ¡Ese hombre va á pedir hasta azucarillos!

Escribía otra vez diciendo que, para dar á los lobos la batida definitiva con mayor seguridad de exterminarlos, necesitaba otros veinte ojeadores, pues era muy poca la gente de que disponía para llevar en banda toda la dehesa. Y en seguida los criados del curador levantaron un toletole contra la petición, diciendo que no estaba la casa para tantos gastos, y que no era cosa de que por sostener aquella posesión se arruinara el caudal, y que se arreglara como pudiera... Y no se le enviaron los ojeadores, á pesar de la consabida promesa de no escasearle los medios para el mejoramiento de la finca.

Así y todo, consiguió dar la batida con feliz resultado y dejó limpia de lobos la dehesa. Y cuando entre los parientes y amigos de la dueña se celebraba con entusiasmo la noticia, salían los criados de Cuevas diciendo que la cosa no era para tanto, que aquello lo hacía cualquiera, que el último de los guardas, si se le hubiera encomendado la empresa, la hubiera acabado lo mismo.

Mientras tanto, en la posesión del Poniente sucedía todo de muy distinta manera. El montero mayor destinado á esta finca, que antes había sido en ella capataz y había ganado alguna fama de trabajador y de rígido,

esta vez trabajaba y hacía proyectos continuamente; pero, ya fuera por falta de acierto ya por adversidad de la fortuna, no lograba felices resultados. Disponía, eso sí, de todo lo que necesitaba, tanto de personal como de material; había caído en gracia al curador, y éste le cumplía superabundantemente su promesa; no le escaseaba los recursos, obtenidos á costa de los mayores sacrificios, ni le lloraba los gastos. Una cuerda interminable de obreros y un río de oro corrían constantemente de Madrid á la finca... Y nada: no cambiaba allí la situación de las cosas.

En el mejoramiento de los cultivos, ni se pensó siquiera, creyendo que lo más apremiante era la persecución de los lobos. Esta se hacía, al parecer, sin plan fijo, y se mataban aquí uno, allá dos ó tres, pero no se conocía la merma.

Llegaban todos los días cartas del montero dando cuenta de batidas aisladas: «en tal parte se han matado tres lobos, en tal parte cinco...» Al cabo de un año la suma de estas cifras parciales, verificada por un curioso, daba tantos miles de lobos muertos que apenas parecía posible que hubieran cabido en la dehesa. Y, sin embargo, había tantos lobos como antes.

Una vez se le ocurrió al montero cercar con una zanja una parte del monte donde él creía que había más lobos, para que no pu-

dieran salir de allí. Construyó la zanja, efectivamente, invirtiendo en ella muchísimos jornales y amortizando muchos obreros; pero los lobos, que se estuvieron dentro del cercado mientras no tuvieron gana de salir, cuando les vino bien saltaron la zanja y... trabajo perdido.

Otra vez determinó, para privar á los lobos de medios de subsistencia, suprimir radicalmente la recría del ganado; pero esta medida pareció demasiado radical, y tuvo que desistir de ella.

Al fin quiso hacer la persecución sucesiva y ordenadamente por valles. Comunicó un día la noticia de que el primer valle estaba ya casi limpio de lobos, y como si éstos le hubieran estado escuchando y hubieran querido rectificar su informe, hicieron allí aquella misma tarde una lobada. Veinte ovejas muertas y cincuenta y tantas mordidas dieron testimonio de lo imperfecto de la limpieza.

Poco después notició al curador que podía considerarse limpio de lobos otro valle, y otra lobada vino á contradecir su noticia; pues á las mismas puertas, como quien dice, de la casería central donde el montero mayor solía residir, fué destrozado cruelmente un hatajo.

Así andaban las cosas todavía en la posesión occidental, cuando vinieron de la otra, de la de Oriente, las felices noticias que aseguraban hallarse ya en estado de dar produc-

tos abundantes. Y... ¿qué dirán ustedes que hizo entonces el ilustre Cuevas?...

Seguro estoy de que suponen ustedes desde luego que lo que hizo fué relevar al montero mayor de la dehesa de Occidente y sustituirle con otro que se pareciera al de la dehesa de Oriente.

Pues no; lo que hizo fué lo contrario: relevar al montero mayor de la posesión de Oriente, y mantener en su puesto al de la posesión de Occidente.

Y si me preguntan ustedes por qué lo hizo así el curador, les diré que, según la versión más llana, porque el bueno de Cuevas tenía una manera especial de ver las cosas, manera especial que consistía en que lo malo le parecía bueno y lo bueno le parecía malo.

.....

Algún tiempo después murió Cuevas, pero no sin dejar imitadores de sus habilidades, los cuales, por los mismos ó por muy semejantes procedimientos, cambiando los monteros desafortunadamente ó comunicándoles desafortunadas instrucciones, se dieron tal y tan buena maña de administrar, que la infeliz dueña de ambas posesiones las perdió las dos radicalmente, después de haberse arruinado por conservarlas.

Y nadie les ha pedido cuentas.

VII

SIN PALO NI PIEDRA

SIN PALO NI PIEDRA

—¿Te acuerdas de la catástrofe de So-grub?—me preguntaba una noche, viajando por la línea del Mediodía de Francia, mi amigo Fortunato Vera.

—¡Vaya si me acuerdo!—le respondí.—¿Quién puede olvidarla?

—Lo que es yo no—dijo Fortunato;—yo no la olvidaré en mi vida. Diez años han pasado ya, y todavía me parece estar oyendo el martillazo colosal del choque y el tremendo estallido de los vagones al meterse unos por otros y levantarse en el aire para quedar deshechos, formando una enorme pirámide de astillas.

Recuerdo perfectamente, como si fuera ahora, el desgarrador clamoreo de los heridos en los momentos que siguieron á la catástrofe, implorando unos la misericordia de Dios y otros el auxilio de los hombres.

Recuerdo al pobre Segundo Rías, á Paco

Nansa y á M. Villeneuve, que quedaron hechos una tortilla... ¡Ah! Pero á quien especialmente no puedo echar de la memoria es al pobre Jorge Azúa... ¿Sabes por qué?...

Porque aquél no debió haber muerto; porque debió haberse hallado á doce leguas del sitio en que ocurrió la desgracia.

«¡Lo que es la mala suerte de las personas!», decían algunos, al enterarse de que Jorge había dejado un tren para coger otro.

Pero yo no decía eso. Yo, que conocía los antecedentes del caso, lo que decía era: «¡Qué terrible es la justicia de Dios! ¡Cuán funesta es la ceguedad de los hombres que se empeñan en apartarse de Dios y quebrantar su ley santa!»

Para que comprendas si tenía yo razón al pensar así; para que te convenzas de lo fundado de mis reflexiones y adores como yo los severos juicios del Altísimo, te voy á contar toda la historia.

Verás el dedo de Dios dirigiendo al hombre por el camino de la vida. Verás al hombre rebelándose contra Dios y corriendo derecho á la muerte, y verás otra vez la mano de Dios dando libertad á las fuerzas de la naturaleza para que destruyan al hombre rebelde y descaminado.

Suele decirse que «Dios no es viejo», y es verdad. Dios no envejece nunca, nunca. El mismo es ahora que cuando apartó

las aguas del mar Rojo para que pasara á pie enjuto su pueblo escogido, y las dejó reunirse después para ahogar al injusto perseguidor Faraón con todo su ejército. El mismo que alborotó las olas del Mediterráneo para hacer naufragar á Jonás cuando huía en dirección contraria al mandato divino por no ir á predicar la destrucción de Nínive...

El pobre Jorge era un muchacho muy guapo, no sé si le conocías, alto, rubio, de finos modales... No tenía mucha inteligencia ni mucha instrucción; pero tenía un barniz de cultura general que hacía su conversación muy agradable.

Digo, siempre que no se tratara de asuntos religiosos; pues en éstos desbarraba lastimosamente.

Su madre, que era muy rica, le había enviado á Alemania á perfeccionar su educación, y volvió de allá con todas las condiciones más á propósito para hacer buen papel en el mundo; pero trajo muy amortiguada la fe, al par que muy vivas y muy desordenadas las pasiones. Tenía que ser su víctima.

Le predicaba su madre continuamente para que temiera á Dios y fuera hombre de bien, pero él no la hacía caso.

Le amonestaba para que se apartara de malas compañías, y él siempre andaba con

los más malos de la ciudad, con los más perdidos.

Trataba con sus buenos consejos de hacerle aborrecer los vicios, y él cada día se encenagaba más en ellos.

Un año antes del suceso terrible que le costó la vida, había estado ya á punto de perderla. Se hallaba en una mina, cuando se desprendió una masa enorme de tierra que aplastó á tres operarios que estaban á su lado, dejándole á él completamente ileso. Su madre, cuando se enteró del caso por la relación que él mismo la hizo, puso grande empeño en hacerle comprender que aquello era un aviso del cielo, y que era preciso que reformara sus costumbres y empezara á vivir como cristiano. Todo fué inútil.

—Mira, hijo mío—le dijo todavía su madre el día antes de que emprendiera el viaje del que no había de volver,—si vas á salir mañana para Sairutsa, vete primero á confesar, por lo que pueda ocurrir... Yo iré contigo. Vamos muy de mañana, nos confesamos, comulgamos, oímos misa, venimos, tomamos chocolate, haces la maleta, yo te ayudo, después á las once almorzamos y á las once y media marchas... Verás qué bien...

Pero Jorge amañó unas cuantas disculpas, pretextó muchas ocupaciones para la mañana siguiente, y no quiso poner en práctica el plan cariñosamente detallado por su madre.

Salió de Obliba á las once y media de la mañana, en un tren mixto, para llegar á las seis de la tarde á coger el expreso en la estación de Adnarim.

El tren mixto llegó á su hora; pocos minutos después llegó el expreso en el que Jorge debía continuar su viaje; pero en vez de montar en él se quedó en tierra, y esperó á montar en otro tren suplementario que pasó dos horas más tarde, y fué el que sufrió el choque más horroroso de que hay memoria.

¿Que por qué no marchó en el primero?...
Verás por qué...

Como el día estaba muy hermoso, Jorge había hecho casi toda la primera parte de su viaje asomado á la ventanilla de su departamento de primera.

Desde allí vió cómo, al llegar el tren á la estación de Añudro, se bajaba de uno de los vagones de tercera clase una mujer vestida sin lujo, pero con cierta elegancia, y se volvía á subir al mismo vagón después de haber bebido en el andén un vaso de agua con azucarillo.

Jorge se fijó en ella y no la quitó los ojos desde que saltó en tierra hasta que volvió á entrar en el coche.

Era una mujer de regular estatura, más bien alta que baja, de pelo castaño y ojos

muy vivos, con la nariz un poco regazada y las mejillas un si es no es demasiado llenas, pero que en conjunto resultaba hermosa, porque, aparte de no andar del todo mal de facciones, tenía esa hermosura seductora que los franceses llaman la *beauté du diable*, y que nosotros no llamamos así ni de otro modo, pero la reconocemos cuando decimos que «no hay diez y ocho años feos»; aforismo expresivo y perfectamente aplicable á la linda viajera, pues si no estaba precisamente en los diez y ocho, no pasaría mucho de veinte.

Vestía un sencillo traje de percal de color de hoja seca, con lunas blancas, y llevaba al cuello una toquilla azul celeste, sobre la que caía una finísima cadena de oro con dos ó tres medallas muy pequeñas.

A la cintura llevaba un sencillo ceñidor de cuero, y en todo su atavío resplandecía el buen gusto. Era costurera, aprendiz de modista, y con las de este gremio no suele rezar el refrán que dice: «En casa del herrero, cuchillo de palo».

En cuanto Jorge la vió en el andén, discurreó como discurren todos los libertinos: «Es guapa... Me gusta mucho... ¿Por qué no ha de ser para mí?...»

Dando vueltas á su mal pensamiento, llegó á la estación Adnarim, y antes de que el tren acabara de parar, se apeó y se fué hacia el coche de tercera en que venía la modista.

Llegó cuando ella se disponía á bajarse; con una mano la cogió la cestita de mimbres negras donde traía la vianda, y con la otra la asió una de las suyas para que se apoyara al saltar al andén, al mismo tiempo que, notando su extrañeza y queriendo disipársela, la decía con serenidad imperturbable:

—¿No me conoce usted?...

—No tengo ese gusto—le contestaba ella con tono de duda y como tratando de hacer memoria;—por lo menos no recuerdo...

—Pues yo la conozco á usted mucho—decía él con aire de seguridad para desconcertarla.

—Es posible—replicaba ella tímidamente;—me habrá visto usted en Obliba...

—Muchísimas veces. Usted se llama...

—Rosa Urdaniz, para servir á usted.

—¡Es claro! Rosa... Yo la he conocido á usted en casa de mi tía...

—¿La condesa de Iruña?...

—¡Justo!... La condesa de Iruña, hermana de mi madre...

—Allí he ido yo muchas veces á probar trajes á la señorita... que será hermana de usted...

—Sí, mi hermana... ¡Parece mentira que no se acuerde usted de verme allí!...

—Ahora parece que recuerdo algo...

—No puede menos...

Y ni Jorge era sobrino de la condesa de

Iruña, ni en su vida había visto á Rosa en ninguna parte. Pero se valió de ese ardid para entrar en conversación con ella, y siguió preguntándola:

—¿Adónde va usted?

—A Valdeolivos.

—Pues podemos ir juntos hasta la estación de Nobal, donde yo tengo que tomar el tren de Sairutsa... Dentro de un rato vendrá el expreso, montaremos en él y continuaremos nuestro viaje... Siempre iremos mejor juntos que solos... por lo menos yo, entre ir solo ó ir en compañía de una muchacha bonita...

—Muchas gracias... Pero sabe usted que yo no puedo ir en el expreso porque traigo billete de tercera clase, y el expreso creo que no lleva más que primera... Según me han dicho, tengo que esperar aquí á que pase un tren mixto á las once de la noche...

—Bueno; ya trataremos de eso... Por de pronto vamos á comer, y...

—Muchas gracias; yo ya he comido... Traía merienda en la cesta...

—Eso no es comida formal... Pero de todos modos, tomará usted café.

Rosa se resistió un poco á entrar en la fonda; pero entró al cabo y ocupó la silla que Jorge la puso al lado de la suya.

Una vez sentada á la mesa, ya le fué algalán fácil convencerla de que, habiendo comido hambre, no la vendría mal un poco de

caldo, y la hizo tomar sopa. Después, un plato porque era muy buenõ, otro porque de aquél no había comido ella en el camino... el resultado fué que comió de todo.

Cuando concluían de comer, y fueron los últimos, porque Jorge perdió mucho tiempo hablando con Rosa, entró en el comedor un empleado de la estación á decir que sólo faltaban para la salida del tren cinco minutos.

Rosa se levantó de la silla diciendo á Jorge:

—Usted tiene prisa.

—No... Me ha ocurrido otra idea: verá usted...

Y llamando á un camarero, le dijo:

—En el coche de primera número 27, departamento central, hay una maleta de lona de color de pasa y una manta de listas encarnadas y negras liada en unas correas: hágame usted el favor de traerlo aquí, y después nos trae usted dos cafés y dos copas de *chartrousse* verde... Me quedo para el tren siguiente—añadió dirigiéndose á Rosa,—á ver si así podemos ir juntos.

La pasión había vencido á la razón en el ánimo de Jorge, sin luchar apenas.

Dos horas después llegaba á la estación de Adnarim el expreso suplementario, en el cual iba yo, ¿sabes?...

Por cierto que allí, huyendo de dos recién casados muy empalagosos que se hacían mímos, cambié de coche, y, sin duda por inspi-

ración del ángel de mi guarda, me metí en el que estaba pegado al furgón de cola. A eso debo la vida.

En tanto el pobre Jorge... ¡Cómo me acuerdo de verle paseándose por el andén con la costurera, luciendo ella su trajecito verdoso con lunares blancas, y él un terno de lanilla de color de café con leche, surcado de listas negras casi imperceptibles!... El pobre Jorge, que debió haberse ido en el primer expreso, después de dar unos cuantos paseos por el andén, se dirigió á uno de los coches más próximos á la máquina, abrió un departamento desocupado, hizo subir á Rosa (por quien había abonado ya la diferencia de tercera á primera), y subiendo él detrás cerró la portezuela con aire de triunfo...

¡Qué poco se figuraba él que estaba á dos dedos de la muerte!

El tren se puso en marcha.

A las dos horas llegaba á Sogrub, de donde cinco minutos más tarde le daban salida, sin recordar que de la estación inmediata había salido hacía un cuarto de hora en dirección contraria un tren mixto.

El choque fué terrible.

No siendo los tres últimos vagones, en uno de los cuales iba yo, todos se deshicieron.

Los pocos viajeros que salimos incólumes

acudimos inmediatamente en auxilio de los que le reclamaban; y recuerdo que, entre los múltiples lamentos de los lesionados, se distinguía la voz de una mujer que pedía confesión á gritos.

Era Rosa, que estaba sepultada bajo un montón informe de ruedas, almohadones y tablas de coches destrozados. La sacamos y vimos que tenía los dos brazos rotos, uno de ellos por dos partes.

Jorge estaba muerto.

Dios castiga sin palo ni piedra.

VIII

UN CONSEJO EVANGÉLICO

UN CONSEJO EVANGÉLICO



—Nunca he llegado yo á entender por qué pagamos la contribución y por qué nos la cobran—me decía un domingo por la tarde, junto á la bolera de su lugar, Juan el de Valle-Serio, hombre bueno y sencillo, viendo á un encargado del recaudador fijar el edicto en una esquina.

—Pues es muy sencillo—le dije—todos debemos ayudar á sostener las cargas del Estado.

—¿Y por qué he de sostener yo las cargas del Estado, si el Estado no me sostiene las mías?... Si yo un día, es un suponer, no tengo pan que dar á mis hijos, ¿me lo da el Estado?... No, señor. Bien puedo ver si lo busco ó si gano para comprarlo, porque lo que es el Estado, vamos, el Gobierno, que es quien le representa, no me lo da aunque se lo pida.

Y por otra parte, si yo siembro el mi centeno en las mis tierras, que mías y muy mías

son, porque á mí me las dejó mi padre, como á él se las había dejado el suyo, y yo las aro y las abono y las hago producir, regándolas con el sudor de mi frente... ¿me quiere usted decir qué le deben al Estado ni á nadie aquel centeno y aquellas tierras?

—Sí, hombre, sí te lo quiero decir, y te lo diré inmediatamente. Vamos á ver... En primer lugar, ¿quién te guarda las tierras cuando están sembradas?

—Pues, mire usted, unas veces yo y otras veces nadie.

—¿Cómo?... ¿No te guarda los frutos la guardia civil?

—No, señor... Es decir, según y conforme. El día que una pareja no tenga otra cosa que hacer, es posible que venga por ahí dando un paseo, á merendar á casa del presidente de la Junta, y de camino los eche un vistazo. Pero el día que tenga que ir á ponerse á la puerta de un colegio electoral para que no turben el orden, vamos al decir, los electores de oposición, ó para que no voten, si á mano viene... ese día no nos guarda los frutos ni á mí ni á nadie. Ni tampoco el día que al cacique no le conveuga que asome la pareja por aquí, por tener peones en el monte cortando robles fraudulentamente para hacer traviesas... Y como no sabemos qué día nos va á guardar los frutos la guardia civil y qué día no, tampoco podemos estarnos á su

oteo y tenemos que cuidar nosotros de guardarlos.

Quise dar á Juan otras razones, viendo que no le acababa de entrar en la cabeza que estuviera él racionalmente obligado á pagar los tributos, ni que fuera justo y legítimo el cobrárselos; quise darle otras razones fundadas en la necesidad de sostener y dotar otros importantes organismos del Estado; y no atreviéndome á hablarle del Ejército ni de la Marina, porque temí que me iba á contestar llanamente que para nada necesitábamos Marina ni Ejército, pues para nada nos podían servir ya, no habiéndonos servido para conservar las colonias, me decidí á buscar el argumento en otra institución más imprescindible, que el veía más de cerca, y le hablé de la necesidad de sostener los tribunales de justicia.

¡Buena la hice!

Con verdadera furia rechazó Juan la idea de semejante necesidad, diciendo que de nada le servían á él los tribunales, como no fuera de perjuicio, y para probarlo me contó lo que le había pasado hacía poco.

—Verá usted... verá usted... Yo estaba muy tranquilo en mi casa sin meterme con nadie; pero, como dice el refrán, no vive el leal nada más que lo que quiere el traidor... Tenía allí cerca de casa un huerto lindando con otro de un vecino, y los dos con la calle.

Y un día, hará cosa de cuatro años, se le antojó á aquel vecino dueño del otro huerto que le había de abrir el mío para entrar por él con el carro á abonar el suyo, que antiguamente se servía por allí, que torna, que vuelve... Todos me decían que no accediera á una pretensión tan injusta, y me resistí; pero él fué y me puso la demanda. Varios vecinos se ofrecieron á ir á declarar en mi favor, que nunca jamás habían visto entrar el carro por mi huerto para abonar el del vecino, sino que siempre le habían visto entrar directamente desde la calle, por donde podía entrar sin dificultad ninguna. Y fueron al juicio y así lo declararon; pero como si no... Todo fué inútil.

—¿Qué? ¿No te amparó el juzgado en tu derecho?—le dije.

—No, señor; porque el juez municipal, que era el *Santero*, era amigo del consuegro de mi contrario, y sentenció del todo á su favor, condenándome á darle paso por mi huerto y á pagar las costas.

—¿Y no apelaste?

—Sí, señor; apelé al juzgado de primera instancia de Estercolera, que es adonde corresponde el municipal nuestro...

—Y el juez revocaría la sentencia...

—No, señor, no la revocó; lo que hizo fué confirmarla y condenarme también en costas... Porque, para que usted lo entienda, el

Santero, el juez municipal de aquí, es amigo de un tío ricacho, muy bruto, de allí, de Estercolera, que es el que nombra todos los jueces del contorno, y aquel animal dijo al juez de primera instancia que había que sostener el fallo de abajo, y el juez le sostuvo.

—¡Parece increíble!... ¡Es horroroso!...

—¿Sí?... pues de poco se asusta usted... porque falta lo mejor todavía... Me avisaron que fuera á pagar las costas, que eran doscientas treinta pesetas, y... lo que suele suceder en las casas de los labradores... á lo menos en la mía sucede con demasiada frecuencia: no había dinero. A los pocos días ofició el juzgado de Estercolera al municipal de acá para que se me embargaran bienes por valor de quinientas pesetas, y, en efecto, vino el juzgado y me embargó el huerto de la cuestión y un prado bueno, de los mejores. Quise hacer levantar el embargo, para lo cual anduve buscando quien me prestara el dinero mientras llegaba la feria del Corpus, donde podría yo vender con estimación un par de novillos; pero nadie lo tenía en proporción, no se arregló la cosa y se echó encima la subasta. Acudió mucha gente á ella, porque á la verdad las fincas eran apetecibles; se picaron los licitadores unos con otros, y, que si no ha de ser para ti, que si ha de ser para mí, dieron en pujar, de modo que entre el huerto y el prado valieron mil cincuenta pesetas, más del

doble de lo que el juzgado de Estercolera había pedido. Y como nunca mandan embargar de menos, sino de más, para que sobre, el secretario del juzgado municipal de acá, figurándose que con lo pedido se arreglarían, consultó al juzgado de Estercolera si entregaba desde luego al embargado la cantidad sobrante... A todo esto, yo estaba algo consolado, en medio de la desgracia, porque decía para mí: He perdido las dos fincas, pero me queda dinero para andar á gusto una temporada... ¿Usted cree que accedieron á lo que proponía el secretario? No, señor; le contestaron que remitiera íntegro inmediatamente el producto de la subasta; que si luego sobraba algo ya se devolvería.

—Bueno, y efectivamente el juzgado de Estercolera, después de cobrar las costas suyas y del inferior, te volvería el sobrante...

—No, señor, no hubo nada de eso...

—Porque no lo reclamarías...

—¡Ojalá no lo hubiera reclamado!... Verá usted: pasó tiempo, y como no me volvían nada, pregunté al secretario del juzgado municipal á ver si se lo habían vuelto á él. Me dijo que no, y me animó á que fuera á Estercolera á estar con el escribano, porque podía ser que fuese un olvido. Fuí á Estercolera, estuve con uno de los escribanos, y me dijo que él no sabía nada, que lo debía de tener el otro. Fuí á preguntar al otro, y me

dijo que él nada sabía, que su compañero era el que había tenido el asunto. Viendo que se trataban de disculpar uno con otro y que ni uno ni otro daban lumbres...

—Acudirías al juez.

—Eso hice: fuí á ver al señor juez y le hice la reclamación de palabra; pero me dijo que reclamara en forma... Acudí á un abogado que hay allí, el cual, previo el pago de cuatro duros, me puso un escrito al juez pidiendo en mi nombre que se hiciera tasación de costas causadas en el juicio y en el expediente de embargo y, pagadas éstas del importe de los bienes vendidos, se me volviese el remanente...

—¡Justo!

—Sí, justo sí sería, pero... verá usted... Presenté el escrito, y me vine y no volví á saber nada en mucho tiempo... Lo menos había pasado un año, cuando un día me llamó el secretario del juzgado municipal...

—¡Vamos!... Para entregarte las quinientas pesetas y pico que le habrían remitido como sobrantes...

—¡Quiá! no, señor... para enseñarme un volante que había recibido de Estercolera, con la firma de uno de los escribanos y el sello del juzgado, en donde se le decía que hiciera el favor de avisarme para que á la mayor brevedad posible me presentara á pagar veintinueve pesetas, importe de la tasación

de costas que había pedido, si no quería dar lugar á que se me hiciera nuevo embargo de bienes...

—¿Y qué hiciste?...

—¿Qué había de hacer?... pagarlas.

—¿Las pagaste de veras?

—¡Yo lo creo! Lo más pronto que pude, á la mañana siguiente... No quería ya más que verme libre de los juzgados, con los que no quiero más cuentas en mi vida... Crea usted que si mañana otro vecino me pide servidumbre por otra finca, lejos de pleitear para negársela, no sólo le doy la servidumbre, sino que le dejo también la finca.

—¡Bueno, hombre! En eso, si lo haces por Dios, harás bien, y merecerás la recompensa prometida á los que siguen los consejos evangélicos... Porque eso viene á ser lo que aconsejaba el Divino Relentor á sus discípulos diciendo: *Al que quiera litigar contigo para quitarte la túnica, déjale que te lleve también la capa.*

—¡Ah!... ¿Conque dijo eso Nuestro Señor Jesucristo?

—Sí, hombre, sí... ¿No lo habías oído hasta ahora?

—No, señor, nunca... Pero no crea usted que me asombro de que lo dijese... Al contrario. Me parece un consejo muy sabio...

—Como de la Sabiduría Infinita.

—Es claro, como era Dios y todo lo futuro

tenía presente, se conoce que estaba viendo lo que pasa ahora en nuestros días en el juzgado de Estercolera...

Por no ahondar el pesimismo de aquel hombre bueno y honrado, por no amargarle más el concepto que tenía ya de nuestra organización política y administrativa, me abstuve de comentar la triste relación de sus desventuras.

A no haber sido por esta consideración, le hubiera dicho que el juzgado de Estercolera se halla repetido ocho ó diez veces en cada una de las provincias de España; es decir, que en casi todos los juzgados de la nación se suelen fallar los juicios como quiere el diputado del distrito ó el cacique rural, su lugarteniente.

IX

EL RÍO VIEJO

EL RÍO VIEJO

De sobremesa en el espléndido comedor del Casino de Madrid, donde celebrábamos los días de Fernando Arévalo, haciendo planes para el veraneo que empezaba y contando sucesos de los anteriores, dijo Luis Carvajal:

—Una de las cosas que más me gustaban en Pedrosa la primera vez que éste (señalando hacia mí) me llevó con él á pasar allí la temporada de verano, era una hermosa alameda que se extendía al Sudeste de la población, desde la calzada hasta la iglesia.

La oía llamar el «río viejo», y no dejaba de extrañarme el nombre, porque, á la verdad, no tenía aquello trazas de haber sido río; pero cuando se me ocurría preguntar la razón de aquel nombre, no tenía á quién, y cuando tenía á quién preguntar, no me acordaba.

Una mañana que estaba éste muy entretenido con unos pobres labradores que le con-

sultaban sobre una partición de bienes dificultosa, le dejé hablando con ellos del quinto y de la carta dotal y de los gananciales, me salí de casa solo, atravesé la plaza, cogí luego una calleja que iba hacia el campo, y pasando la presa del *Tollo* por una pontiga de tablonés, me encontré en la alameda susodicha.

Pasaba entonces la vecería de las ovejas; y al ver que éstas se retrababan paciendo con codicia entre los árboles, donde había una hierbecilla muy verde, me dirigí hacia donde se había parado haciendo media el pastor, que era un viejín apergaminado y alegrete, vestido de sayal, con unos zajones rojos de pellejo de cabra por delante, y unas angorras en las piernas y un zurrón á la espalda, de lo mismo.

—Buenos días—le dije, tratando de entrar en conversación con él.

—Santos y buenos—me contestó afablemente, aunque sin suspender su tarea.

Luego le dije sacando la petaca:

—¿Fuma usted, buen amigo?

—Ji, ji, ji... Así me llaman, sí, señor, así me llaman...—me contestó riéndose.

Después supe que le llamaban de mote *Don Digo*, y como estaba un poco sordo, había entendido que yo le llamaba por el mote, chocándole que hubiera llegado tan pronto á mi noticia; mas en aquel momento lo que me

figuré fué que no me había entendido, y le repetí un poco más alto:

—Digo que si fuma...

—¡Ah!... No suelo fumar—me contestó,— porque la soldada es corta y no da para sostener el vicio; pero gustar, bien me gusta.

—Tome usted—le dije dándole un cigarrillo.

—Muchas gracias, señor; Dios se lo pague.

Y añadió poniéndose el cigarro tras de una oreja:

—Este le fumaré luego sosegadamente en el sestil...

—No, hombre, fúmele usted ahora: para el sestil yo le daré á usted otro—le dije alargándole los tres ó cuatro que me quedaban en la petaca.

—Muchas gracias—volvió á decir el pastor con risueño semblante.

Y dejando de hacer media, sacó de un bolso del chaleco una veta de yezca, una piedra de lumbres y una navaja, muy acostumbrada á hacer de eslabón, según lo gastada que estaba por la cota, chiscó tres ó cuatro veces, prendió la yezca, encendió con ella el cigarro y se puso á fumarle.

—Diga usted—le pregunté entonces, seguro ya de su benevolencia,—¿por qué llaman á esta alameda el río viejo?... ¿No la llaman así?...

—Sí, señor, así se llama, porque antes era río.

—Muy antes sería...; para haber cambiado tanto...

—Ya no fué ayer, es verdad; pero no crea usted tampoco que hace siglos, pues por aquí anda todavía quien lo vió con sus ojos.

—¡Ah!... ¿Usted conoció esto siendo río?

—Sí, señor, sí... Yo era todavía un rapaz, pero me acuerdo perfectamente de ver correr por aquí el río grande, que ahora va por el lado de allá de ese soto. Por aquí por donde estamos venía la fuerza del agua. Y ya ve usted: como estaban las casas tan cerca, en cuanto crecía algo y saltaba esa miuja de cervigal que se conoce ahí, había ya que andar á milagros... ¿Ve usted esa casa donde están esas señoras al balcón?... Pues ahí vivía un abogado, y debajo de la mesa del despacho, que estaba en el piso bajo, cogieron una vez una trucha de dos libras y otras tres ó cuatro más pequeñas... Conque figúrese usted cómo andaría la cosa...

—No andaría muy buena.

—Pues para evitar aquellos sustos pensaron los vecinos que lo mejor era hacer una barbacana de piedra de sillería desde aquel cotorrico de por cima de la iglesia, toda la orilla abajo hasta el caedizo del puente; y como era obra de mucho coste y la villa no podía hacerla por su cuenta, determinaron

acudir al rey para que la mandara hacer á costa del tesoro. Se le echó el memorial bien razonado, le informó favorablemente el Consejo Real, vino un señor arquitecto á formar el plano de la obra, todo en muy poco tiempo, porque aquí siempre hemos tenido buenas aldabas... Ya ve usted que esos tres puentes de piedra tan hermosos, uno en el río grande y dos en ese otro riachuelo de Valmanzano, y esa calzada tan larga, y esa iglesia tan alta, no se han hecho así como quiera... Y cuando ya no faltaba más que el decreto real mandando hacer la obra, y venían noticias de que iba á salir de un día á otro; en esto de si sale hoy, si sale mañana, verá usted...

—Vamos á ver, ¿qué sucedió?

—Pues sucedió que... había acá un señor que llamaban D. Cenón... yo no sé de qué, porque el apellido era muy revesado y no le recuerdo; el cual D. Cenón había venido nombrado Administrador del Real Alfolí de la sal, y no le dejaba la justicia avecindarse aquí porque no era noble...

Porque esta villa tenía un antiguo privilegio concedido por una reina que creo que la llamaban la Católica, en virtud del cual ningún forastero podía ser vecino en su concejo sin ser noble y probarlo... Y, así era que aquí no había más que nobles. Y mientras en otros concejos tenían unos vasos de plata por donde bebían los nobles en los convites públicos,

y otros de cuerno por donde bebían los plebeyos, que por eso se llamaban también *los de la cuerna prieta*, este concejo no tenía más que vasos de plata, porque los otros no eran necesarios...

Y, como le digo, siendo la nobleza una condición precisa para avecindarse, los que venían de administradores del Alfolí, cuando eran nobles tenían que hacer las probanzas antes de tomar posesión de su cargo, y cuando no lo eran tenían que renunciar al empleo y marcharse con las orejas gachas. Pero aquel D. Cenón era muy testarudo y puso pleito á la villa por la vecindad; y como ya entonces nos habían llevado el rey á Francia y empezaban á introducirse las malas ideas, ganó el pleito injustamente y se salió con la suya de ser vecino.

Pero no se le olvidaba el feo que le habían hecho antes, y en venganza quería estorbar que se efectuara la defensa y aseguramiento de la villa, pues decía que estaba deseando que la llevara el río...

—Tan malas intenciones tenía, ¿eh?

—Sí, señor; las tenía endemoniadas, y era muy vengativo... Y con eso, fué y escribió allá á Madrid á un pariente que decían que estaba no sé si de apagaluces ó algo así en el Palacio Real y era el que le había sacado el empleo, y aquél se empeñó con un amigo suyo que era algo más persona, y éste con otro,

y el otro con otro, hasta que llegaron á uno que estaba ya muy bien arriba y tuvo ocasión de esconder el expediente... Y nada, que no parecía por ninguna parte.

Cuando vino la mala noticia de que el expediente se había perdido, figúrese usted cómo se quedaría la gente... Fué un desconsuelo. El alcalde juntó los vecinos en concejo y les dijo:

—Todo nuestro gozo metido en un pozo. Avisan de Madrid que el expediente de la barbacana no se encuentra por ninguna oficina... Conque á ver qué les parece á ustedes que se haga en este caso.

—No habrá más remedio que volver á empezar—dijeron algunos:—hacer otro expediente nuevo.

—No adelantaremos nada —replicaban otros.—El expediente no se podía perder. Si no parece es que le han hecho perdedizo... Ese hombre es muy malo—decían, por don Cenón,—y como nos lo ha entorpecido ahora, nos lo entorpecerá otra vez y... tiempo perdido... Lo mejor es remangarnos nosotros y echar el río por otro lado.

Oídos los distintos pareceres, prevaleció este último, de suerte que todos convinieron en poner manos á la obra, y se empezó á trabajar de hacendera un día y otro día. Primero

se hizo allá arriba, enfrente de la iglesia y en dirección hacia el otro lado, una zanja muy honda... Estrechica, eso sí, porque decían: ensanchar, ya la ensanchará el agua; la cuestión es que el río meta el hocico, que después él se abrirá paso... Por cierto que al tercero ó cuarto día de hacendera, cuando estaban los vecinos más afanosos haciendo la zanja, se presentó por allí D. Cenón, diciendo con sonrisa burlona y con aquella voz aguardentosa que tenía, porque se la habían echado á perder las borracheras:

—¡Así, así! Trabajar aprisa, que toda el agua que hagan ustedes salir por ahí la han de beber los mis pavos... Y lo que ellos dejen, su amo...

—Allá lo veremos —le dijo el alcalde, sin que nadie le contestara más. Y prosiguieron la obra.

Después que acabaron la zanja se pusieron á hacer una estacada cortando el río, no de frente, sino ahilándole desde muy arriba en derechura á la zanja, y empezaron por las dos orillas. Ponían dos filas de estacas, entretrejían éstas con ramascos ó escobas, y el hueco de entre las dos filas, que era como de una vara de ancho, le llenaban de piedras. Al principio trabajaban sin dificultad; pero cuando por ambos lados llegaban ya cerca del medio del río y no quedaba más que un canalizo donde el agua llevaba mucha fuerza y

lo barría todo, apenas podían espetar las estacas y tenían que ir reforzando la estacada por detrás con cestos cargados de piedra... Al cabo una tarde consiguieron tender una viga larga de parte á parte, y apoyando contra ella las estacas y echando piedra y más piedra, lograron cerrar el canalizo aquél, con lo que comenzó en seguida á entrar el agua por la zanja.

—Esto merece un trago—dijo un vecino que era muy aficionado á la leche de cepas; y como otros muchos apoyaron la proposición, no tuvo la justicia más remedio que mandar traer vino.

Cuando lo estaban bebiendo sentados en la campera de la orilla del río, todos muy algarzosos y alegres de ver que al fin lucía el trabajo, pues el río iba ya todo abocado á la zanja y salía por ella un golpe de agua como para moler un molino, se le ocurrió á uno decir:

—Ahora podía venir D. Cenón con los pavos, á ver si entre él y ellos eran capaces de beber toda el agua que sale.

—¡Hombre, sí!—añadió otro;—vamos á avisarle que venga.

—¡Qué ha de venir!—replicaba otro.—Se meterá bajo siete estados de tierra, avergonzado de ver que han salido fallidos sus pronósticos.

Pero... ¡sí! ¡Bueno era D. Cenón para avergonzarse por nada!

No había acabado de decirlo, cuando hétele que se presenta por allí embozado en su capotilla, tan campante.

—Vamos, señor administrador—le dijo el fiel de fechos.—¿Viene usted á cumplir su palabra de beber el agua que sale por la zanja? Porque para los pavos parece algo mucha... ¡Anímese usted!...

—Hombre, no—contestó D. Cenón sin enfadarse y con una risilla que tenía muy ofensiva;—agua no me cumple. Si fuera vino, vamos... No digo que todo, pero con una buena parte sí me atrevía...

—Vino también le daremos á usted si gusta—le dijo el alcalde, por aquello de que la educación está en quien la tiene, y creyendo que D. Cenón no aceptaría el convite.

—Venga, venga—dijo con su poca vergüenza el alfolinero.—¿Cuándo Sevilla no quiso trigo?...

Y en un instante se espetó un par de vasos de los de plata, del concejo, que son á modo de tazas y entre los dos andan cerca de la media azumbre...

Después se acercó á ver la obra y se fué andando por encima de la estacada hasta el medio del río, donde se paró mirando el gran remanso de agua que se había hecho.

Y entonces en un corrillo de mozos... porque la gente joven siempre suele ser más avanzada de ideas, hubo alguno que dijo:

—Lo mejor era ir ahora uno, y al pasar por junto á él, disimuladamente y como que no hacía nada, darle un empujón que cayera en el río de cabeza, que así, embozado como está, no salía, y ya no hacía más daño.

—Sí, sí, era lo mejor—contestaban los otros.

—Eso no, muchachos—les dijo el tío Juan del Campo, que estaba más cerca de ellos y les había oído;—eso no se dice ni en broma. Que le mate Dios, que puede... Aborreciblemente se porta, es cierto, pero eso no nos autoriza á nosotros para hacer una barbaridad. Él dará cuenta á Dios de sus actos, como la tenemos que dar todos.

Estaba anocheciendo y comenzó á llover, lo cual entristeció algo á la gente, porque decían que si crecía mucho el río aquella noche, estando la estacada reciente y sin enarenar, arrancaríase con ella y... trabajo perdido.

—Es posible—dijo uno de los ancianos;—pero ¡qué le hemos de hacer! San Antonio la guarde.

A otro día por la mañana los primeros que fueron á ver cómo estaba la obra se encontraron con que el río había crecido, pero no había llevado la estacada, sino que había ensanchado la zanja y todo él había entrado por ella é iba ya por el otro lado,

Sobre la estacada, y como hacia la mitad, se veía un bulto negro... Se acercaron á ver, y era D. Cenón, que estaba allí ahogado, sin tener metida en el agua más que la cabeza.

—¿Se había echado él á ahogar por despecho?—le dije.

—¡Ca! No, señor; no estaba tan aborrecido de la vida.

—¿Pues á qué había ido allí?

—Por lo que se pudo comprender, había ido, en la obscuridad de la noche, con el mal fin de abrir un poco de brecha en medio de la estacada, donde la fuerza del río era mayor, para que el agua comenzara á entrar por allí é hiciera lo demás, es decir, lo llevara todo... Porque, efectivamente, se conocía que había ya quitado algunas piedras y abierto un poco de quebrada, por donde empezaba á salir el agua; y hubiera salido mucha más, á no haber quedado él allí de tapadera.

—¿Y cómo se había ahogado sin caer del todo en el río?

—El cirujano que hizo la anatomía declaró que no había sido ahogado, sino de un ataque cerebral, y lo explicaba diciendo que, por agacharse mucho para quitar las piedras, le había dado el ataque. Pero ¡cuántas veces nos agachamos los demás y no nos pasa eso!... Para mí fué que le mató Dios, en castigo de su maldad y para no dejarle acabar su mala

obra... Porque el que la hace la paga; y él, que había hecho muchas, allí las pagó todas juntas...

Y como las ovejas, andariegas de suyo, se salían ya de entre los árboles y emprendían la cañada hacia el monte, el pastor se despidió de mí cortésmente y se marchó tras del ganado haciendo media.

X

LA ULTRAPATIANA

LA BIBLIOTECA

LA ULTRAPATIANA

—Aquí donde me ves tan desgraciado— me decía Juan muy formal y muy triste,— has de saber que he estado á cuatro pasos de la dicha; á cuatro pasos, como te lo digo, de ser el hombre más feliz y más afortunado de la tierra.

Fué una cosa de esas que suceden una vez en la vida... Que se nos presenta la fortuna al alcance de la mano, como quien dice, y por negligencia, por ligereza de juicio ó por falta de constancia la dejamos escapar, y no vuelve.

Sí; por aquella negligencia y aquella falta de constancia de que nos arguye el antiguo refrán que dice: «¿á la primera azadonada queréis sacar agua?»; por esa negligencia y esa falta de constancia y esa ligereza imperdonable, ha sido un árido desierto mi vida. Si hubiera dado un par de azadonadas más, hubiera encontrado el manantial clarísimo y abundante que me la hubiera convertido en un oasis delicioso...

Le pasó á este infortunado amigo tuyo lo que á la mona de la fábula, que arrojó el exquisito fruto del nogal en cuanto sintió que amargaba por fuera...

Verás qué historia más triste...

Hacia cosa de un año que había vuelto yo á Madrid después de la guerra y de la emigración subsiguiente, y para consolarme de las desilusiones, contrariedades y desengaños que acababa de sufrir, para ver de endulzar de algún modo las amarguras de la derrota, estaba resuelto á casarme.

Debo advertirte que, según me decían mis amigos y según á mí también me parecía, modestias aparte, me hallaba en excelentes condiciones para ello.

Frisaba en los treinta años; era á la sazón el escritor más leído y loado, el poeta de moda; no había sesión de la Juventud Católica, á cuyos salones acudía por entonces en són de protesta antirrevolucionaria lo mejor de Madrid, en que no se recitaran mis versos, recibidos siempre con atronadores aplausos; el periódico en que escribía era el que se buscaba y se leía primero en las redacciones de los demás, aun de los de ideas más opuestas á las mías, y las agudezas mortificantes de la sección que en él me estaba encomendada, y que á pesar del anónimo se me atribuía pú-

blicamente, eran celebradas y repetidas y comentadas regocijadamente por todas partes, lo mismo entre los muchachos de la Universidad, que en los corrillos de los políticos, que en las tertulias de la nobleza... En éstas, además, con verdadero orgullo de clase.

El alto cargo que había desempeñado con lealtad y lucimiento en el campo *rebelde* me daba cierta respetabilidad, aun entre los enemigos, y el mismo vencimiento, sufrido sin culpa y aceptado con dignidad, me servía de aureola simpática.

—Usted puede hacer una gran boda—me solía decir mi director espiritual, el padre Alba, que era un bendito;—se puede usted casar aunque sea con una princesa.

Lo cual, descontando la hipérbole, y dando su verdadero sentido á la frase, quería decir que podía aspirar á una excelente colocación; y nada más cierto.

Como tenía que frecuentar las reuniones aristocráticas, conocía ya, en muchachas casaderas, lo más florido, casi todas las de familias buenas y bien acomodadas.

Hago expresa mención de esta cualidad última, porque, aun cuando no era la principalmente intentada, no la quería tampoco desatender en absoluto; pues por lo mismo precisamente que, fracasado mi ideal político, me hacía cuenta de no ocupar ya jamás ninguna de las brillantes y pingües posiciones

oficiales á que antes me creyera llamado, quería que la mujer á quien había de unir mi suerte estuviera regularmente dotada, de modo que, entre lo que ella me trajera y lo que yo ganara, reuniéramos lo suficiente para poder soportar sin angustia las cargas del matrimonio.

Yo no creo, ni he creído nunca, que deban casarse solamente los ricos; pero he creído siempre que los que se casan sin los medios de subsistencia proporcionados á su clase y estado, no saben lo que hacen, no proceden con la reflexión y la cordura propias de seres racionales en asunto de tan trascendental importancia, y se exponen á hacer infelices á sus hijos, si Dios quiere dárselos... Porque el hijo de un jornalero puede ser jornalero también; pero el hijo de un señorito, que no tiene de qué vivir, casi no puede ser más que un perdulario...

—Perdóname esta digresión—dijo Juan,— y vuelvo á la historia.

Iba diciéndote que conocía en Madrid casi todas las muchachas casaderas más aceptables, conocimiento que respecto de algunas era de fecha muy reciente, de aquel mismo invierno; pero respecto de otras, databa ya de diez ó doce años atrás, de cuando era estudiante, que iba ya á los bailes y reuniones del gran mundo. Verdad es que las muchachas de aquella época me iban pareciendo ya

un poco viejas para mí, á pesar de ser mis contemporáneas.

A un hombre de treinta años, me decía yo, le corresponde una mujer de veinte, según la fórmula que dice: edad de la mujer, igual á la mitad de la del varón, más cinco años... Que es la misma fórmula de la pubertad, porque 12 (pubertad de la mujer) = 7, mitad de 14 (pubertad del hombre), + 5...

Aunque te he dicho que conocía á casi todas las jóvenes de viso, había tres ó cuatro (y por eso puse el casi) á quienes conocía de referencia, por haber oído hablar de ellas con elogio; pero no de trato ni de vista, porque no iban á bailes, unas por estar de luto, otras por desacuerdo con las costumbres corrientes ó por escrúpulos de conciencia.

De la hija de los marqueses del Abedular me hablaba mucho un compañero mío de fonda, amigo de sus padres, que solía comer en su casa un día á la semana. Era, según él, una muchacha de gran discreción y virtud, de claro entendimiento, de carácter dulce y sencillo, y que, sin ser lo que se dice hermosa, resultaba muy agradable. No iba aquel año á reuniones porque estaba de luto por su único hermano, fallecido hacía poco.

De Anita Almaraz, hija de unos señores ricos de Trujillo, que habían trasladado recientemente su residencia á la corte, también había oído hablar, con grandes ponderacio-

nes, de su hermosura y de su piedad, pero tampoco había tenido ocasión de verla.

Lo mismo me pasaba con la condesita de Santibáñez, de la que también había oído hablar mucho.

—Es la mejor novia de Madrid—me solía decir mi compañero de visita á los pobres de la Conferencia de San Vicente,—por más que no brilla en el mundo, ni acaso haya usted oído hablar de ella...

—Sí; hablar de ella sí he oído hablar—le decía yo;—pero no la conozco, no la he visto por ninguna parte.

—Se la ve poco—añadía él,—es decir, no se la ve nunca en paseos de lujo, ni en teatros, ni en fiestas. Únicamente en las cuarenta horas por las tardes, ó por las mañanas en misa, adonde suele ir con su madre, vestidas ambas con sencillez y modestia. Pero es inmensamente rica y, lo que vale más, sinceramente buena, muy virtuosa y bastante guapa.

Análogas ponderaciones había oído hacer á otros amigos hablando de la baronesita de Monreal, que también vivía retirada con su madre, también tenía una cuantiosa fortuna y también era, según contaban, muy bien parecida y sinceramente piadosa...

Cuando oía hablar con tal encomio de alguna de estas jóvenes, me entraba curiosidad de conocerla; pero luego se me iba pasando,

y ya no me volvía á acordar hasta que oía hablar de ella otra vez. No encontrándolas de casualidad, como quiera que ya conocía tanto y tan bueno donde escoger, no me tomaba la molestia de buscarlas, tratando más bien de fijarme y decidirme por alguna de las que conocía.

Así estaban las cosas, cuando una mañana, al ir á la redacción del periódico, no desde la fonda, como de ordinario, sino desde casa de un amigo con quien había tenido que tratar un asunto, entré á oír misa en la iglesia de San Sebastián, que me cayó al paso. Empezaba la de las diez y media, y me puse á oirla. Poco después del alzar, habiéndose acabado otra que estaba ya al medio cuando yo había entrado, se levantó del sitio que ocupaba, y vino á colocarse cerca de mí, una señorita con la cabeza graciosamente envuelta en una mantilla de encaje y el cuerpo enfundado en un vestido de lana pardusca, como los hábitos de los frailes franciscanos, ceñido con un cordón parecido también á los que usan los frailes; y arrodillándose frente á una imagen de San Antonio de Padua, se puso á rezar devotamente.

Era de regular estatura, más bien baja que alta, delgada y fina de cuerpo, de manos blancas y menudas, de ojos negros con mirar ex-

presivo y dulce, y de rostro... no me atreveré á decir hermoso, pero intensamente simpático.

Después de rezar un poco leyó en un libro; después volvió á rezar, y, concluído su rezo poco antes de que concluyera la misa que yo oía, salió de la iglesia, acompañada de una señora algo más bajita, dejándome con cierta curiosidad de saber quién fuese.

Por supuesto, que desde que se vino á rezar á mi lado hasta que se marchó, casi no la quité ojo, y también ella, al levantar alguna vez los suyos del libro para fijarlos en el santo, ó al bajarlos del santo para volver á posarlos en el libro ó clavarlos humildemente en el suelo, me echaba alguna que otra mirada furtiva.

Al día siguiente, al ir de la fonda á la redacción, en vez de entrar á oír misa, como tenía por costumbre, en la iglesia de las Calatravas, que estaba al paso, me fuí de expreso á la de San Sabastián, procurando llegar á la misma hora que el día anterior, y volví á encontrar allí á la niña del hábito pardo, la cual también, al concluirse la misa que oía, vino á arrodillarse delante de San Antonio y le hizo su rezo, que debía de ser una novena, igual que el primer día, mirándola yo constantemente y mirándome ella con más frecuencia y menos disimulo que el día antes.

Cuando, concluídas sus oraciones, salió de la iglesia en compañía de la misma señora del primer día, que por ciertos rasgos fisonómicos me pareció que debía de ser su madre, salí detrás decidido á seguirlas.

Tomaron la calle de las Huertas, que siguieron hasta el cruce con la de León, muy despacio desde que advertieron que iba yo detrás, parándose á mirar los escaparates de las tiendas, como para cerciorarse de si iba siguiéndolas ó iba porque diera la casualidad de que fuera aquél también mi camino. Cuando estuvieron seguras de lo primero, pues siempre que se paraban ellas me detenía yo también, continuaron andando á buen paso, volviéndose la niña alguna vez á mirarme con una mirada como de gratitud y de aliento.

Al llegar á la calle de León, echaron por ella hacia la izquierda hasta encontrar la de Lope de Vega, que tomaron y siguieron resueltamente hasta la casa número 7, donde entraron.

Era una casita baja, de humilde apariencia, y esto ya empezó á disgustarme; pero reaccioné en seguida, pensando que sería suya propia la casa, y que el piso principal, bien amueblado, podría ser una habitación cómoda y elegante.

Toda esta ilusión se vino abajo inmediatamente.

Porque habiendo apretado el paso para colocarme frente al portal, antes que desaparecieran por la escalera, vi que no tomaron ésta, que estaba á la derecha, sino que siguieron de frente, salieron al patio, atravesaron éste, que no era muy grande, y entraron por una puertecita que había al otro lado como para cuartos interiores.

Se me cayó el alma á los pies; y aunque la niña al atravesar aquella puerta ignominiosa me echó una postrera mirada más halagüeña y dulce todavía que las anteriores, la dije mentalmente: «No: hasta aquí llegó mi amor, es decir, hasta el patio; más allá no pasa». Y me fuí hacia la redacción del periódico pensando amargamente: «¡Pero cuánta farsa y cuánta farándula hay en este Madrid! Esta niña tan modosita y tan mona, de tipo tan fino y delicado de andar, tan elegante vestida, con modestia admirablemente hermanada con el buen gusto, cualquiera creería que era alguna condesa... Y, por lo visto, será hija de algún empleado de cinco mil reales, ó acaso de algún cesante que no tendrá más que el día y la noche... ¡Cuando vive en un cuarto interior de la calle de Lope de Vega, que costará cuatro duros mensuales ó cinco, cuando mucho!... ¡Ya, ya! ¡Para que uno se fíe de apariencias!...»

A otro día ya no volví á misa á San Sebastián; pero volví á pensar más de una vez en la niña del vestido pardo, cuyas dulces miradas, y muy especialmente aquella última, me habían llegado al corazón, y seguían trabajando sobre él y ablandándole y cautivándole...

«¿Por qué no he de volver á verla?—me decía yo;—¿qué pierdo por volver á seguirla?... Podría ser que no vivieran allí y hubieran entrado casualmente... Mas ¿á qué habían de haber entrado?... Pero ¿quién sabe?...

En fin, que para asegurarme más en mi determinación de abandono absoluto, ó rectificarla si hubiera motivo, á los cinco ó seis días de retraimiento volví otra vez á San Sebastián á la misma hora. Y las volví á encontrar allí á la hija y á la madre, produciendo en ellas mi reaparición alegría visible.

Digo en *ellas*, porque ambas se alegraron, y á las dos las conocí la alegría en el semblante, y porque después de oír misa, al salir detrás de ellas á la calle, no sólo la niña me miraba sin reserva alguna, bañándome tranquilamente en miradas francas y afectuosas de verdadero cariño, sino que su madre me miraba también, no con aquella curiosidad hostil con que suelen mirar las madres á un pretendiente extraño, sino con el agrado con que pudiera mirar á un antiguo conocido.

Seguías yo, encantado de aquella amabilidad, forjándome ilusiones de que habría

sido casual la entrada en aquella casucha y de que vivirían en otro lado, pues aquella distinción y aquella fina sencillez denunciaban claramente... etc., etc. Pero llegó el desencanto muy pronto... tan pronto como llegaron ellas á la calle de Lope de Vega, pues la siguieron como la otra vez, y llegaron á la casa número 7 y entraron en el portal, y le atravesaron y salieron al patio, y le atravesaron también, y se perdieron de vista por la puertecita de los interiores.

Anduve paseándome por la calle, sin perder de vista la puerta de la casa, como media hora, á ver si salían; pero no salieron. Se me ocurrió preguntar quiénes eran á un zapatero remendón que trabajaba en el portal, y que sin duda desempeñaba al mismo tiempo la portería; pero rechacé la ocurrencia como inoportuna, porque la pregunta me pareció excusada y... algo denigrante... ¿Qué me importaba á mí que fueran quienes fuesen?... Era indudable que vivían allí, y era indudable, por consiguiente, que eran unas pobres infelices...

En los primeros días siguientes me acordaba mucho de la niña del hábito pardo, y de lo que más me encantaba en ella... aunque, en rigor, me encantaba todo; no solamente las miradas dulces, sino el modo de andar, el

modo de ponerse la mantilla, la manera de abrir el libro, la manera de coger el rosario, y hasta la manera de mover los labios cuando rezaba.

El corazón estaba ya tan interesado por ella, que la quería, pobre y todo, y se defendía con denuedo en su querencia; pero la razón, la fría razón, ayudada de la vanidad, de la soberbia, del orgullo y de otros auxiliares más ó menos innobles, rechazaba severa é indignada sus defensas y sus solicitudes como pecaminosas debilidades.

Temeroso de no poder resistir á los legítimos deseos del corazón, determiné ponerla en ridículo, no sólo ante mi juicio propio, sino también ante mis amigos y compañeros, á quienes conté la historia con todos los detalles del hábito, de las miradas dulces, de las elegancias *exteriores* y de la vivienda *interior*, al otro lado del patio.

Como á mí me llamaban los periódicos enemigos *ultramontano*, por mis ideas de católico intransigente, y yo sabía que á los primeros que llevaron este apodo se les aplicó porque vivían más allá ó al otro lado de los montes, la dí en llamar á ella *ultrapatiana*, porque vivía más allá del patio.

Les hizo gracia el mote á mis amigos, y siempre le usaban para preguntarme por ella cuando querían darme broma.

—¿Qué tal la *ultrapatiana*?—me decían.

—No la he vuelto á ver—les contestaba yo desdeñosamente.

Y luego hacían conmemoración de los detalles que les había contado, y se reían mucho; y... es claro, así no podía yo volver á pensar seriamente en ella, porque se burlarían de mí y me pondrían en ridículo, y herirían mi amor propio con las armas que yo mismo les había dado...

Así concluyó todo... así fuí dejando de pensar en ella, y abandoné por completo aquel rastro de mi felicidad, tan sin razón como suelen abandonar muchas veces el que han seguido en busca del autor de un delito los jueces de primera instancia.

Algún tiempo después, tras de mucho dudar y mucho pensarlo, entré en relaciones con una hija de la vizcondesa del Alcor, que me resultó orgullosa y pobre, y que con embelecocos y roderías me tuvo entretenido once años, hasta que se hizo vieja... y yo, figúrate...

Y aquí me tienes hecho un desgraciado... el hombre más desgraciado de la tierra.

—Eso es mucha exageración — le dije á Juan; — pero bueno, ¿cuándo fué cuando estuviste tan cerca de ser feliz? ¿No me decías al empezar que habías estado á cuatro pasos de la dicha? ¿Quién era la dicha?

—La *ultrapatiana*... ¿No sabes quién era la *ultrapatiana*?

—No... ¿quién era?

—La condesita de Santibáñez... la mismísima condesa de Santibáñez, á quien yo deseaba conocer y de quien había oído tan buenas referencias, tantas alabanzas y ponderaciones.

—¿Y vivía en aquel casucho?

—No, no vivía allí, sino en un suntuoso palacio de la calle de Atocha... Allí entraban aquellos días, después de oír misa, ella y su madre, á visitar á una pobre enferma del pecho, á la mujer del zapatero del portal, que estaba ya sacramentada, y todos los días iban á llevarla limosna y á consolarla y hacerla compañía desde las once hasta cerca de la una.

—¿Y cuándo lo supiste?

—Cuando ya no tenía remedio... Poco hace todavía que he tenido el dolor de enterarme de todo, por un sacerdote que fué capellán de la casa y que ha cometido la inadvertencia, ó no sé si la crueldad, de contármelo.

—¿Y cómo se mostraba ella desde luego tan favorable á tus primeras insinuaciones?... ¿Te conocía?

—¡Claro que me conocía! Verás... Había oído hablar mucho de mí en la temporada aquella de mi mayor lucimiento literario y político de que te hablé antes, y como era de

las mismas ideas mías, leía con fruición y complacencia, todas las noches, mi obra en el periódico, y también mis versos en los semanarios ilustrados donde aparecían... Estaba enamorada de mí sin conocerme...

Procurándolo muy á finas veras, fué una noche á una sesión de la Juventud Católica y allí me vió; y como también exteriormente fuí de su agrado, su afición creció hasta el punto de estar hablando de mí y pensando en mí continuamente.

Fué alguna otra noche á la Juventud Católica, según me ha dicho el capellán, buscando la ocasión de que alguien me presentase á ella, mas no la halló fácil como quería; es decir, que no pudo conseguirlo disimuladamente. Llegó á pensar en escribirme ella misma con algún pretexto, dándome la enhorabuena como correligionaria por alguno de mis artículos, ó pidiéndome copia de alguna composición poética de las que más la habían gustado, ó con otro motivo cualquiera que sirviese para trabar amistad, que luego pudiera sufrir la transformación conveniente. Mas al fin nada de esto se atrevió á hacer, por creerlo fuera de los usos corrientes, y determinó poner el caso en manos de Dios, pidiéndole la realización de su deseo por la intercesión de los santos, y precisamente para eso, para pedirle que yo me fijara en ella, estaba haciendo aquella novena á San Antonio.

Al tercer día de la novena aparecí yo en la iglesia... y naturalmente, sospechó que iba por ella y que era San Antonio quien me llevaba. Y cuando al día siguiente volví y me fijé en ella más y la miré mucho y la seguí por la calle, tuvo ya por seguro que San Antonio había hecho el milagro...

Y sí le habría hecho; pero se le deshizo el demonio... el demonio de la soberbia y del orgullo y del apegamiento al propio parecer...

Por algo dijo Campoamor, en su humorismo habitual, que

«En materias de amor y matrimonio
puede más que los santos el demonio».

Como ella estaba en cuenta de que yo la conocía y de que al seguirla sabía quién era, cuando vió que después de haber comenzado á demostrarla afición me retiré completamente, creyó que era que no me había gustado por su figura ó por otra cualquier circunstancia, y pasó muchísima pena, pero siguió queriéndome resignada y sin perder la esperanza del todo...

Después comenzó á pretenderla un primogénito de marqués muy acaudalado, pero muy majadero, y no le hacía caso, naturalmente. Pero no sé quién habló á la madre en su favor, diciéndola que, aunque no era de muchos alcances, era un buen muchacho que sabría

estimar y considerar á su mujer; y la buena señora, en su deseo de no dejar á su hija soltera el día de su muerte, que ya creía cercano, empezó á interesarse por él y á aconsejarla á ella que le aceptara.

La pobre niña, que quería muchísimo á su madre, pero que sentía mucha repugnancia por semejante novio, por no verse en el caso de tener que ir de plano contra la voluntad de aquella á quien más sentía disgustar negándose á aceptar el matrimonio que la proponía, la pareció mejor decir que no pensaba casarse con nadie y que tenía determinado dejar el mundo.

Y, en efecto, así lo confirmó poco después, retirándose al convento de Santo Domingo, donde profesó y donde, como no tenía naturaleza para la vida claustral y penitente, creo que vive enfermucha, después de haber muerto su madre de hipocondría, originada por la tristeza de verse separada de ella.

—Ya ves—concluyó Juan muy triste—cuántas desgracias acarreadas por mi equivocación, por mi desidia, por no haber dado un par de azadonadas más..., por no haber preguntado al zapatero quiénes eran aquellas señoras...

XI

EL OYENTE

EL OYENTE

—Sobre eso me pasó á mí un caso muy curioso —dijo Aurelio Valle cuando estábamos tomando café, después de la comida semioficial de apertura de curso...

—¡Ah! ¿queréis que os le cuente?—añadió al ver que nos habíamos quedado mirándole como esperando que continuara...

—Pues voy á complaceros... Hablabais de los que asisten á las aulas por mera afición, sin estar matriculados ni ser estudiantes... ¿no es eso?

—Sí, justo: de los oyentes—le contestó uno de los compañeros de claustro;—hablamos de los oyentes y de lo grato que es tenerlos; de lo que halaga al catedrático saber que hay quienes, libre y voluntariamente, acuden á oír su explicación, sólo por el gusto de oírla...

—Precisamente de eso es mi caso...

—Venga, venga...

—Era el segundo año que explicaba yo la asignatura de Derecho Natural, con la que me hallaba muy encariñado.

Ya en el curso anterior, en el de estreno, un periódico de importancia, en el que debía de escribir alguno de mis discípulos, había publicado sueltos laudatorios de mis explicaciones, comenzando por decir que estaban llamando mucho la atención, calificándolas otro día de elocuentes, de profundas, y no sé si también de brillantes, creo que sí, porque algún adjetivo relumbrón bien me acuerdo que había; y acabando, á la tercera vez, por asegurar que todos los días se veían entre mis discípulos personas extrañas á la clase, que acudían al aula número 7 (la mía), «ganosas de escuchar los nuevos y sorprendentes conceptos científicos del joven y docto catedrático».

¿Para qué os voy á decir que aquellos sueltos me disgustaban, si no es verdad? Al contrario: alegando antes como disculpa que era todavía un rapaz, os confieso que me sabían á gloria. Especialmente el último... Aquello de que á mi cátedra fueran oyentes que no eran alumnos ni tenían ninguna obligación de ir, constituía para mí una satisfacción muy grande.

Como nos hallábamos todavía en el período sincero de la libertad de enseñanza, y la asistencia á las clases no era obligatoria ni

aun para los matriculados, no solía yo pasar lista; de modo que no conocía á mis discípulos. Recordaba las fisonomías de los que asistían con frecuencia, y si los encontraba en la calle, sabía que eran discípulos míos, pero no sabía cómo se llamaban. Por eso y porque al aparecer el último suelto quedaban ya pocos días de clase, no era fácil ni posible apenas comprobar la afirmación del periódico; mas considerando que al autor de ella nadie le obligaba á mentir, determiné creerla buenamente bajo su palabra.

Al siguiente curso empecé mi tarea con más esmero aún, si era posible, y con más entusiasmo.

En las primeras conferencias asenté como preliminar la existencia de Dios *ab eterno*, pues si no hubiera existido siempre, no existiría, porque nunca hubiera podido comenzar á existir; luego, la creación del mundo, sacado de la nada por la omnipotencia divina, y como remate y coronamiento de la creación del mundo, la creación del hombre á imagen y semejanza de Dios, hechura en que Dios se complació sobremanera, haciéndola objeto especial de su amor; sér privilegiado á quien dió señorío sobre todos los seres vivientes, porque para eso le hizo inmensamente superior á ellos y poco inferior á los

ángeles, dotándole de razón, de ese destello divino que había de hacer exclamar al gran profeta: «*Visible está, Señor, en nosotros la luz de tu semblante*».

Explicué cómo el hombre había sido puesto por Dios en el paraíso en estado de gracia, del que cayó por el pecado. Demostré que la trasmisión de los efectos de la caída á los descendientes, ó sea la trasmisión del pecado original, lejos de ser injusta y de repugnar á la recta razón, era conforme á razón y justicia. Y entrando á determinar las consecuencias de aquel pecado, explicué cómo la razón humana quedó por él debilitada, nublada, por decirlo así, y algo oscurecida, pero no apagada del todo, no muerta; y refuté victoriosamente los errores contrarios á la sana doctrina, así el de los antiguos pelagianos, de que la razón había quedado íntegra y lo podía todo, en orden á la consecución del fin último, sin necesidad del divino auxilio, como el de los protestantes y jansenistas, de que la razón, después de la caída de Adán, no puede por sí nada en orden al bien, y de que el libre albedrío no existe, ó si existe sólo sirve para pecar, no para otra cosa.

Todavía me acuerdo del himno ferviente que al concluir la explicación de aquel día entoné á la libertad humana. ¡Ah, señores!—decía,—la libertad, ese dón sublime de Dios, es nuestro glorioso distintivo, fundamento

de nuestra responsabilidad, base de nuestro mérito... Es reina y señora y dueña absoluta de querer ó no querer, sin que nadie pueda obligarla... Dios mismo no la fuerza nunca ni la oprime; lo más que hace es moverla suavemente por medio de su gracia divina...

Mis discípulos me oían con bastante atención; rara vez hablaba alguno con el de al lado, y muy pocas palabras, como para hacer alguna pregunta; por lo general, todos solían estar atentos. Pero había especialmente uno que atendía hasta con la vista, mirándome constantemente, sin perder movimiento, ni acción, ni gesto el más insignificante.

Era de alguna más edad de la que suelen tener los estudiantes, pues aparentaba andar á redor de los treinta años; vestía con aseo, pero no con lujo, pues su traje, aunque limpio siempre, estaba algo raído, así como también un poco pasado de moda; y no se sentaba entre los demás, sino destacado de la agrupación que los otros formaban en la alta gradería, delante, en el fondo del aula, en un banquito movable que había cerca de la estufa, ya bien encendida, porque desde la segunda semana de Octubre teníamos un temporal de frío terrible.

La circunstancia del exceso de edad y la de no hacer junta con los otros, me infundieron bien pronto la sospecha grata de que

aquél no era un estudiante, sino un oyente. Por fortuna, esta vez había facilidad de averiguarlo.

Pasé lista un día muy despacito, mirando cada vez que pronunciaba un nombre á ver quién era el que respondía, y, en efecto, el individuo aquel no respondió á ninguno de los nombres leídos.

—Ciertos son los toros—dije para mí con interior satisfacción; y seguí explicando la lección correspondiente, y él seguía prestándome atención especialísima.

A los pocos días se me ocurrió la idea de que podría el caballero aquel no haber contestado á la lista por encontrarse distraído cuando sonó su nombre, y determiné volver á pasarla.

El mismo resultado. A algunos nombres no contestaba nadie: cuando esto sucedía, paraba yo un poco y aun repetía el nombre hasta convencerme de que faltaba aquel alumno: muchos faltaban; pero todos los asistentes fueron contestando á algún nombre de la lista; el individuo aquel que se sentaba solo delante de los demás no respondió á ninguno.

Quedé convencido. Positivamente aquél no era alumno; era un oyente, era un enamorado de mis explicaciones, que desatendiendo

acaso otros quehaceres, acudía constantemente á oirlas. Quedé convencido, y confieso que no exento de vanidad... ¿Quién no la ha sentido á los veintiséis años?

Seguí con entusiasmo mis explicaciones, y siguió el oyente prestándome atención con la intensidad acostumbrada. El día que me tocó explicar la conformidad entre el Derecho Natural y el Derecho Divino positivo, como nacidos de la misma fuente, y establecer la imposibilidad de los supuestos *conflictos* entre la razón y la fe, entre la religión y la ciencia, hasta me pareció que iba repitiendo mis palabras, pues le veía mover los labios á compás de los míos. Era una delicia... Aquel hombre se me estaba haciendo muy simpático... A veces me daban ideas de abrazarle, al salir, delante de todos... Por lo menos necesitaba hablarle, entablar relación con él y manifestarle vivamente mi agradecimiento por su adhesión á mi persona, por su mudo y elocuente homenaje á mi ciencia y á mi palabra.

Días hacía que buscaba yo un pretexto, una ocasión para hablarle, cuando la ocasión vino rodada y á pedir de boca.

En cuanto entró Diciembre empezaron los estudiantes á alborotarse por los claustros pidiendo el *punto*, y á tratar de que no se entra-

se en las aulas. Casi todos mis compañeros dijeron un día en la sala de profesores, donde nos reuníamos antes de empezar, que en sus clases ya el día anterior no habían entrado los discípulos. En la mía siguieron entrando algunos días más; pero llegó uno, el siguiente al de Concepción, en que ya no entraron tampoco, y me encontré solo con mi oyente asiduo, con mi simpático oyente, que había entrado detrás de mí y se había sentado en su banquito como todos los días.

—Hoy parece que nos dejan solos—le dije, tratando de tramar conversación.

Pareció sonreirse un poco, como demostrando asentimiento, pero no me contestó.

«Lo hará por cobardía—me dije;—no se atreverá á hablar conmigo dentro del aula». Y levantándome del sillón, bajé del estrado, y como para darle más confianza, fuí á sentarme muy cerca de él, en otro banco frente al suyo.

—Digo que hoy parece que nos han dejado solos—le repetí,—pero no importa; tendremos la conferencia aquí como dos amigos...

Tampoco me contestó nada en el primer momento; pero pasado éste, y viendo sin duda la extrañeza pintada en mi semblante, colocó la mano izquierda muy extendida detrás de la oreja del mismo lado, como para aumentar el pabellón auditivo, y me dijo en voz desentonada:

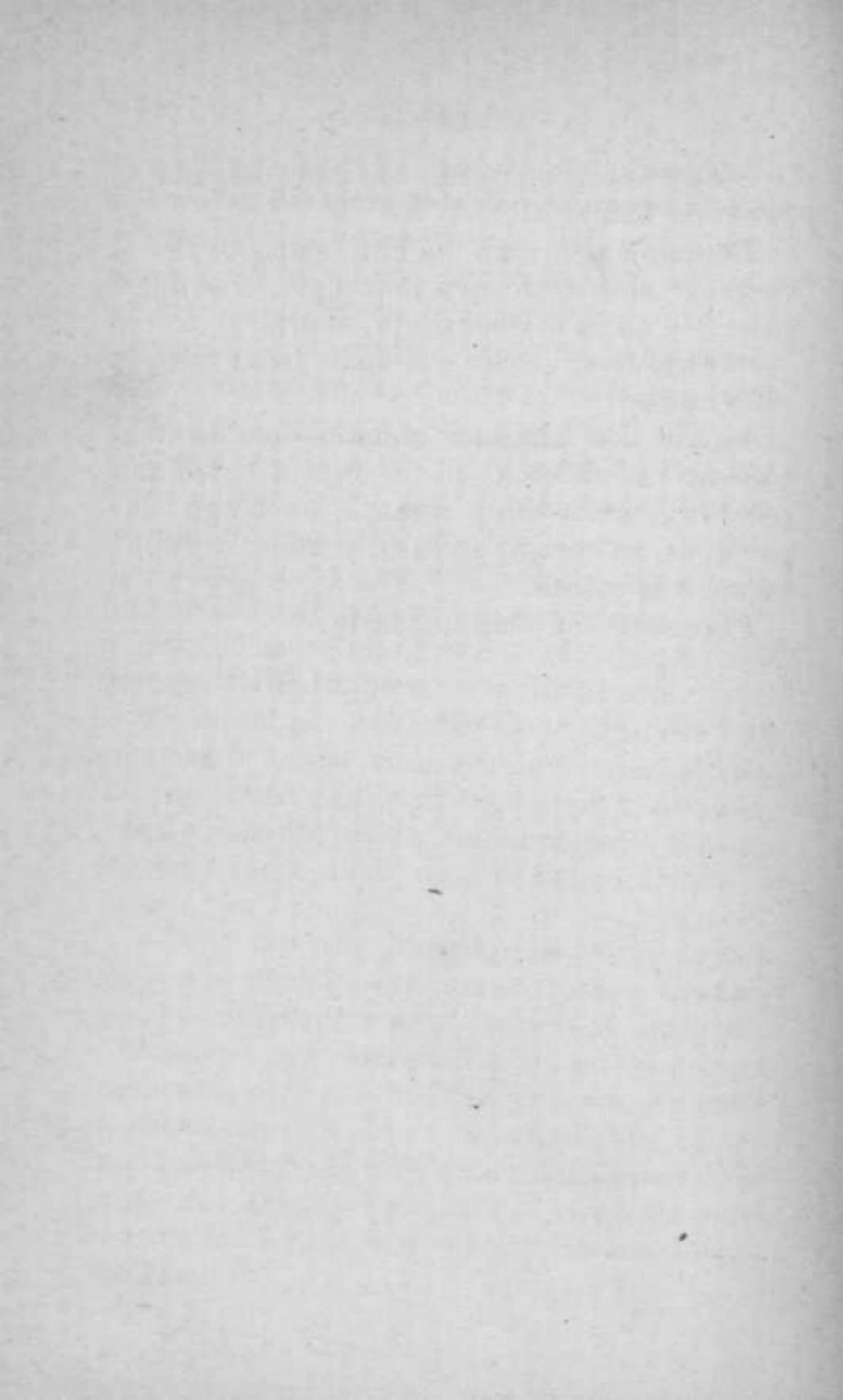
—Soy un poco tardo de oído; hágame el favor de hablar alto.

Le hablé alto y no me oía tampoco. Debía de estar más sordo que una tapia. Por fin, á gritos, y en la misma oreja, le dije:

—Entonces, ¿cómo entiende usted mis explicaciones?

—¡Ah! De ninguna manera—me contestó;—no le entiendo ni le oigo á usted una palabra... Pero estoy cesante, no tengo ocupaciones, ni carbón en casa, y vengo á calentarme á la estufa.

Figuraos cómo me quedaría.



XII

LO DESCONOCIDO

LO DESCONOCIDO

—¿Que no puedes creer que yo te quiera tanto, tanto?—decía Eduardo Cajigal á su novia Isabel Villaverde ocho días antes de casarse;—¿que no es posible que esté tan enamorado de ti como digo, porque tú no tienes nada particular?...

—Y es verdad—dijo con sencilla naturalidad Isabel.

—Bueno... eso es modestia tuya...—replicó Eduardo.—Si no tuvieras también esa virtud... no las tendrías todas.

—¡Ay! ¡Cómo estás esta noche!

—Lo mismo que siempre... Pero ¡decir que tú no tienes nada de particular!... Mira: tienes tanto, tanto, como que todo es particular en ti; como que yo no he visto nada parecido á ti en mi vida, ni espero verlo. Porque, en primer lugar, eres hermosísima...

—No seas loco.

—Sí, hermosísima; á mí me pareces hermosísima... y además, todos me lo dicen.

—Hombre, de cumplimento, naturalmente... Los que te hablen de mí, sabiendo que te vas á casar conmigo, ¿te van á decir que soy fea?...

—No; pero bien se conoce cuándo se habla de cumplimento y cuándo se habla de verdad. Para decirle á uno, por cortesía, que tiene buen gusto, no se necesita hablar con el fervor con que me dicen á mí que eres una mujer encantadora, que...

—Mira, si sigues así, me voy á mi cuarto y tendrás que acercarte de mirón á la mesa del tresillo ó ir á tomar parte en la conversación de mi madre y las demás señoras mayores.

—Pero si es verdad, si te diré una cosa... Y eso que, por otro lado, no te la había de decir, no sea que vayas á enorgullecerte...

—Bueno; pues no me la digas... Mejor es que no me la digas, porque será alguna bobada regularmente.

—¡Gracias, amor mío! ¡Gracias por la franqueza!... Es decir, que de mí no se puede esperar otra cosa que...

—No, hombre, perdona; no he querido decir eso, sino que como esta noche estás empeñado en decirme bobadas...

—Bueno; pues verás lo que te iba á decir: que eres hermosísima...

—¿Otra vez?...

—Y que eso sólo, ese rostro escultural, animado por esa sonrisa trastornadora, es bastante para explicar que esté yo tan enamorado de ti como te digo y como lo estoy realmente. Pero te diré más: si te afearas, si te pusieras horrorosa, por ejemplo, si te dieran unas viruelas...

—¡Jesús, hombre!... ¡Mejor lo haga Dios!

—¡Claro que lo hará! No creas, no es más que un suponer. Pero si, lo que Dios no quiera nunca jamás, te dieran mañana unas viruelas y te dejaran pintada, ennegrecida, desfigurada, vamos, horrible, seguiría tan enamorado de ti como ahora, sólo porque continuaras mirándome con esos ojos tan hermosos, tan enloquecedores y tan dulces...

—No seas loco.

—Y más te diré todavía: si también te quedaras ciega...

—¡Ave María Purísima!... ¡No lo quiera Dios!

—No; ni yo lo quiero tampoco: es para pintarte lo que siento por ti... y el atractivo irresistible que para mí tienes por muchísimos conceptos... Si además de dejarte las viruelas desfigurada y horrorosa te dejaran ciega, todavía te querría lo mismo que antes y seguiría tan enamorado de ti por oírte hablar, y me casaría contigo porque regalara constantemente mis oídos el metal de tu voz,

de esa voz tan atractiva, tan cariñosa, tan simpática como no es posible que haya otra en el mundo...

—¡Qué exagerado eres!

—No, no exagero nada. Y todavía te diré más... Aun cuando también te quedaras muda...

—¡Virgen santa!

—Ya te he dicho que hablo solamente en el supuesto de que eso sucediera... Si te quedaras muda ó afónica, de suerte que no se te pudiera oír una palabra, continuaría perdidamente enamorado de ti, sólo por tu modo de andar, por esa gracia y esa elegante sencillez que no tiene nadie más que tú.

—No seas adulator, ya te lo he dicho.

—No te adulo: déjame que acabe. Si, por último, también llegaras á perder ese encanto irresistible; si te quedaras tullida...

—¡Dios mío!...

—No, no te asustes... ya sabes que no es más que suposición: si te quedaras tullida, sin poder andar, todavía seguiría igualmente enamorado de ti y me uniría á ti contentísimo en lazo indisoluble, por estar siempre cerca de esa alma pura y bendita y escogida de Dios; porque yo creo que no hay en el mundo una alma tan buena, tan dulce y tan santa como la tuya...

.....
.....

Cuatro años hace que se casaron Eduardo é Isabel.

En ese tiempo han tenido un niño y una niña, ambos muy hermosos.

Y, por supuesto, á Isabel no la han dado las viruelas, gracias á Dios, ni se ha quedado fea, ni desfigurada, ni ciega, ni muda, ni tullida, afortunadamente.

Está tan hermosa como antes de casarse, ó algo más si es posible; tiene la misma belleza escultural en su semblante, animado por la misma sonrisa; tiene los mismos ojos, con la misma dulzura en la mirada; tiene el mismo timbre de voz, agradabilísimo realmente; la misma esbeltez, la misma distinción, la misma gracia en el andar..., y en cuanto al alma, no es menester decir que también es la misma, con la misma dulzura, la misma sencillez, la misma modestia y todas las demás virtudes.

Pero su marido se ha acostumbrado á todos aquellos encantos, y ya no le llaman la atención como antes. Ni le trastorna aquella sonrisa, ni le enloquecen aquellos ojos, ni el metal de aquella voz le atrae, ni le hace la gracia que antes aquel modo de andar, ni estima ya como una felicidad el estar cerca de aquella alma escogida de Dios, puesto que pasa lejos de ella todo el tiempo que puede.

Eduardo es ingeniero de montes. Hijo de una familia noble y piadosa, fué educado

cristianamente y en su juventud se conservó sano.

Cuando salió de El Escorial, después de haber concluído sus estudios y de haber sido algunos años profesor de la Escuela, todavía era un buen muchacho. Pero después de casado y destinado al Ministerio, dió en ir al casino, contrajo allí ciertas amistades, y por aquello de que quien con lobos anda á aullar se enseña, fué perdiendo la afición á la vida de familia y el cariño á su mujer, de manera que en cualquier parte le gustaba estar más que en casa.

Todavía no se determinaba á decir á su mujer que se iba al casino, ni se atrevía á hacerla entender que se aburría á su lado; pero trataba de engañarla con pretextos.

La Junta de repoblación de montes debía de estar poco menos que en sesión permanente, porque á cualquier hora del día, y aun de la noche, tenía Eduardo que ir á tomar parte en sus tareas... Por las noches más comúnmente reclamaba su presencia el Círculo de Bellas Artes, donde había entrado hacía años como socio, porque era algo poeta, y donde ahora le habían hecho vocal de la Junta directiva.

La pobre Isabel conocía el desvío de su marido, y le lloraba á solas y pedía á Dios el remedio, porque en el mundo apenas tenía á quién volver los ojos. Su madre había muer-

to tranquila y feliz poco después de haberse ella casado. La quedaba su tío el conde de Carvajal (título que había de heredar Isabel); pero ¿qué le iba á contar ella á aquel santo varón que no pensaba ya más que en prepararse para la muerte? ¿Cómo iba ella á amargar con sus quejas los últimos días de aquel pobre anciano, que la quería muchísimo y que estaba en la creencia de que era muy dichosa?...

Para tener á quién contar sus cuitas quiso intimar con una hermana de Eduardo, mayor que él, casada hacía ya mucho tiempo, y á la cual hasta entonces apenas había tratado, porque Clara, que así se llamaba, había vivido fuera de Madrid. Era Clara mujer de buen corazón y muy discreta, de suerte que no tardó en llegar á conocer á fondo la sincera bondad de Isabel, y pronto se quisieron como las mejores hermanas.

Contaba Isabel á Clara los tristes indicios del extravío de Eduardo, y trataba Clara de consolar á Isabel, disuadiéndola de sus amargas sospechas.

—Estará de veras ocupado—la decía;— y por eso parará poco en casa, pues de otro modo no me lo explico... Porque él te quiere, conozco yo que te quiere, pues cuando le hablo de ti, ponderándote, me oye con mucha

atención y se anima y se conoce que lo agradece... Anteayer, que estuvo en casa un momento, le dije que había ido el día antes contigo á tiendas, y añadí, como que no hacía nada: «Me gusta mucho ir con Isabel, porque como es tan simpática y tiene ese agrado, nos sirven con más amabilidad en todas partes y con más esmero... Ayer, en cuanto entramos en casa de Escolar, tres ó cuatro dependientes dejaron lo que estaban haciendo para acudir á ponernos sillas y á ver qué deseábamos, como si el comercio fuera para nosotras solas». ¡Y si vieras con qué alegría y con qué gusto me escuchaba!

La pobre Isabel contestaba á estos optimismos de su cuñada comunicándola sus observaciones, no tan lisonjeras, ni con mucho, pero más aproximadas á la realidad, desgraciadamente.

Eduardo no pasaba todavía de ser un pecador *teórico*, digámoslo así. Pecaba ordinariamente de pensamiento, y á veces también de palabra, tomando parte en las conversaciones obscenas del Casino... Todas las mujeres que veía por la calle le parecían mejor que la suya, y se le iban los ojos tras de cualquier talle un poco airoso, ó tras de cualquier palmito medio agraciado. A veces no solamente los ojos, sino él mismo en persona se iba también tras de alguna repolisca del gremio costureril, y á media voz la decía cuatro

chicoleos; pero de ahí no pasaba... No era todavía lo que se llama un perdido, pero estaba en camino de perderse.

Llegó un día en que hubo de entrar en cuentas consigo mismo, y decidió seriamente mudar de vida. Pero... ¿ustedes creen que para mejorarla? Pues no; sino para empeorarla todo lo posible.

—«La verdad es—vino á decirse—que si yo me muriera ahora y me llevara el diablo, que sería lo más fácil, me llevaba de la manera más tonta del mundo... porque ¡cuidado que la vida que estoy haciendo es... mema de solemnidad! Esto no puede seguir así: hay que irse al vado ó á la puente. Ahora bien: ¿tengo aliento para subir el repecho y pasar el puente, separándome por completo de mis amigos actuales, que me quieren hacer un perdido como ellos?... Es decir: ¿tengo valor, tengo fuerza de voluntad para ser bueno del todo?... No..., creo que no... Decididamente, no tengo valor para tanto... Pues no pudiendo ser bueno del todo, ¿qué adelanto con serlo á medias? Nada, nada, de perdido al río; á ser malo y á divertirme como los demás...»

Tan extraña y desastrosa resolución no quiso Eduardo que se le apollara en proyecto, y decidió en seguida ponerla por obra.

Aquella misma noche había baile de máscaras en el Teatro Real, y allá fué Eduardo, empapado en el mal pensamiento de hacer lo que en el vocabulario de la mala gente se llama una conquista.

Pretextó, como otras veces, tener que asistir á Junta en el Círculo de Bellas Artes, y apenas concluyó de comer se marchó de casa, como quien dice con el bocado en la boca.

Y luego desde el Círculo se marchó al baile cuando le pareció ser ya la hora conveniente.

Á poco de entrar en el teatro se encontró con un amigo, y tuvo que pararse á saludarle.

—¿Cómo va esa repoblación?—le dijo el amigo inmediatamente después del ordinario saludo.

—Mal—contestóle Eduardo.—¿Cómo quieres que vaya? El Ministro de Hacienda no quiere darnos dinero, y sin dinero nada puede hacerse... ¡Ah! y lo peor es que no solamente no nos da dinero para repoblar los montes destruídos por la mala administración, por la venalidad de guardas y capataces ladrones y por la codicia de los caciques, ladrones también, sino que además trata de vender ó de destruir los pocos que aún quedan poblados... Pero, entre paréntesis, ¡qué dos máscaras más monas esas de los pañuelos negros de Manila!... Lo que es la que le lleva bordado con flores encarnadas... ¡qué talle y qué andar y qué...!

—Sí, es una andaluza muy graciosa—le dijo el amigo.

—¡Ah! ¿la conoces?

—No; pero pasaron hace poco por junto á mí, que estaba distraído, y me dijo en andaluz cerrado: *Adió, zerio*.

Eduardo se despidió de su amigo y se fué en seguimiento de las dos máscaras de los pañuelos negros de Manila.

Estas se habían salido del salón, y cuando estuvieron solas en un pasillo, la de las flores encarnadas dijo á su compañera:

—Qué tal manejo el andaluz?

—Admirablemente—la contestó la otra.

—¿No se me conocerá?

—¡Quiá! Nada. Á mí misma me pareces andaluza de veras.

—¡Mira tú que una andaluza de León!...

—Pues, hija, estás admirablemente.

En cuanto volvieron á entrar en la sala se las acercó Eduardo, que andaba desbautizado buscándolas por todas partes y renegando del amigo que con su intempestiva conversación le había hecho perderlas de vista.

Se puso al lado de la del mantón bordado de flores encarnadas y comenzó á decirle cosas al oído, sin acertar á separarse de ella en toda la noche.

—¡Qué hermosa eres, mascarita!—comen-

zó diciéndola, sin reparar que tenía la cara tapada.

—¡Caya!... ¿Cómo lo haz notao?—le contestaba ella.—¿Me haj echao loz rayoz equiz?

—No; pero se conoce que eres hermosa... me lo da el corazón... No puedes menos de ser muy hermosa y muy simpática, según eres de elegante y de graciosa en el andar y en el hablar, y... en fin, mascarita, te digo que eres mi ideal, y que en cuanto te he visto entrar en el salón ya no he podido mirar nada más que á ti, porque me has cautivado, me has robado el alma, y, sobre todo, desde que te he oído hablar me he enamorado de ti perdidamente...

—¡Jui!... ¡Qué apriza!... ¡Puez hijo!... Ezo é demaziaio.

—No es más que la verdad. Créeme, mascarita..., te lo juro.

—Azí te creeré menoz... ¡Zi no é pozible!... Y aunque fuera... Zi te hubieraz enamoraio azí tan de zopetón, ¿cuánto tardaríaz en olvidarme?

—Toda la vida, mascarita, y más larga que fuera, y aunque me durara un par de siglos no te olvidaría nunca, porque...

—Mira, déjame en pá zi quiere, no pierdaz er tiempo: no te creo ni una zola palabra...

—Pero ¿por qué, mascarita, por qué no has de creerme? Te aseguro, hermosa...

Y así anduvo toda la noche, junto á ella,

como cosido á respunte, diciéndola lisonjas, repitiéndola juramentos de amor y haciéndola toda clase de ofrecimientos generosos, desde el inmediato y sencillo de pagarla la cena, hasta el remoto y grave de ponerla casa.

La máscara no aceptaba ninguno, ni aun el de la cena, porque había dado palabra á aquella amiga de no descubrirse, de no quitarse la careta en toda la noche, y no podía quitársela.

Por fin, después de mucho embromar al ingeniero de montes hasta volverle tarumba, se fueron las dos amigas, como distraídas, hacia el restaurant y entraron en un departamento reservado, con lo cual Eduardo vió los cielos abiertos.

Apenas se habían sentado acudió un camarero, que no reconociendo á Eduardo por parroquiano antiguo, no recordando haberle visto nunca, se le acercó muy alegre, con la esperanza de cobrarle una buena cuenta, por aquello de que «al ave de paso, cañazo».

—¿Quieren los señores la lista?—dijo presentándosela.

—Todavía no: ya avizaremos—contestó la máscara del pañuelo con flores.

Eduardo estaba como loco, rogando sin cesar á su mascarita que se descubriera el rostro y llamándola hermosa...

—¿Y zi luego rezultaze fea?—le dijo ella una vez.

—No, imposible; tú no puedes ser fea— replicaba Eduardo:—me da el corazón que no eres fea, sino guapísima... Pero ¿quieres que te diga la verdad?... Pues aunque fueras más fea que Picio, no dejaría de quererte siempre; porque me enamora en ti todo, especialmente ese timbre de voz atractivo y dulce, esa elegancia y esa distinción en el andar, y en fin, te juro, mascarita, que por llegar á poseerte daría gustoso toda mi fortuna y lo menos la mitad de mi vida...

—¡Tonto!... ¡Si me estás poseyendo tranquilamente hace cuatro años!—dijo con voz natural Isabel, quitándose la careta.

Asustado Eduardo como si hubiera caído á sus pies una bomba, cayó él de rodillas á los de su mujer, diciéndola:

—¡Perdóname, bien mío, perdóname!

Y cogiéndola las manos se las cubría de besos, repitiendo sin cesar:—¡Perdóname, perdóname!...

Isabel lloraba.

Al cabo de unos instantes reparó Eduardo en la presencia de la otra máscara, que permanecía tapada y silenciosa, y dijo á Isabel:

—¿Quién es esta señora?

—¿Quién he de ser, perdido, quién he de ser? Tu hermana—le dijo severamente Clara destapándose,—tu hermana, que ha venido á

ser testigo de tu maldad y de tu vergüenza...

—De mi vergüenza... dices bien—la contestó Eduardo.—De mi vergüenza, sí, de mi gran vergüenza, porque mayor no la he pasado ni la pienso pasar en mi vida... Perdóname tú también, hermana mía, perdóname... Confieso que he sido un villano, un loco, un infame; pero ya estoy arrepentido... Perdonadme las dos... Perdóname tú principalmente, Isabelina de mi alma—añadió volviendo á besar las manos á su mujer, que seguía llorando; —tú, que eres la principal ofendida, perdóname y no llores más... que seré bueno siempre... Perdóname, vida mía; perdóname... perdóname...

XIII

EL PRINCIPIO DE LA CUESTIÓN

EL PRINCIPIO DE LA CUESTIÓN

Una monada de criatura solían decir que era Paquita Pérez, y efectivamente era muy mona; pero tenía un defecto bastante grave: el de no tener juicio.

Y además, los que la trataban de cerca decían que estaba muy mal educada.

Su padre, D. Policarpo Pérez Prendero, ó «el tío de las tres pes», como le llamaban los abanderados, factores y furrieles cuando era contratista de provisiones para el ejército en la última guerra civil, no había cuidado más que de dos cosas: lo primero, de enriquecerse dando á los soldados tocino podrido, garbanzos como balas, etc.; y luego, de que su hija luciera las riquezas todo lo posible.

—¡Pobre criatura!—solía decir cuando tenía que resolver sobre alguna descabellada pretensión de Paquita.—¡Pobre criatura! ¿Por qué la hemos de contrariar y afligir, si

no nos sobra otra cosa más que medios para satisfacer sus caprichos?

Su madre, que era lo que se dice una buena Juana (y de ella se podía decir con toda propiedad, pues Juana era su nombre), como se la paseaba sosegadamente el alma por el cuerpo, y á todo se avenía, menos á incomodarse, asentía siempre á las perjudiciales condescendencias de su marido; resultando de todo esto que á Paquita jamás la quitaban un gusto.

Y así había ido creciendo como un arbolillo salvaje, inclinándose hacia donde quería, sin sujeción moral ninguna, ni material apenas, más que la del corsé, á la cual se sometía ella voluntariamente por el deseo de parecer bien y andar á la moda.

La única persona que trataba de oponerse á los antojos de Paquita, y procuraba rectificar suavemente sus más dañosas inclinaciones, era D. Agustín, amigo íntimo de la casa. Mas como, á pesar de esta condición, le faltaba autoridad para hacer que prevalecieran sus buenos intentos, y no le apoyaban como debían los principales interesados en la obra, no sacaba fruto.

Sus relaciones con la familia provenían de haber sido el primer novio de D.^a Juana. Él había creído ser también el último, creencia de que ella participaba igualmente, pues con él pensaba casarse; pero á lo mejor se atravesó D. Policarpo, cargado de dinero, y

los padres de ella, creyéndole mejor partido, la indujeron á casarse con él, dejando á don Agustín en blanco.

Quiso éste curarse del disgusto, que no había sido flojo, por el sistema aquel del refrán que dice «un clavo saca otro clavo», y se casó con otra. Pero no le vivió más que unos meses; y aunque no constaba que hubiera tenido en aquella breve temporada graves disgustos, no le debió de ir del todo bien, porque, lejos de pensar en reincidir, no podía oír hablar de bodas y era enemigo acérrimo del matrimonio.

Quizá debido á esto, no guardaba rencor á D.^a Juana ni á su marido por la mala partida que entre los dos le habían jugado; sino que, bien lejos de abrigar contra ellos resentimiento alguno, les trató siempre cual verdadero amigo.

—Estáis echando á perder esa niña—les decía á menudo—por dejarla salir con todo lo que quiere.

—¿Y qué la hemos de hacer?—le contestaba D.^a Juana.—Si se la contraría, llora y se alborota de una manera...

—Naturalmente: porque no está acostumbrada á que la contradigáis; pero si una vez os mantuvierais firmes, y otra vez también, ella se iría acostumbrando.

—No, no; yo no tengo corazón para verla llorar... Ese tampoco tiene carácter... Y por

otro lado, como está en la edad de divertirse...

—Ese es un error: lo que está es en la edad de ser bien educada, y de que cimentéis sólidamente su felicidad temporal y eterna...

—¿Su felicidad?—decía D. Policarpo.— Bien sabe Dios que no deseamos otra cosa; pero yo creo que para hacerla feliz no necesitamos privarla de nada... Tenemos para ella sola seis millones largos.

—¡Ya parecieron los millones!... No se trata de eso. Con ellos puede ser muy desgraciada, y sin ellos ó con ellos puede ser feliz educándola bien y cristianamente...

La discusión continuaba por lo regular hasta que alguno de los cónyuges, no sabiendo ya por dónde salir, decía al amigo, en buenos términos, que á él apuradamente nada le importaba.

Con lo cual el bueno de D. Agustín callaba por entonces; mas no se daba por vencido, y al día siguiente solía volver á la carga con igual empeño y con el mismo resultado.

Como Paquita era tan mona, ó si ustedes quieren, como su padre era tan rico, en cuanto la pusieron de largo tuvo un sinnúmero de adoradores... un capitán de artillería, un abogado, un ingeniero de caminos, etc., etcétera, de entre los cuales ella, por su propio numen ó quizás aconsejada de sus padres, acertó á elegir el peor, naturalmente: un noble tronado, cuya educación, trato social, cos-

tumbres y gustos eran todo lo contrario de los de ella.

—Esa boda—les decía D. Agustín—es un disparate... Bueno, quiere decirse que todas lo son, ¿eh? pero esa muy especialmente.

—¿Por qué, hombre?—le decía D.^a Juana.

—Porque no puede pintar bien, es imposible—respondía él con firmeza.

—Pero ¿por qué no ha de pintar bien, si ellos se quieren?—replicaba la madre.

—¿Se quieren?... ¿De dónde sacas tú que se quieren?... Ni se quieren, ni pueden quererse nunca. Son de muy diferente condición... No tienen ni un punto común en la manera de ver las cosas... Desde el primer día han de estar en pugna los gustos del uno con los del otro.

—¿Tú qué sabes?—le decía D. Policarpo.

—Ojalá no lo supiera... Mira, hombre, un buen matrimonio es de suyo difícil...; y digo difícil por no decir imposible, como casi lo es en realidad... Pero tratándose de Paquita, de vuestra hija, siendo Paquita uno de los novios, el buen matrimonio resulta imposible completamente á causa de su mala educación, ó de su falta de educación mejor dicho; pues, contra mis consejos, la habéis dejado siempre salir con todos sus antojos, tiene la voluntad entera y virgen, y no podrá vivir en paz con nadie.

—No exageres...

—Añadidme á esto que el Vizconde... no quisiera ofenderle, pero ni puede estar enamorado de ella ni en ella ha buscado otra cosa que vuestros millones para restaurar su palacio agrietado, para dorar de nuevo sus escudos..., y tendréis que convenir conmigo en que esa boda es un despropósito, y en que vais á hacer á vuestra hija muy desgraciada.

Pero como á aquellos cursis adinerados les seducía tanto la alianza con una casa noble, el predicar de D. Agustín no fué más que predicar en desierto, y la boda se hizo.

Y salió lo que D. Agustín pronosticaba.

El primer día de casados no riñeron Paquita y su marido porque no tuvieron tiempo, pues apenas estuvieron solos; pero el segundo día hubo ya sus más y sus menos...

Después... En la primera semana todavía las escarapelas matrimoniales no llegaron á trascender fuera del gabinete; pero á los quince días ya reñían en el comedor, delante de los criados.

Y eso que el Vizconde, persona fina y educada, hizo lo posible por conservar la paz y la armonía conyugal, cuando menos en apariencia, y se aguantó mucho. Pero Paquita era tan inaguantable, que el hombre llegó á perder los estribos; y poco á poco, por aquello de que todo se pega menos la hermosura, vino á hacerse tan reñidor como ella ó poco

menos, llegando pronto hasta el extremo de reñir en público.

Una tarde, al oscurecer, iban los dos en amor y compañía por la calle del Barquillo, cuando se la ocurrió á Paquita decir á su consorte:

—Mira la de Sorribos qué vestido azul lleva tan hermoso.

—No es azul, es verde—la contestó él de buena manera.

Pero ella insistió de mal aire en que era azul, y él en que era verde, y tras del mutuo contradecirse vino el insultarse, con tanta crudeza, por cierto, de parte de Paquita, que luego llamó á su marido perdulario y hambriento, diciéndole á gritos que hasta que no se había casado con ella no había tenido qué comer... En fin, que la furia de ella en el decir llegó á tal exceso, que él, ya fuera de sí, la dió una guantada, á la que contestó ella echándole las uñas á la cara como para sacarle los ojos, y rasgándole un lagrimal, con lo que se le puso el rostro bañado en sangre.

Acudieron transeuntes á separarlos; y como pasaba mucha gente, se formó en seguida un corro muy grande, donde cada uno decía la suya. Llegaron por fin, aunque tarde, como siempre, varios guardias de orden público y un inspector, y trataron de llevar á la prevención á los reñidores.

Pero el público, dividido en bandos, se oponía á que los llevaran á los dos, teniendo por injusto que ambos fueran tratados del mismo modo.

—Que la lleven á ella, la grandísima furia —decía uno,—que ella es la que ha hecho sangre... ¿qué culpa tiene el caballero?

—Culpa tiene—replicaba otro.—Él es precisamente el que tiene más culpa, que fué quien primero la dió una bofetada.

—Y la dió poco para lo que merecía, porque primero le había dicho ella perrerías, insultos insufribles...

—Toda la culpa la tiene él...

—Toda la culpa la tiene ella...

En esto, y mientras el inspector escuchaba tan contrarias opiniones de unos y de otros, sin saber á quién creer, y se confundía cada vez más queriendo enterarse, llegó muy aprisa, abriéndose paso por entre la gente, un caballero de cierta edad, pulcramente vestido, que empezó á reconvenir á media voz y con alguna aspereza á Paquita y al Vizconde, como si tuviera autoridad sobre ellos.

—¡Qué espectáculo!—les decía.—¿No os da vergüenza?... ¡En medio de la calle!... Vamos, recógete tú ese pelo y ponte el sombrero (la decía á ella). Límpiase tú la sangre de la cara (le decía á él), y vámonos de aquí cuanto antes... ¿Qué se dirá de vosotros?...

Era D. Agustín, en quien la gloria de ha-

ber salido profeta no se sobreponía totalmente al disgusto que le causaba aquella escena cómico-trágica.

El inspector, no sabiendo á qué atenerse ni qué juicio formar sobre quién fuera el verdadero responsable del escándalo, pues todos los espectadores querían hablar á un tiempo y cada uno le quería informar á su manera, decía:

—Déjenme ustedes... A ver... que hable uno que haya presenciado el principio de la cuestión...

—Yo, señor inspector—dijo D. Agustín acercándose rápidamente al funcionario y disponiéndose á enterarle.

—¿Usted?—le contestó el inspector.—¡Pues si usted ha venido después que yo!... ¡Si le he visto á usted llegar ahora mismo!...

—No obstante—insistía D. Agustín...

—¡Pero, hombre!...—replicó el inspector.—Ha llegado usted aquí cuando todo había concluído... ¿y dice usted que presenció el principio de la cuestión?...

—Sí, señor... Fuí testigo de la boda.



XIV

LAS ARMAS



LAS ARMAS

¡Pobre D. León!

Hijo de una familia noble, fabulosamente rica y de legendaria grandeza, contando entre sus progenitores soldados heroicos, invencibles generales de tierra y de mar, conquistadores de ricos imperios, virreyes de extensas regiones y hasta monarcas poderosos que dieron leyes al mundo, habían venido tan á menos su casa y su fortuna, que de los pingües heredamientos que sus antepasados habían poseído sin contradicción en las cinco partes del mundo, no había llegado á él apenas nada, pues no conservaba ya más tierras que las precisas para proporcionarle un modesto pasar; y de la fama y los honores y las preeminencias que sus ascendientes habían obtenido en ambos hemisferios, tampoco le quedaba más que la compasiva estimación que á su honradez se tributaba en la villa de Navahermosa, donde vivía.

¿Que cómo había sido para dar tan de baja?

Desgracias de la vida... y más que desgracias, descuidos, prodigalidades, despilfarros... Curadores ineptos, mayordomos infieles, guardas cobardes ó traidores, habían dejado mermar en más de la mitad la inmensa fortuna.

Y luego, las modernas leyes desvinculadoras, dividiendo y subdividiendo las haciendas, sin otro fin que deshacer y extinguir las familias ilustres y con ellas la tradición, desamortizando los bienes de los nobles para amortizarlos de nuevo en manos de usureros viles...; después, el aumento incesante de los impuestos, destinados principalmente á saciar la rapacidad de los implantadores del nuevo régimen, surgidos, por obra del motín, de entre las últimas capas sociales..., y por último, el socavar constante de la infidelidad en la administración, entregada casi siempre á ladrones, acabaron de dar con la casa en tierra.

El abuelo de D. León, que la poseía como señor y dueño al promulgarse en el año de 1820 la primera ley desvinculadora, tenía nueve hijos; su padre, que era el mayor de ellos, y que como tal recibió la mitad de la hacienda y una novena parte de la otra mitad, tuvo ocho; de modo que á nuestro don León, que era el mayor, y el encargado, como tal, de sostener el brillo de la casa y de la familia, no le llegó más que una dieciseisava parte del caudal de su abuelo.

Constituían esta exigua porción algunas tierras no muy bien cuidadas en los alrededores de Navahermosa y una casería al otro lado de los montes, en la cuenca del Guadiana, cerca de Arroba y no muy lejos de Piedrabuena.

Al publicarse la ley de 3 de Junio de 1868 sobre Colonias Agrícolas, se acogió á ella, constituyendo su casería en colonia, á fin de disfrutar de las ventajas y beneficios consiguientes, como exención de quintas para sus hijos y criados, licencia gratuita de uso de armas extensiva á todos sus dependientes, y rebaja considerable en la contribución, todo lo cual, y especialmente esto último, le venía muy bien, ya que sus rentas no eran crecidas.

Por cierto que de esta ley, muy buena en sí, se ha abusado mucho y se sigue abusando, pues las mejores dehesas de Extremadura y los mejores cortijos de Andalucía suelen estar hoy casi libres de impuestos por figurar como colonias agrícolas, sin que apenas se halle senador ni diputado rico que no aproveche su posición y la influencia que le da el cargo, buscado quizá con ese fin, para hacer inscribir sus posesiones como tales colonias, y cuando ha expirado el plazo legal de exención de tributos, hacerlas inscribir de nuevo con nombres distintos; resultando así que la contribución la vienen á pagar exclusivamente los pobres.

Volviendo á D. León, debo decir que, conociendo desde joven su poco desahogada situación económica, había querido tener una carrera y había estudiado leyes; pero era demasiado noble para ejercer la abogacía con provecho, y no pasó de ser un abogado de secano.

Después había querido meterse en empresas de industria, pero tampoco en esto había tenido suerte; no le daba el naípe, según le solían decir, aunque la verdad era que carecía de la picardía necesaria para tratar con industriales.

Al lado de lo bueno que le quedaba á don León de su antigua raza, al lado de sus sentimientos generosos y de sus instintos de rectitud y de nobleza, le quedaba también una afición perjudicial y ruinosa: la afición á las armas.

Tenía su casa montada en pie de guerra, á modo de plaza fronteriza, provista de armas blancas y negras de todas clases: panoplias de espadas y sables y pistolas y retacos y trabucos de distintas formas y de distintas épocas, en el despacho, en el comedor y en el salón; una hacha y un revólver á la cabecera de la cama, escopetas de diversos sistemas en todos los rincones de todos los cuartos, y en la barandilla de la escalera, enfilado á la

puerta principal, un cañoncito pedrero, que era el terror de todas las personas pacíficas que entraban en su casa.

Todo esto, amén de tener una carabina para cada criado (aunque quizá fuera más propio decir un criado para cada carabina), y para sí un bonito juego de armas de viaje, siempre del último sistema.

Y como se ha venido perfeccionando tanto y tan rápidamente el armamento, á cada nueva invención introducida, y aun á cada modificación de importancia, había de renovarlo todo, gastando un dineral en cada una de estas renovaciones.

Tenía, verbigracia, unas hermosas pistolas de arzón, con ramos y letreros de plata en los cañones y mil monerías en la culata, cuando aparecieron los revólvers, y, es claro, hubo que sustituirlas con el nuevo invento. Se iba perfeccionando el revólver, y había que desechar el del antiguo sistema de aguja y adquirir el más perfeccionado. Que ya no se usaban bruñidos ni relucientes, sino empavonados..., pues empavonado había que adquirirle... Que ya no se usaban empavonados, sino niquelados..., pues niquelado había que comprarle.

Aun sin tratarse de estas renovaciones, siempre que iba á Toledo dejaba por allá un montón de duros y se traía alguna novedad en el ramo. Si estaba de moda el machete,

se compraba un machete; otra vez compraba una gumía morisca, otra vez una bayoneta-sable, otra vez un cuchillo de monte cuyo mango enchufaba en el cañón de la escopeta... En fin, que el hombre se gastaba todos los años en armas y municiones más de la mitad de sus módicos ingresos.

Su mujer, D.^a Prudencia, que era lo que se dice una santa de Dios, trabajaba constantemente por quitarle aquella manía.

—Las armas—le solía decir—son una engañifa, una ilusión, lo mismo que las medicinas. Éstas, cuando uno está bueno ó cuando está poco malo, son innecesarias, de modo que lo que se gasta en ellas es superfluo; y cuando el mal viene de veras no suelen servir cosa alguna, de manera que el gasto resulta inútil. Así lo da á entender aquella copla:

La enfermedad postrimera
nadie te la ha de curar;
la que no te ha de matar
te la curará cualquiera.

Pues una cosa igual vienen á ser las armas: cuando no hay peligro, no hacen falta; y cuando hacen falta, no sirven. De suerte que cuanto se gaste en ellas, ó es innecesario ó es inútil, y en uno y otro caso es malgastado. Porque mira: cuando estamos en paz y

nadie se mete con nosotros, ¿qué falta nos hace estar armados? Y si, lo que Dios no quiera, nos acometen algún día los ladrones en casa ó fuera de ella, regularmente no nos servirán de nada las armas, porque vendrán ellos mejor armados; y aun cuando no vengan mejor armados, sacarán más partido de las armas, porque están más avezados á servirse de ellas; á más de que ya procurarán sorprendernos para que las nuestras de nada nos sirvan, y, que nos cojan armados, que nos cojan desarmados, siempre harán con nosotros lo que se les antoje. De modo que aun en ese triste caso, que Dios quiera que no llegue nunca, tampoco nos valdría de nada el haber estado años y años gastando un dineral en armas y en criados que las lleven.

«Para que las armas pudieran darnos tranquilidad—añadía D.^a Prudencia—sería necesario que estuviéramos ciertos de tener más armas y mejores y más destreza en manejarlas que los que habían de acometernos, y esto es imposible. ¿Quién puede estar cierto de reunir más y mejores armas y mayor maestría en usarlas que nadie en el mundo?... Pues además de tener esta certeza, que es imposible, sería necesario vivir siempre esperando la acometida, siempre alerta, siempre sobre las armas, y esto no sería vivir... Y sin todas estas condiciones, cuya realización es

imposible, ya ves que de nada sirve tener armas.

»Todavía, si fuéramos muy ricos, muy ricos—añadía la compañera de D. León,—podrías gastar dinero en armas, no por su utilidad, que, como ves, para nosotros no tienen ninguna; sino por el gusto y el lujo de tenerlas ó por contribuir al desarrollo de esa industria; pero siendo pobres ó no andando sobrados, el gastar todos los años un capital en armas es una locura de las mayores... Aparte de que también tienen las armas el inconveniente de ensoberbecer y endurecer á los que de ordinario las usan, y por eso nuestros criados son bruscos y fieros con la gente campesina, y por tratar ásperamente á los colonos nos crean muchas antipatías en el país...»

Pero D. León no se dejaba convencer por ninguna de estas razones, y continuaba entregado á su afición dañosa.

En esto, los vecinos de un pueblo cercano á la casería, que no estaban conformes con que D. León tuviera allí dominio, porque no querían sufrir el despotismo y la brutalidad con que les solían tratar los guardas y criados de la colonia, discurrieron pretender sobre ella una servidumbre de pastos.

D. León se la negaba tenazmente, porque no la debía, y porque consentirla era como

renunciar al dominio, pues con semejante gravamen le quedaba la colonia improductiva é inservible.

Así anduvieron algún tiempo en barajas, los unos pretendiendo y el otro negando; hasta que llegó una ocasión que los vecinos creyeron buena para llevar á feliz término sus pretensiones, merced á la influencia del diputado del distrito, á quien para ello habían votado todos, en masa, con la condición de que les pusiera un juez de su gusto y á su devoción en Piedrabuena. Y entonces entablaron el pleito.

No tenía D. León más remedio que ponerse en defensa, y para ello le era preciso trasladarse á la casería provisto de los elementos necesarios para desde allí acudir oportunamente á contestar á la demanda y sostener sus derechos ante el juzgado.

Otras veces, cuando le ocurría ir á su colonia, por no atravesar los montes de Toledo, tristemente famosos, solía hacer el viaje por el ferrocarril, rodeando mucho. Venía á tomar el tren á la capital, y desde allí, por Algodor, se iba á Ciudad Real, y de allí luego á Piedrabuena en coche. Pero así el viaje le resultaba muy caro, y como ahora había de tener que hacerle con frecuencia, tenía que tratar de hacerle también con economía.

—Esta vez—dijo á su mujer—voy á ir á caballo por los montes... llevo un par de

criados conmigo... vamos bien armados...

Y así lo hizo.

Mandó preparar los caballos, cogió sus títulos de propiedad, guardó el dinero que creía necesario para los primeros gastos, metió en una de las bolsas del arzón de su silla un hermoso revólver Smith con todas las cápsulas puestas, y en la otra un cuchillo toledano con un mango precioso lleno de incrustaciones de oro y plata; hizo equipar de análoga manera los arzones de las sillas de los criados, y terciadas que fueron sobre la montura de uno de ellos las lujosas y grandes alforjas con viandas abundantes para la jornada, se despidió D. León de su familia, montó briosamente á caballo, montaron los criados también y... andando.

Salieron á medio galope los tres, formando un grupo brillante por la fogosidad y buena traza de los corceles, que hacía resaltar más el esplendor de los arreos, y por lo vistoso del atavío de los que los montaban. El amo llevaba un hermoso traje de caza; los criados iban con uniforme de pardo-monte con vivos encarnados, por el estilo del que había usado la Guardia rural, creada por el general Narváez en los últimos años de su vida y disuelta por el Gobierno de la Revolución de Setiembre.

—¡Adiós, adiós!—dijo D. León, volviéndose á mirar á su mujer al doblar la última esquina de la calle.

—¡Adiós! Él te guarde y te lleve con bien—le contestó ella temerosa de algún mal suceso, pues, como se ha visto, no tenía en la eficacia de las armas confianza ninguna.

Después que se perdieron de vista, siguieron andando á buen paso, y departiendo afablemente D. León con sus criados sobre la hermosura del paisaje ó los accidentes del camino, hizoseles muy corta la mañana.

Llegaban á lo más cerrado de los montes, cerca del Molinillo; iban ya muy tranquilos y confiados, porque hasta allí no les había sucedido nada, cuando de repente, al pasar un arroyo donde hacía un recodo la vereda, oyeron estas voces terribles:

—¡Alto!... ¡Al que se mueva se le abrasa!... ¡Pie á tierra y boca abajo inmediatamente!

D. León volvió instintivamente la vista hacia donde sonaban las voces, y vió á dos bandidos que les apuntaban, á ocho ó diez pasos, con sus trabucos de boca-marta, uno á él y otro á los criados que iban detrás. Lo primero que se le ocurrió fué tirar de revólver, pero se dijo cuerdamente:—En cuanto haga el menor ademán de resistir me desce-rrajan un tiro imposible de errar y me hacen polvo. ¿Qué adelanto con hacerme matar sin sustancia?...

Miró á sus criados por ver si se disponían á hacer resistencia, y vió que aquellos moce-tones con cara de pocos amigos, que eran el terror del inerme paisanaje, obedientes al mandamiento de los bandidos, estaban ya en el suelo bruces abajo.

Entonces se apeó él también; y dijo:

—Bueno; ya estoy pie á tierra... boca abajo, ¿para qué? No me muevo...; doy palabra de no moverme.

Los bandidos, echándoselas de tolerantes y generosos, porque ya veían que D. León no podía hacer, aunque quisiera, resistencia alguna, no insistieron en la segunda parte de su mandato y le dejaron estar á pie firme.

Uno de ellos, mientras el otro seguía apuntando á D. León, se llegó á los criados, y al uno primero y al otro después, les ató las manos atrás con unos bramantes. Después se llegó á D. León y se las ató lo mismo.

—A ver—le dijo entonces el otro bandido— el dinero y las cosas de valor que usted lleve.

—Aquí, en el bolso interior de la cazadora—dijo D. León,—llevo la cartera con billetes de Banco... unas dos mil pesetas...; en un bolsillo del chaleco llevo el reloj y en el otro cinco ó seis duros...

El ladrón que estaba á su lado, después de cogerle el reloj y el dinero suelto, le sacó del bolso interior la cartera y, al mismo tiempo, los títulos de pertenencia de la casería. Miró

primero los billetes, los contó pausadamente como si se los llevara con intención de devolvérselos algún día, los guardó, y después se puso á mirar las escrituras...

—¿Estos papeles?...—dijo, haciendo ademán de romperlos.

—Son los títulos de propiedad de unas fincas—le contestó D. León; y añadió en seguida, como suplicándole, aunque siempre con dignidad:—Déjemelos usted, porque á usted no le sirven para nada, y yo, si usted me los inutiliza, pierdo muchísimo...

—¡Pchs!... Otro lo ganará—dijo fríamente el ladrón; y los hizo tacos, consumando la ruina de D. León en un instante.

Concluído el desbalijamiento, los bandidos se apoderaron de las repletas alforjas de la vianda y se marchaban tranquilamente.

Mas antes de que se alejasen, reflexionando el pobre D. León sobre lo poco que las armas le habían servido en la primera ocasión en que las había necesitado y en que habían debido servirle, vió claro por primera vez en su vida y tomó una resolución, costosa indudablemente á su vanidad, pero prudente y sabia.

—¡Eh!... ¡Vuelvan ustedes acá!—dijo, llamando á los ladrones.—¡Hagan ustedes el favor de volver, que tengo algo más que darles!

Los bandidos se miraron uno á otro algo

extrañados; pero como nada podían temer de tres hombres que tenían las manos atadas, volvieron.

—¿Qué quiere usted, hombre?—le dijo uno de ellos cuando estuvieron cerca.

—Ahí en una de las bolsas del arzón de mi silla hay un revólver muy hermoso, de la mejor marca, con todas las cápsulas puestas, y en la otra un cuchillo de monte, muy rico; en las sillas de los criados hay otro cuchillo de monte en cada una y otro revólver excelente... Hagan ustedes el favor de llevarse también todas esas armas, porque... ¡para lo que me han servido!

Los ladrones recogieron aquellas armas, cuya existencia jamás habrían sospechado viendo la docilidad y mansedumbre con que se dejaban robar sus poseedores; y luego, ya fuese de contentos con la buena cantidad de dinero, ya un tanto subyugados por la nobleza que en todo mostraba D. León, le desataron las manos, le ayudaron á recoger del suelo cuidadosamente los pedazos de las escrituras, por si todavía pudieran servir, y le dieron cinco duros para el camino, despidiéndose de él cortésmente con la conocida frase de «¡buen viaje!».

D. León se volvió á Navahermosa, donde, completamente de acuerdo ya con D.^a Pru-

dencia, su mujer, lo primero que hizo fué enviar á la fragua todas cuantas armas blancas y de fuego tenía en casa, para ser convertidas en rejas, azadas, palas, azadones, hoces, guadañas, podaderas y escabuches, dedicando luego á manejar estos instrumentos agrícolas á todos los criados que, armados antes, se ocupaban exclusivamente en la guarda de sus fincas y de su persona.

Y es fama que rehizo su casa en pocos años.

XV

EL TÍO JUDAS

EL VINO LINDO

EL TÍO JUDAS

Llegó la carta del señor Lectoral un domingo al oscurecer, á la hora y en el día en que solían llegar á Vallejín las cartas, porque las traía de la Llosa el individuo de Ayuntamiento cuando volvía de la sesión, que se celebraba siempre los domingos por la tarde.

A la Llosa, que era la capital, venía un peatón, por lo menos dos veces á la semana, y hasta tres en buen tiempo; pero las cartas que había para los otros pueblos del Municipio, que no solían ser muchas, aun cuando llegaran el lunes, allí se tenían que estar en la *estafeta*, que era la cocina del Secretario, rodando por encima de la trébede hasta el domingo.

El de Ramos, señaladamente, al entrar en Vallejín, ya casi de noche, el concejal, que era por aquel entonces un vecino á quien llamaban de apodo *Maturrangas*, porque en realidad tenía muchas, se cruzó en la calle junto

á la casa bajera con una mujer que desde la última quinta tenía un hijo por soldado.

—¿No me traes carta?—le preguntó al pasar.

—No—la contestó él;—no traigo más que una para el tío Felipe.

—¿Para el tío Felipe?... Pues ¿quién le escribirá?—replicó ella.

—No sé... De Valladolid me parece que viene—dijo Maturrangas.

Y siguió por la calle arriba.

Al llegar frente á la casa del tío Felipe se ladeó hacia la puerta, llamó, y salió en seguida Fidel, su hijo.

—Toma una carta para tu padre—le dijo el regidor alargándosela.

—¡Colle!... ¿para mi padre?—dijo Fidel, maravillado.—¿De quién demóginos será?...

—No sé... De Valladolid es el sello que trae... Ahora, de quién sea no es fácil saberlo... no abriéndola.

—Pues si quieres entrar, pronto lo averiguamos... No te vayas con la gana...

Y empujado por la curiosidad de saber de quién era la carta, entró Maturrangas tras de Fidel hasta la cocina.

Allí estaba el tío Felipe bien abrigado tras de los tizones, porque todavía las noches eran frías, y también se extrañó bastante cuando Fidel le anunció el suceso, diciéndole:

—Trae aquí Dionisio una carta para usted, padre.

—¿Una carta para mí?... ¡Pero, hombre! Pues ¿de quién será? ¿quién se habrá acordado todavía de este pobre viejo?

—Dice que debe de venir de Valladolid, según el sello indica...

—¡Ah! ¿de Valladolid?—repuso el anciano.

—Como no sea del señor Lectoral, de D. Gabriel el de Villanoble, que está allí hace ya muchos años, porque ganó la prebenda por su saber, siendo todavía muy joven... y algunas veces me ha escrito recordándome lo bien que yo le cuidaba de pequeño... Porque yo serví mucho tiempo en Villanoble en casa de sus padres, y allí estaba ya de motril cuando él era niño... Ábrela, ábrela á ver... No va á ser de otro...

Fidel cogió de la espetera un candil de hojalata, le encendió á la llama de un tizón de la lumbre, le colgó de las llares, y á su luz mortecina y triste y medio ahogada por el humo que subía del hogar, abrió la carta y se puso á leerla.

Lo primero fué á ver la firma, y en cuanto la vió, dijo á su padre:

—Sí, señor, sí; de él es, de D. Gabriel, del mismo que usted pensaba...

—Bueno, pues léela á ver qué dice—le contestó el viejo.

—Verá usted: «Mi estima...»—Fidel carras-

peó aquí un poco para desahogar la garganta y continuó:—«Mi estimado Felipe...»

—Bien lo puede decir—interrumpió entusiasmado el padre,—y no son palabras vanas ni de cumplimiento; porque, aun cuando no me esté bien el decirlo, toda la vida me ha estimado mucho. Es más bueno y más llano... Viéndole hablar conmigo ó con cualquier otro pobre, nadie creería que tiene el saber que tiene... Que no creáis que es así como quiera, sino que habrá muy pocos como él en España, si hay alguno; porque *pedrica* unos sermones... y ha sacado unos libros para los estudios... y han dicho de él unas cosas los papeles...

El hijo aprovechó la interrupción para ir leyendo la carta en silencio mientras hablaba su padre, por si acaso había en ella alguna cosa que no debiera oír Maturrangas; y cuando se convenció de que no había peligro ninguno, volvió á empezarla leyendo alto.

La carta decía:

«Mi estimado Felipe: Como no me olvido nunca de ti ni de tus buenos servicios en casa de mis padres, y me acuerdo especialmente del cariño con que me tratabas cuando me ibas á llevar á la escuela, he pensado que te convendría una plaza de *apóstol* en León, en esta Semana Santa, y habiendo escrito á vuestro señor Obispo pidiéndosela para ti, me la ha concedido.

»De modo que el lunes Santo por la mañana te pones en camino para dicha ciudad, acompañándote tu hijo ó tu yerno, porque ya, en la edad en que estás, no debes viajar soló. Llegáis á León, Dios mediante, el martes Santo por la tarde; te presentas luego al Secretario de cámara de su Ilustrísima, diciéndole que eres mi recomendado, y ya no tienes que hacer más que lo que él te mande.

»Así recibirás, lo primero, no poco provecho espiritual, meditando en los misterios sublimes de nuestra redención al tomar parte en su representación augusta; y tocante á lo temporal, te darán bien de comer, te vestirán de nuevo de pies á cabeza, pantalones, chaleco y chaqueta de paño de Prádanos decente, sombrero y zapatos, y te darán, además, una onza de oro, que no te vendrá mal para ayuda de vivir, según lo contrarias que se van poniendo las cosas.

»Que Dios te conserve en gracia y en salud, como lo desea y se lo pide tu afectísimo

Gabriel de Viana.»

No es cosa fácil, ni posible siquiera, pintar con palabras la alegría que se apoderó del tío Felipe al verse tratar con tanta amabilidad por persona tan ilustre y al considerar la fortuna que se le venía encima... ¡Un vestido nuevo de arriba á abajo!... ¡cambiar su ropa

de sayal, vieja y remendada, por otra nueva de paño recién salido de la tienda!... Y como si esto no fuera bastante, una onza de oro por añadidura! ¡Una onza de oro!... Todo ello, aparte del honor de que le lavara los pies el señor Obispo y de que le hablara y conversara con él, que seguramente lo haría muy afable por consideración á la persona que le recomendaba...

También Fidel se puso muy contento; pero á éste, aunque todo le pareciera bien, lo que más gracia le hacía era la onza. Una onza de oro así como llovida del cielo... ¡Recolle! Tanto como había que trabajar y economizar para que después de pagado el tercio de contribución quedara de repuesto siquiera un duro... Y encontrarse ahora con diez y seis de un golpe.

Como la llegada de una carta á Vallejín era casi un acontecimiento, y más viniendo dirigida á un pobre viejo y retirado del mundo como el tío Felipe, la mujer con quien primero había hablado el concejal portador, contó en seguida el caso á otra, esta otra se lo dijo á otras varias, y así fué que pronto cundió la noticia por el lugar, y las personas curiosas, mujeres la mayor parte, unas á título de parientas, otras á título de vecinas, fueron desfilando hacia casa del tío Felipe á

ver de quién era la carta y qué traía de bueno; de manera que al cuarto de hora ó poco más estaba ya llena de gente la cocina.

La primera que llegó fué Marcela, una hermana del cuñado de Fidel, y, nada más entrar, preguntó á éste llanamente:

—¿De quién es la carta, niño?

—De un señor canónigo de Valladolid—la contestó él;—del señor Lectoral... un señor muy sabio y muy bueno que es amigo de mi padre.

—¿Y qué dice?—volvió á preguntar ella.

—Que tiene que ir mi padre á León á ser apóstol.

—¡Jesús! ¿Ahora otra vez?—dijo una rapazona que había entrado detrás de Marcela.

—¿Cómo que otra vez?—la replicó Fidel.—Mi padre no ha sido todavía ninguna vez apóstol.

—Pero digo—replicó ella—que si otra vez va á haber apóstoles ahora, como cuando Nuestro Señor andaba por el mundo.

—No, mujer, no—la dijo el tío Felipe;—los apóstoles de ahora son figurados, vamos al decir: son una representación de aquéllos.

—Justo—añadió Maturrangas, queriendo meter su cucharada y lucir su saber;—son doce pobres á quienes el Jueves Santo da de comer el señor Obispo y les lava los pies, en memoria de lo que hizo Jesucristo con los

doce apóstoles; y uno de esos doce pobres va á ser este año el tío Felipe.

—Eso de pobres—dijo Fidel—será según se entienda, porque mi padre verdad es que no es rico poderoso; pero tampoco anda ni anduvo nunca pordioseando, ni querrá Dios que llegue á pordiosear mientras yo tenga manos para manejar la esteva y la azada y el hacha.

—Bueno—rectificó Maturrangas,—lo mismo es doce ancianos; pero quiere decirse que aquí en este pueblo nadie debe darse por ofendido de que le llamen pobre, pues el que más y el que menos...

Á todo esto, iba entrando gente en la cocina, y cada persona que entraba hacía las mismas preguntas: «¿de quién es la carta?... ¿qué dice?».

Repetían con agrado el padre ó el hijo á cada interrogante las mismas contestaciones; pero algunas mujeres seguían haciendo preguntas y más preguntas, dejando entrever que no quedaban satisfechas si no se las leía la carta; y no tuvo Fidel más remedio que volver á leerla cuando una moza, menos disimulada que las demás, se lo suplicó expresamente en esta forma:

—Léela otra vez, chacho; ¿qué te cuesta?...

—Bueno; pues coge tú el candil y alúmbrame bien, que allí colgado de las llaves, con el humo del hogar, apenas luce.

Cogió el candil la moza y comenzó Fidel á leer de nuevo la carta, rodeándole la concurrencia y empinándose las mujeres unas por detrás de las otras para verle bien, porque se las figuraba que, aun cuando oyeran la lectura, si no veían al lector no quedaban bien enteradas.

Cuando acabó de leer se multiplicaron los parabienes de los circunstantes al futuro apóstol y á su familia, que estaban llenos de satisfacción; pero no faltó quien se encargara de aguarles el vino.

—¿Y qué apóstol va á ser el tío Felipe?— preguntó una vieja que pasaba por algo sabihonda.

—¡Toma! Pues un apóstol cualquiera— dijo Maturrangas.

—Es que no consiste en decir cualquiera—replicó ella,—porque tendrá que representar á uno determinado: tendrá que ser San Juan, ó San Pedro, es un suponer..., y lo malo será si le toca ser Judas.

—Eso sí que no me gustaría á mí—dijo Fidel.

—No, ni á mí tampoco—añadió su padre.

—Lo digo—continuó la autora de la observación,—porque un tío de Valnegro creo que fué apóstol en Palencia, como lo va á ser ahora en León el tío Felipe, y diz que fué Judas, vamos, que representó á Judas, y con eso todos le llamaban después *el tío Judas*, y

á la postre concluyó, como el otro, por ahorcarse.

—¡Jesús! ¡Ave María Purísima!—dijeron asustadas las mujeres, casi todas á un tiempo.

—Sí, sí—continuó la que estaba hablando;—diz que se ahorcó un domingo mientras misa, y cuando salió la gente le vieron á la puerta de su casa colgado del cumbral... Todavía creo que vive un nieto y le llaman *el nieto del tío Judas*.

—No, pues lo que es mi padre no será Judas—dijo Fidel, impresionado;—que sea San Juan, ó San Pedro, ó Santiago...

—O San Felipe—le interrumpió Maturrangas,—ya que se llama así...

—Bueno, que sea San Felipe—continuó Fidel;—pero Judas de ningún modo... Primero nos volvemos para casa... No quiero yo que luego llamen á mi padre *el tío Judas*, ni que me llamen á mí *el hijo del tío Judas*, ni á mis hijos *los nietos del tío Judas*...

A otro día muy temprano, despedidos por toda la gente del pueblo, salían para la ciudad el tío Felipe y su hijo, el primero montado en una yegua vieja, algo derrangada del cadril izquierdo, y el segundo de espolista.

Al pasar por Villanoble fueron á ver á los hermanos del Lectoral para darles noticia

del beneficio que acababa de hacerles y manifestar su agradecimiento.

Pero como Fidel iba tan preocupado con la representación apostólica que pudiera corresponder á su padre, insinuó bien pronto sus temores de que le tocara ser Judas, por las malas consecuencias que eso podría traer, contando la historia de Valnegro, y manifestando por último su resolución de perderlo todo antes que consentir en tal infamia.

—No hagas caso de paparruchas—le dijo un hermano de D. Gabriel,—que nada de eso tiene fundamento. Allí ninguno es Judas ni representa á ningún apóstol determinado: son doce ancianos que representan á los doce apóstoles, y nada más. En Valnegro es verdad que se ahorcó hace muchos años un hombre; pero no es verdad que hubiera representado á Judas, ni que hubiera sido apóstol siquiera. Se ahorcó, según oí decir á mi padre, porque siempre había sido malo, y el demonio le cogió por su cuenta, y le hizo cometer aquella atrocidad; y si le llamaron después *el tío Judas*, era porque se había ahorcado...

Tranquilizados con esta explicación, Fidel y el tío Felipe siguieron su camino.

Estaba un día espléndido: uno de esos hermosos días del mes de Abril que convidan á alabar á Dios en sus obras. Cruzando la hermosa vega de Villanoble, á la izquierda verdigueaban los prados como lujosa alfom-

bra de esmeralda dividida en desiguales trozos por cintas de plata, que tales parecían las presas de regar, y festoneada de claveles y minutisas. A la derecha amarilleaban los trigos salpicados de amapolas. En los árboles de las sebes cantaban los jilgueros, los mirlos y los ruiseñores, y mezclándose con sus trinos alegres, sonaba en el lejano monte el perezoso canto del cuco...

Cuando les pareció á los viajeros que era mediodía se ladearon hacia una campera á orilla del camino, se apeó el anciano, tendió Fidel su chaqueta del lado del revés, ó sea con el forro para arriba, echó sobre ella tres murciadas de cebada de la que llevaban en las alforjas para pienso de la yegua, y la aproximó á comerlo. Sentándose luego ellos sobre el césped, confortaron sus estómagos con una tortilla de jamón y chorizo que sacaron de una fiambreira de madera, y con buenos tragos de un boto de vino tinto que llevaban también en las alforjas.

Después continuaron la marcha, yendo á dormir aquella noche á la taberna de Dos-Ríos, donde la tabernera, comunicativa y afable como todas sus paisanas, tramó pronto conversación con ellos mediante el exordio acostumbrado.

—¿De dónde son ustedes, aunque sea mala pregunta?

—De Vallejín, para servir á usted.

—Para servir á Dios, y que sea por muchos años.

—Y usted los vea.

—Van ustedes hacia la ciudad, ¿eh?

—Sí, señora; allá vamos, si Dios quiere.

—¿Van acaso á consultar con algún médico?

—No, señora; vamos á...

—Lo decía porque como *el señor* trae la cara encañada...

—No, señora, no es encañada: ese pañuelo que trae mi padre puesto por debajo de la barba y atado en el alto de la cabeza, es para que no le lleve el sombrero el aire... A lo que vamos es á...

Y la dijeron el objeto de su viaje, y la leyeron de pe á pa la carta del señor Lectoral de Valladolid, y la contaron la historia de éste y la de los servicios del tío Felipe en casa de sus padres, con otras muchas cosas que la tabernera, seguramente, no había pensado saber en su vida; sin ocultarla tampoco los temores que abrigaba Fidel de que á su padre quisieran hacerle representar á Judas, temores que, á pesar de la tranquilidad que le había infundido el hermano del Lectoral, por la mañana, en Villanoble, se le habían recrudecido durante el día, y que la tabernera no supo desvanecerle.

A la mañana siguiente, al rayar el sol, continuaron el viaje, y antes de media tarde llegaban á la ciudad, que era su término.

Alojáronse en uno de los mesones más humildes del barrio de la Serna, y fueron en seguida á presentarse al secretario del señor Obispo, que, enterado de que eran los recomendados del Lectoral, los recibió amable y afectuoso.

Mandó llamar al sastre que había hecho los trajes, para que, tomando medida al tío Felipe, le escogiese el que pudiera sentarle mejor.

Vino el sastre, y en un instante acertó á probarle uno que le estaba pintiparado, con el cual, y después de calzarse los zapatos y ponerse el sombrero ancho de ala, quedó el tío Felipe hecho un apóstol en toda regla.

—¿Hace mucho que no le ha visto á usted D. Gabriel?—le preguntó el secretario.

—Sí, señor, ya hace bastantes años que no nos vemos—contestó el tío Felipe.

—Pues ahora le dirá el señor Obispo cuando le escriba que le hemos visto á usted muy bueno y muy guapó...

Tanta amabilidad y llaneza por parte del secretario animó á Fidel á consultarle sobre sus temores, y comenzó con esta pregunta:

—Dígame usted, señor, y usted me perdona: ¿qué apóstol va á ser mi padre, si se puede saber?

—¿Cómo que qué apóstol?... Cualquiera; uno de los doce, indistintamente.

—¡Ah! ¿Conque no tiene que representar

cada uno de estos apóstoles de ahora á un apóstol fijo de los de antiguamente?

—No, no es necesario.

—Pues había allá quien decía que sí, que uno tenía que ser San Pedro, otro San Juan, y así sucesivamente; y en ese caso tenía yo que pedirle á usted una gracia: la de que mi padre no fuera Judas; porque, la verdad, yo no quisiera que mi padre fuera Judas por nada del mundo, porque Judas fué muy mala persona, y luego allá, que son muy amigos de poner motes, si se llegaba á saber, que sí se sabría, porque todo se sabe, que mi padre había sido Judas, iban á dar en llamarle el tío Judas, y á mí el hijo del tío Judas, y á los mis hijos los nietos del tío Judas.

—Pues mira—le interrumpió el secretario riéndose,—que no haría mal Judas tu padre, porque algo rojo tiene el pelo.

—No, señor, usted perdone; no le tiene rojo, le tiene cano y un poco ahumado de allá de la cocina de casa, que es muy humosa...

—Bien, bien... ya veremos de arreglar eso...

—Es que mire usted—continuó Fidel,—yo, hablándole á usted con franqueza, venía decidido á que si me decían que mi padre tenía que ser Judas ó que había peligro de que fuera Judas, se volviese conmigo para casa sin ser apóstol.

—¡Pero, hombre!... ¿Y te había de dar tan fuerte?

—Sí, señor, sí—decía Fidel muy resuelto.—Y lo mismo le dirá á usted mi padre.

—Verdad es, señor—dijo el tío Felipe.

—Bueno, pues no tengan ustedes miedo, que no habrá nada de eso de Judas—les dijo el secretario reprimiendo la risa.

Y despidió al tío Felipe y á su hijo hasta el Jueves Santo.

Después contó al señor Obispo toda la entrevista que con el tío Felipe y su hijo había tenido, y el temor y la repugnancia de Fidel y de su padre á que éste tuviera que representar al apóstol traidor, cosa que al prelado le hizo mucha gracia.

El Jueves Santo, al servir la comida á los apóstoles, se acordó del caso y preguntó al secretario:

—¿Cuál es el que no quería ser Judas?

—Este—dijo el secretario señalando al tío Felipe;—el recomendado del señor Lectoral.

—Bien, bien—le dijo el señor Obispo, dándole unas palmadas en el hombro;—hace usted bien, que demasiados Judas hay por el mundo todavía.

De este modo se enteraron también los demás *apóstoles* de que el tío Felipe no quería ser Judas, y esto les sirvió de motivo para darle bromas.

Después, cuando llegó la ceremonia principal del *apostolado*, la de irles lavando el señor Obispo los pies á todos, uno por uno, en

una palangana de plata y enjugárselos con una toalla de seda, todos estaban muy serios y muy poseídos del sagrado papel que representaban; pero más que todos el tío Felipe, que tenía una actitud de verdadera devoción, no exenta de temor de que el señor Obispo volviera allí á decirle algo de Judas...

Pero no; el prelado, al llegar á él, hizo lo mismo que con los demás, sin distinción alguna.

Al despedirse al día siguiente del señor Obispo y del secretario para volverse á Vallejín, ya fué otra cosa: ya les embromaron á él y á su hijo con los temores que habían tenido de que le tocara representar á Judas.

Y otro tanto le pasó al despedirse de los demás apóstoles, con quienes se trataba ya fraternalmente, pues varios le decían estrechándole la mano: «Adiós, el que no quería ser Judas»; y hasta hubo alguno que le dijo: «Adiós, Judas».

Emprendieron el viaje de vuelta, y al llegar á la taberna de Dos-Ríos, donde habían dormido á la ida, la tabernera les recibió muy amistosa, diciendo al tío Felipe:

—¡Hola, hola! ¡qué majo viene usted y qué contento! Bien se conoce que no le tocó ser Judas...

—No, gracias á Dios—la contestaron los dos á un tiempo.

—Pues no se alegrarían ustedes poco... Porque yo misma tenía pena y me acordaba aquellos días muchas veces, diciendo para mí: «¡Si á aquel buen hombre le harán ser Judas!»

—No, eso no—decía Fidel;—antes nos hubiéramos vuelto para casa.

—Pero no hubo necesidad de llegar á eso—decía el tío Felipe.

—Me alegro, me alegro.

—Teníamos buen padrino...

—Sí; eso vale mucho...

En esto, entraba de fuera el tabernero, y le decía su mujer:

—Mira, éste es el anciano aquel de Vallejín que estuvo aquí el otro día, que iba á ser apóstol...

—¡Ah! sí, el que no quería ser Judas...

Y entraba luego un vecino de los que le habían visto allí, cuando iba para la ciudad, y le decía:

—¡Hola!... Éste es el que tenía miedo á ser Judas...

Cuando pasaron al día siguiente por Villanoble y entraron á saludar á la familia de su protector, fueron por ella muy felicitados el padre y el hijo, pero especialmente el padre, por el buen porte que traía; y también le decía el hermano del señor Lectoral:

—¿Ve usted cómo no le hicieron ser Judas?...

Por último, llegados felizmente á Vallejín,

Fidel se esmeró en hacer entender á todos los vecinos del pueblo que iban acudiendo á su casa á darles el parabién y la bienvenida, que su padre no había sido Judas; que él por ningún concepto hubiera consentido que á su padre le hicieran ser Judas, que su padre tampoco se hubiera avenido á ser Judas.

Y, naturalmente, con tanto insistir en ello y tanto enterar á todos del caso, toda la gente del lugar decía al hablar del nuevo apóstol: «el tío Felipe, que no quiso ser Judas; el tío que no quiso ser Judas»...

Y como este mote de «el tío que no quiso ser Judas» resultaba demasiado largo, pronto se le abreviaron al tío Felipe, llamándole sencillamente «el tío Judas», y á Fidel «el hijo del tío Judas», y á los hijos de Fidel «los nietos del tío Judas».

Lo cual demuestra que no se debe tener demasiado miedo á las cosas desagradables, ni huir de ellas con demasiado afán, pues á veces, por tanto empeñarse en huir de ellas, le caen á uno encima.

Que es lo que había dicho ya Horacio:

In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte.

XVI

LA PERFECCIÓN DEL SISTEMA

TYZ

LA FERRERON DE BOUTIN

LA PERFECCIÓN DEL SISTEMA



Sucedió una vez en un país medio salvaje, es decir, en un país que había sido civilizado, pero que, á fuerza de practicar el sistema liberal que llaman, se había vuelto medio salvaje, si es que no salvaje del todo; sucedió, decía, que un funcionario de los que llamaban allí gobernadores civiles y estaban encargados de hacer lo que les diera la gana en las respectivas provincias... á los respectivos caciques, se sintió una noche indispuesto... con el ministro de la Gobernación, y presentó la renuncia de su cargo.

Y sucedió que, juntándose el hambre con la gana de comer, pues el ministro no estaba deseando otra cosa que la dimisión del gobernador, se la aceptó en seguida, con lo cual quedó el cargo vacante. Y habiendo quedado vacante el cargo de gobernador, uno de los diputados que en el sistema se llamaban ministeriales, porque no tenían otro oficio

que decir amén á todo lo que proponía el Ministerio, cansado ya de hacer este papel gratuitamente, quiso sustituir en el mando de la provincia huérfana, y en el sueldo adyacente, al gobernador dimisionario.

La cosa no tenía nada de particular, porque ya se sabe que cada cual tiene su gusto, y que lo que uno no quiere otro lo desea, porque el mundo es así y así habrá que dejarle.

Bueno; pues el hombre, ó, si ustedes quieren, el diputado ministerial, brujuleó y manejó con habilidad el incensario, digo, el asunto, y salió airoso en su pretensión, derrotando á todos los que apetecían la misma plaza, que no pasarían mucho de tres docenas.

El diputado fué nombrado gobernador civil y dejó vacante su distrito electoral, porque el cargo de gobernador y el de diputado no podían ejercerse á un tiempo.

Y dijo en seguida el gobernador cesante, dándose una palmada en la frente:

—¡Quoniam!... Pues ya que el diputado por Valdebobos me sustituye á mí en el gobierno de la provincia de Malasuerte, ¿por qué no he de sustituirle yo á él en la representación parlamentaria?... Vamos á ver si pega.

Y el hombre fué y, desindisponiéndose con el ministro y poniéndose bien con el cacique,

dió todos los pasos que eran de rigor para llegar á ser nombrado representante del distrito de Valdebobos en el Parlamento, es decir, para llegar á ser *encasillado*, que era la palabra pudorosa que se solía emplear, aun cuando apenas había ya quien no estuviera en el secreto de que encasillado y nombrado era todo uno.

Y, efectivamente, el gobernador dimisionario de la provincia de Malasuerte fué encasillado como candidato ministerial por el distrito de Valdebobos.

—¿Triunfará?—se preguntaban algunos pobres hombres.

—Indudablemente—contestaban los algo más avisados y más prácticos en el sistema,—el candidato encasillado siempre triunfa.

—Es que tiene de contrincante á un hijo del país—objetaban los cándidos.

—Pues aunque tenga en contra al hijo y al padre—replicaban los listos.

—Es que el otro candidato es de mucho arraigo—insistían los bobalicones.

—Aunque esté más arraigado que un roble viejo: contra el encasillado no hay arraigo que valga.

—Es que está dispuesto á gastar mucho dinero...

—Tanto peor para él, que lo pierde, y tanto mejor para el ministerial, que tendrá la

gente contenta y divertida con el dinero del enemigo.

—Es que también está dispuesto á tomar todas las precauciones que autoriza la ley, para evitar los *pucherazos*.

—Como si no tomara ninguna, porque contra la voluntad del ministro no hay precaución que valga.

Así planteada la cuestión y publicada la convocatoria en la *Gaceta*, llegó el día de la elección, que era un domingo; porque como ya para entonces iba el país aquél cansado de elecciones y de sistema, no siendo la votación en día de fiesta no iba nadie á votar. Y aun siendo en día de fiesta, algunas veces tampoco.

Es de advertir que ya antes y con antes el candidato del país había recorrido el distrito, enterándose de los deseos de los electores, y manifestándoles de paso el suyo de ser votado, al cual todos accedían de buena gana, prometiendo votarle.

Era cosa hecha. Vigilando la elección en todas las secciones, cuidando las urnas, evitando el *pucherazo*, era cosa hecha... Quizá el mismo candidato encasillado lo habría comprendido así, y habría ya desistido de su empeño, pues no se le veía por el distrito...

Así pensaba el pobre candidato de oposición, y la verdad era que así, á la simple vista, no parecía desacertado su pensamiento.

A la simple vista, sí, pero tenía que ser una vista muy simple.

Sin embargo—añadía para sí el candidato de oposición,—por lo que pueda suceder, tomaré todas las precauciones ideadas... Por fortuna, mi carrera y mi posición me las facilitan.

Efectivamente: como el candidato de oposición era notario, y por añadidura decano de un Colegio notarial, tenía todo lo que quería con los de su clase.

Veintitrés secciones formaban el distrito y veintitrés notarios tenía preparados, cada cual en su sección correspondiente, el día de la elección por la mañana, dispuestos á levantar acta de cualquier infracción de la ley que se cometiera, y hasta de la irregularidad más insignificante.

Llegó la hora de abrir la elección; los veintitrés notarios esperaban á las puertas de los veintitrés locales designados.

No se abrió ninguno. Ni á las ocho, ni á las nueve, ni á las diez, ni á ninguna hora del día.

Los veintitrés notarios levantaron veintitrés actas de cómo no se había abierto la elección en los colegios, y el candidato de oposición las recogió todas y las guardó en el bolso, para exigir con ellas todo género de responsabilidades, en las que parecía creer todavía, ó por lo menos para declarar la elec-

ción desierta y provocar nueva convocatoria.

No había noticia de que en ninguna parte se hubiera votado ni intentado votar; lo único que se sabía era que en casi todos los pueblos se habían reunido los electores en la taberna á celebrar la votación poniéndose alitordos con la propina del diputado hijo del país.

Esto era el domingo por la noche. Cuatro días después, el jueves por la tarde, corrió la noticia de que en la cabeza del partido y del distrito electoral se había celebrado el escrutinio y se había proclamado diputado al candidato encasillado.

—¿Escrutinio de qué?—decía el candidato de oposición.—¡Si no ha habido elección!... ¡Si tengo yo las actas notariales probatorias de que no se ha abierto ningún colegio!...

—Pues no lo dude usted—le decía un amigo;—el escrutinio se ha celebrado bajo la presidencia del juez de instrucción, y el candidato encasillado tiene ya su acta.

—No es posible...

—No será legal ni justo; pero lo que es posible...

—Pues lo veremos—contestaba el candidato; y se marchó á la corte.

Quiso entrar en el Congreso á formular su reclamación; pero no le dejaron los porteros porque no tenía pase...

Al fin, al amparo de un diputado conocido, logró entrar, presentó sus papeles, y... como si los hubiera perdido en el camino...

Solicitó informar previamente una noche ante la Comisión; pero como si no informara: de los cuatro ó cinco diputados que asistieron, unos se reían, otros se dormían...

La Comisión dió dictamen favorable al acta falsa del encasillado...

Un amigo del otro candidato formó voto particular, pidiendo se declarase la nulidad del acta, porque no había habido elección en ningún colegio, y así lo afirmó ante la Cámara al apoyar su voto en elocuente y fogoso discurso.

—¡Qué novedades nos cuenta su señoría!— le contestó riéndose un ministerial.—Eso ya se sabe que lo dicen siempre los candidatos derrotados.

—Aquí tengo copias de las actas notariales que obran en el expediente y prueban que no hubo elección—replicaba el defensor del voto.

—¡Qué cosas tiene su señoría!—insistía el contrario chungueándose.—En fin,

Si es broma, puede pasar;
Pero, á ese extremo llevada...

Parece mentira que eso se diga en serio... Ya veo que su señoría, como buen amigo del candidato derrotado, quiere hacerle funerales de primera clase; mas para eso no se necesita

dar la nota de lo grotesco y de lo absurdo. ¿Cómo quiere su señoría hacernos creer que no ha habido elección en ningún colegio, en ninguno precisamente? ¡Y dice que lo prueba con actas notariales!... ¡Bah! *qui nimis probat, nihil probat...*»

Y sin elección, sin un solo voto emitido en su favor, sin haberse abierto un solo colegio, el candidato ministerial fué proclamado diputa...

—¿Qué haces?—me dijo al llegar aquí mi amigo el marqués de P., cogiéndome la mano con que escribía, sin dejarme acabar la palabra empezada.

—Un cuento—le respondí;—mira: estaba acabando de escribir un cuento contra el sistema parlamentario.

—¿Le puedo leer?...

—Sí, hombre... ¿por qué no?... Y me alegro de que le leas, á ver qué te parece... Te advierto que es original... Quizá le encuentres algo exagerado, pues aunque el sistema es una farsa, á eso que yo supongo no ha llegado aún, ni acaso llegue nunca; pero algo había que inventar y fingir para que tenga alguna gracia y alguna sal el cuento, y para acabar de poner el sistema en ridículo... Ya sabes la licencia que á los pintores y á nosotros nos concedió Horacio de *quidlibet audendi...*

.....

Cuando el marqués acabó de leer, me dijo:
—Está muy bien; es un cuento muy bonito, y hermosamente escrito, por supuesto. Pero oye, ¿por qué dices que es original?

—¡Toma! Porque lo es. ¿Por qué lo he de decir? No lo diría si no lo fuera...

—Pues, chico, te advierto que no lo parece... y que todo el mundo creerá que le has plagiado... Y cuando lo sepa doña Emilia, dirá muy contenta: ¡Todos somos pecadores!

—Te aseguro que no; no le he leído en ninguna parte, ni he oído contar nada parecido.

—Pues entonces te le han plagiado á ti... no puede menos...

—¿Quién?

—El ministro de la Gobernación... ¿Tú has contado el cuento, antes de escribirle, delante de él ó de algún amigo suyo?

—Es posible... creo que le esboqué una tarde en el salón de conferencias, delante de...

—No digas más: te le han plagiado. Lo mismo, lo mismo que tú supones haber sucedido en el distrito de *Valdebobos*, se ha hecho en la quincena anterior la elección y la proclamación de diputado por el distrito de *Chantada*.

The first part of the book is devoted to a general history of the world, from the beginning of time to the present day. The author discusses the various civilizations that have flourished on the earth, and the progress of human knowledge and art. He also touches upon the different religions and philosophies that have shaped the human mind.

The second part of the book is a detailed account of the history of the British Empire, from its early beginnings in the sixteenth century to its greatest extent in the nineteenth century. The author describes the various colonies and territories that were acquired, and the policies that were pursued towards them. He also discusses the role of the British Empire in the world, and its impact on the course of human events.

The third part of the book is a history of the United States of America, from its declaration of independence in 1776 to the present day. The author discusses the various events and figures that have shaped the nation, and the progress of its institutions and society. He also touches upon the different political parties and movements that have emerged, and the role of the United States in the world.

The fourth part of the book is a history of the French Revolution and the Napoleonic Wars, from 1789 to 1815. The author discusses the causes and course of the revolution, and the rise and fall of Napoleon Bonaparte. He also touches upon the impact of these events on the rest of Europe and the world.

The fifth part of the book is a history of the Crimean War, from 1853 to 1856. The author discusses the causes and course of the war, and the role of the various powers involved. He also touches upon the impact of the war on the world, and the progress of the various nations.

The sixth part of the book is a history of the American Civil War, from 1861 to 1865. The author discusses the causes and course of the war, and the role of the various figures involved. He also touches upon the impact of the war on the United States, and the progress of the nation.

The seventh part of the book is a history of the Franco-Prussian War, from 1870 to 1871. The author discusses the causes and course of the war, and the role of the various powers involved. He also touches upon the impact of the war on Europe, and the progress of the various nations.

The eighth part of the book is a history of the Boer War, from 1899 to 1902. The author discusses the causes and course of the war, and the role of the various powers involved. He also touches upon the impact of the war on South Africa, and the progress of the various nations.

The ninth part of the book is a history of the First World War, from 1914 to 1918. The author discusses the causes and course of the war, and the role of the various powers involved. He also touches upon the impact of the war on the world, and the progress of the various nations.

The tenth part of the book is a history of the Second World War, from 1939 to 1945. The author discusses the causes and course of the war, and the role of the various powers involved. He also touches upon the impact of the war on the world, and the progress of the various nations.

XVII

EL TAMBORITERO



EL TAMBORITERO

Veinte duros, pagaderos en dos plazos de á diez, el uno por San Miguel de Setiembre y el otro por San Miguel de Mayo, constituían la dotación anual de Juan Ortiz el tamboritero de Villadanzas.

Por esa suma, en realidad nada excesiva, tenía Juan Ortiz la obligación que cumplía religiosamente de tocar el tambor y la dulzaina todos los domingos y fiestas de guardar, de las once á las doce de la mañana y de las dos á las cinco de la tarde, en la temporada de invierno, que duraba allí desde fines de Setiembre á principios de Mayo, y de las nueve á las once de la mañana y de las cuatro al toque de la oración por la tarde, en la temporada de verano, que se extendía desde principios de Mayo á fines de Setiembre.

La música, si me permiten ustedes llamarla así, había de ser por el invierno en la plaza y por el verano en las eras, y lo que el

tamboritero tenía que tocar eran bailes, alternando lo llano con lo menudo y con la rondilla, para concluir irremisiblemente con la jota.

¿Que si pasaban la vida divertida y contenta en Villadanzas? ¡Figúrense ustedes!... Como que venía á ser casi lo mismo que en Villalón, de donde ya se sabe lo que dice la copla:

Allá en Villalón,
por no trabajar,
andaba la gaita
por todo el lugar..

¡Ah! se me olvidaba añadir que en el verano también tenía el tamboritero que tocar un poco de diana por las calles, al amanecer alguna de las cuatro ó cinco fiestas mayores.

Todo esto por la modesta asignación oficial. Pero aparte de ella percibía Juan Ortiz otros emolumentos, porque tenía también sus apelaciones, como se dice de los cirujanos y médicos rurales, cuando se reclaman sus servicios para fuera del partido, ó, aun dentro de él, para personas no avenidas ó para casos exceptuados de la avenencia.

Estos lucros extraordinarios, que se podrían llamar, en el buen sentido de la frase, desgajes del oficio, se los proporcionaban á Juan Ortiz, en primer término, las bodas rumbonas, en las que tocaba todo el día y una

gran parte de la noche y casi todo el día siguiente ó de la tornaboda, por una cantidad estipulada de antemano ó confiada á la generosa voluntad del padrino ó de las familias de los novios cuando eran gente de verdadero rumbo. En segundo lugar, aunque en menor escala, los bautizos rumbones también, como lo solía ser por lo menos el primero de los correspondientes ó consigüientes á cada boda de la misma clase, en los cuales iba tocando delante de la comitiva cuando se dirigía á la iglesia, y cuando volvía desde la iglesia á casa después de acristianar el vástago. Item en las misas nuevas, en las que tocaba como en las bodas todo el día y casi toda la noche; y aunque es verdad que no las había todos los años, también lo es que, por eso mismo, cuando caía una, Juan Ortiz sabía muy bien ponderar lo grande y extraordinario del acontecimiento y hacerse pagar con largueza. Item más, las visitas del señor Obispo, que no eran tampoco anuales ni con mucho, pero cuando acaecían tocaba á la entrada del prelado en el pueblo y á la despedida, pagado espléndidamente por los curas del arciprestazgo, que aunque no anden muy sobrados de dinero, siempre en tales casos echan la casa por la ventana.

De vez en cuando, también le llamaban para honrar la fiesta del santo patrón de algún lugarcillo comarcano que no podía per-

mitirse como Villadanzas el lujo de tener tamboritero. Algún año también, aunque de tarde en tarde, en el mismo Concejo se le encargaba, mediante propina, organizar y ensayar una danza de mozos para celebrar la fiesta principal de la villa, que era la Asunción de Nuestra Señora, con solemnidad extraordinaria.

Por todos estos conceptos y otros semejantes, descontando partidas fallidas como, por ejemplo, las cantidades que devengaba tocando á la venida del candidato ministerial y del de oposición en tiempo de elecciones por mandado de la justicia local ó del cacique, sin que ni éste ni aquélla cuidaran de pagarle; aun descontadas, como digo, las partidas fallidas, venía reuniendo Juan Ortiz otro tanto como cobraba de sueldo, y aun más algunos años; de suerte que con sus cuarenta ó cincuenta duros anuales, como al mismo tiempo que tamboritero era algo labrador y contaba por consiguiente con los frutos de sus tierras, se manejaba menos mal y vivía más desahogado que la mayor parte de los vecinos.

Aunque el cargo de tamboritero era de provisión anual y de dar de la justicia, se le consideraba allí como perpetuo é inamovible; y de hecho lo era, no solamente en la persona, sino en la familia; pues antes que Juan Ortiz, le había desempeñado con las mismas

condiciones su padre José Ortiz, y antes que éste, allá muy antes, según constaba en los escritos antiguos de cuentas del Concejo, su abuelo Juan José Ortiz, y aun se decía si antes le había desempeñado ya su bisabuelo.

Con estos antecedentes, hallábase Juan muy tranquilo respecto de la estabilidad de su empleo, sin que jamás se sintiese miedo de que alguien pudiera venir á suplantarle en él mientras viviera... Ni aun después de su muerte pensaba que el empleo había de salir de su familia, porque contaba con transmitírselé á su hijo mayor, á quien había ya enseñado el oficio creyendo dejarle en él una buena herencia; pues aunque el sueldo no era grande, reforzado, como se ha dicho, con las apelaciones y los productos de la labranza, daba para vivir con comodidad, y, en fin, á él nunca le había parecido pequeño.

Mas, corriendo sin cesar los días, llegó uno en que Juan Ortiz, ó por haber leído periódicos, ó por haber hablado con los que los leían, se enteró de que, por la época en que solían discutirse los presupuestos en las Cortes, todo el mundo pedía aumento de sueldo, y, lo que era más, á casi todo el mundo se le aumentaban.

Y como nadie está libre de un mal pensamiento de ambición ó de cualquier otra clase, Juan Ortiz entró en gana de hacer lo mismo que los demás, y al fin un año se presentó al

Concejo, exponiendo formalmente su pretensión de que se le aumentase el salario, apoyándola en los siguientes argumentos, copiados casi al pie de la letra del discurso de un diputado que, previo contrato con los favorecidos, que se comprometían formalmente á cederle íntegro el aumento del primer año, acababa de pedir, con pedestre elocuencia, que se les aumentara el sueldo á los fiscales de los juzgados de primera instancia:

«La vida se va haciendo cada día más cara—decía Juan, copiando al diputado aludido;—las cosas necesarias para vivir con decencia, y aun las de primera necesidad, se han ido encareciendo rápidamente: lo que antes costaba dos reales, cuesta ahora una peseta; los alimentos, los vestidos, todo se pone por las nubes, todo cuesta ya el doble que antes. Por eso, más ó menos paulatinamente, se han ido subiendo todos los sueldos, y no debe ser una excepción, sino que debe subirse también, el de los muy dignos funcionarios á quienes la sociedad encomienda la misión delicada é importantísima de la...»

El diputado había dicho «de la vindicta pública». Juan Ortiz dijo:

«...la misión delicada é importantísima de la diversión pública... A más de que, si no se dota á estos dignísimos funcionarios con largueza, para que puedan satisfacer ampliamente las necesidades de la vida, ¿cómo se

quiere, con qué derecho se les exige que haya probidad y honradez en sus redobles? (El diputado había dicho «en sus dictámenes».) Fundado en estas consideraciones, yo pregunto respetuosamente al Congreso, digo, al Concejo: si todos los sueldos de los funcionarios públicos se han ido elevando al doble, ó poco menos, ¿por qué razón ha de seguir ganando los mismos veinte duros de siempre, y no ha de ganar cuarenta, ó siquiera, siquiera treinta, el tamboritero? Yo entiendo, señores, que un funcionario...»

—Mira, Juanillo—le interrumpió el alcalde, que era hombre cachazudo y de buena luz natural, pero que se iba ya cansando de oírle decir tonterías,—calla esa boca y déjanos en paz; no trates de poner usos nuevos en villas viejas. Aquí no hay tal carestía de la vida, ni el vestido ni el alimento cuestan más que antes. La misma lana, poco más ó menos, darán las tus ovejas y las mías este año que el año pasado, y el mismo tiempo se tarda en hilarla, tejerla y pisarla. Y el mismo centeno, poco más ó menos, y el mismo trigo dan ahora que daban antes las tierras, y la misma leche las vacas. Para quien las cosas van cada vez peor es para los que no cobramos sueldo ninguno y tenemos que pagar la contribución, que es la única que va subiendo todos los años... Conque así, no seas tonto, llévate la vida en paz y no quieras buscar tres

pies al gato... Quiero decirte, que no andes por donde la justicia determine sacar el cargo de tamboritero á quien por menos, que es como, según la ley, deben contratarse los servicios públicos, y venga por ahí algún desocupado que no tenga inconveniente en servirle por las dos terceras partes ó por la mitad, si se ofrece.»

Juan no insistió, porque oyendo cómo se expresaba el alcalde, comprendió que llegaba, como suele decirse, en el mes del obispo, ó que no estaba la Magdalena para tafetanes; pero tampoco se asustó ni se preocupó nada con la amenaza del alcalde de que pudiera llegar el caso de que su cargo se sacase á quien por menos, ó dígase á pública subasta. Aquello le pareció que era hablar al bultuntún, porque estaba seguro de que ni en la villa ni el contorno había nadie que supiera tocar la dulzaina y el tambor más que él y sus hijos; y eso de que pudiera venir un forastero que no teniendo allí tierras, ni prados, ni vacas, como tenía él, se sujetara á tocar el tambor y la dulzaina todo el año de Dios por veinte duros, ó por menos de veinte duros, ni á él ni á ningún hombre de razón le podía caer en la cabeza.

Tal era el estado de las cosas cuando acertó á venir por allí una compañía de titiriteros; la cual, pedida y obtenida la necesaria licen-

cia del alcalde, comenzó á dar unas funciones nocturnas en la casa de Concejo, que era á la vez casa de escuela, y cuando era menester, también servía de teatro.

Componíase la compañía de dos matrimonios y dos medias docenas de rapaces, de los que los más espigadillos de uno y otro sexo ayudaban á sus padres en la empresa de ganar de comer tomando parte en las funciones.

El programa de éstas no dejaba de ser variado. El número principal, y aun el primero puede decirse, pues antes no había más que unos culumbetes que daban los chicos sobre una manta, le constituían los muñecos, la exhibición del famoso y terrible Cristóbal, que mataba á su mujer de un morterazo, y luego, de un porrachazo, al cura que la venía á enterrar, y de otro, al alguacil que le venía á prender; y, aun después de preso y condenado á muerte, por poco no entornaba también de otro cachiporrado al verdugo de Granada, que acudía á ejecutar en él la terrible sentencia. Después, un rato de linterna mágica, merced á la cual aparecían representados en una sábana el Cid Campeador, el palacio real de Madrid, la pantera, Napoleón, el *jabalín* inglés que se vuelve al tiro y otras varias notabilidades. Luego, otro rato de prestidigitación, en el que dos de los muchachos mayores hacían con gran sutileza juegos de manos, desanudaban los nudos más apretados

con sólo tocarlos con la punta de una vara; adivinaban el pensamiento, y á cualquier espectador, sin que diera cuenta ni supiera cómo, le quitaban un duro de la palma de la mano á ojos en vista. Y por último, después de algunos chistes y habilidades del payaso, se ponía un rapaz á caballo en un trapecio y empezaba á dar vueltas como un argadillo; su padre decía que andaba muy despacio y que había que ponerle una espuela, y diciendo y haciendo, le ataba un cohete á un calcañar y le prendía fuego, y el muchacho volvía á dar vueltas en el trapecio con mucha mayor velocidad que antes, armando un chisporroteo que era el acabóse.

Como la entrada no costaba más que cuatro cuartos á las personas mayores y dos á los niños, todas las noches se llenaba la sala, y eso que era un paramal; de suerte que la recaudación no podía ser más halagüeña. Pero con todo eso, á la tercera noche, sobre si los trabajos de cada parte eran ó no proporcionados á la distribución que se hacía de las ganancias, surgió entre las dos familias una desavenencia, que degeneró en riña y en formal rompimiento.

A la mañana siguiente, después de partir los títeres y demás enseres del oficio, así como los pollinejos que tenían para transportarlos, uno de los matrimonios se marchó

con sus hijos y sus trebejos en dirección al Mediodía, y el otro con los suyos en dirección al Norte, como si no quisieran volver á encontrarse nunca.

Pero este último, que era el más joven, aquel mismo día, á puestas del sol, volvía á entrar en la villa con toda la recámara y se acuartelaba de nuevo en la taberna como estaba antes.

Se creyó que aquella vuelta sería para marcharse en otra dirección distinta; pero pasaban días y no se marchaban... Ya una tarde salieron de la villa con todo su menaje, pero volvieron á otro día por la mañana y se supo en seguida que aquella noche habían estado dando una función en uno de los pueblecillos del contorno; otro día hicieron lo mismo, y luego las salidas se repetían á menudo, prueba de que no les iba en ellas del todo mal, pero siempre volvían á Villadanzas, que sin duda les gustaba como centro de operaciones.

Con esto comenzó á sentir Juan Ortiz un requemorcillo de que el titiritero rezagado tratara de avecindarse allí y hacerle mal tercio, no con los títeres, sino con el tambor y la dulzaina; porque es de advertir que, al disolverse la compañía, le habían correspondido en la partija entre su mitad de utensilios la dulzaina y el tambor que tenían para

anunciar cada mañana por las calles la función de la noche y para convocar á ella al oscurecer, y ya era sabido que tocaba admirablemente ambos instrumentos.

Cuando hubo exhibido sus títeres y lucido sus habilidades y las de sus hijos en todos los pueblecillos de alrededor, viendo que ya aquella industria, de no extender mucho el radio de acción, no daba más de sí, discurrió irse á las romerías, que eran muy frecuentes en aquella temporada de fin de verano, á tocar sin ajuste ni convenio alguno la dulzaina y el tambor para divertir al concurso y para que la juventud bailara á su placer cuanto quisiera. De vez en cuando, entre baile y baile, uno de sus hijos más pequeños pasaba por entre los bailadores una bandejina de hojalata pintada de encarnado y verde, y si le echaban algún cuarto, bien, y si no, también: seguía tocando tan campante.

El requemor de Juan Ortiz, que había ido creciendo con todas estas cosas, llegó á convertirse en aterradora seguridad el día que supo que el titiritero, dejando su alojamiento provisional de la taberna, se había instalado con sus trastos en una casa que estaba deshabitada, prometiendo al dueño pagarle alguna renta.

Entonces vió claro el peligro que le amenazaba y en el que primero no creía; entonces ya creyó á pies juntos que aquel foraste-

ro era un enemigo que tomaba posiciones con intento de birlarle la plaza; y pensando que «al raposo durmiente, según dice el refrán, no le amanece gallina en el vientre», y que «al que madruga Dios le ayuda», y que «hombre prevenido vale por dos», se puso en defensa con tiempo, hablando á los individuos de justicia y demás vecinos influyentes del Concejo, á quienes encareció la necesidad de que le apoyaran y sostuvieran contra el intruso si llegaba el caso, no tanto por favorecerle á él y conservarle el modo de vivir, cuanto por el bien de la villa; por evitar que se avecindara y arraigara allí aquel aventurero que á saber de qué casta sería y que por todo caudal traía una enjambre de rapaces morrinosos que se habrían de criar por allí rebojeando para ser después á lo mejor unos gandules...

Todos le contestaban, como es de suponer, favorablemente, asegurándole que siempre sería preferido en igualdad de condiciones, lo cual no dejaba de tranquilizarle.

Por su parte, Pedro García, que así se llamaba el ex-titiritero, unos días antes del de San Silvestre, último del año, que era cuando se proveían los empleos concejiles, según se había ya él informado, se presentó al alcalde solicitando la plaza de tamboritero, que ofrecía servir por mucho menos sueldo del que tenía asignado. Contestóle el alcalde que, desde el

momento en que había más de un aspirante á la plaza; lo que procedía era sacarla á quien por menos, y eso se haría, adjudicándosela al que la sirviera más económicamente. Aquella misma tarde el pregonero del Concejo anunciaba la subasta.

Llegada la noche de San Silvestre, y reunidos la justicia y el vecindario en la casa de Concejo para rendición de cuentas, renovación de cargos, provisión de empleos y convite de despedida del año, se procedió lo primero á subastar la susodicha plaza en toda regla.

—De orden del señor alcalde, y por acuerdo del Concejo—dijo solemnemente el alguacil,—se pone á quien por menos la plaza de tamboritero de la villa, tomando como tipo el sueldo de veinte duros en que hasta hoy estaba servida... ¿Quién la sirve por menos?...

—Yo la sirvo por quince duros—dijo Pedro García en voz alta y desahogada.

—Por quince duros la sirven—repitió el alguacil.—¿Hay quien la sirva por menos de quince duros?...

—Yo por catorce—dijo Juan Ortiz muy malhumorado.

—Yo por diez—dijo inmediatamente Pedro García, sin dar tiempo siquiera á que el alguacil pregonara la postura de los catorce.

Una ola de indignación cubrió el semblante de Juan Ortiz, que se puso encarnado como la grana, y luego pálido como la cera, y otra vez encarnado, y otra vez pálido; es decir, que un color se le iba y otro se le venía.

El alguacil pregonó la última postura del titiritero, diciendo:

—Por diez duros la sirven... ¿Hay quien la sirva por menos de diez duros?...

Reinó el silencio. Se hubiera sentido volar una mariposa.

Juan Ortiz tuvo un instante de perplejidad; pero la ira se sobrepuso en él á la reflexión, y dijo para sí resueltamente: «No, no quiero envilecerme ni envilecer el cargo hasta ese punto». Y se retiró de la reunión sin hablar palabra.

El alguacil volvió á preguntar:

—¿Hay quien desempeñe el cargo de tamboritero por menos de diez duros?...

Y como nadie decía nada, continuó:

—Diez duros, á la una... ¡Que se va á dar el buen provecho!... Diez duros, á la una... Diez duros, á las dos... ¡Que buen...! ¡que rebuén...! ¡Que lo digo! Diez duros... diez duros, á la una... diez duros, á las dos... ¡Que se remata!... diez duros, á las... tres. ¡Que buen...! ¡que rebuén...! Que buen provecho le haga... que le haga buen provecho... que buen provecho le haga... al que lo tiene puesto.

El suceso fué muy comentado toda aquella

noche durante el convite. Unos alababan la dignidad y entereza del antiguo tamboritero en no querer servir por una cantidad tan exigua; otros censuraban su soberbia diciendo que mientras tenía diez duros, ó aunque no fueran más que cinco, no tenía necesidad de pedir nada á nadie.

Juan Ortiz, en un principio, se manifestaba satisfecho de su resolución; pero luego, considerando que al fin el otro se había salido con la suya, comenzó á pesarle de no haber hecho más baja. Quería consolarse á ratos con la idea de quitarle todas las apelaciones reduciendo mucho en ellas la tarifa, y sitiarse por hambre; mas cuando pensaba que de todos modos su contrario iba á ser el tamboritero oficial y que tendría que verle tocar á sus anchas y recibir los aplausos de la juventud en la plaza ó en las eras todo el año redondo, le invadía verdadera tristeza, para la cual no había consuelo posible.

Pero, en fin, como la cosa ya no tenía remedio, no había más que decir con el refrán: «á lo hecho, pecho», y tener paciencia hasta otro año...

¿Que no tenía remedio?...

Todavía le tenía. Un vecino viejo de los más entendidos y principales se le sugirió aquella misma noche al mustio y desalen-

tado Juan Ortiz diciéndole que aún podía anularse la adjudicación de la plaza de tamboritero *cuarteando* la subasta; con lo cual le volvió el alma al cuerpo. Y efectivamente, según derecho consuetudinario allí en vigor, cuando se trataba de una subasta en que estuviera interesado el procomún, aun después de cerrada, si había quien mejorase en la cuarta parte la última postura, la que había servido de precio en el remate, quedaba rescindido y renovado el contrato, y el nuevo postor ó sea el *cuarteador* se subrogaba en lugar del rematante.

Como Juan Ortiz estaba para agarrarse á un hierro albandó, se agarró en seguida ¡no se agarraría ni nada! al recurso que le indicó el vecino legista, y á la mañana siguiente se presentó al alcalde en compañía de dos hombres buenos, manifestándole su formal propósito de hacer el cuarteo y solicitando le fuese admitido.

El alcalde, conocedor también de la antigua costumbre, y creyendo que no se podía menos de respetarla, reunió el Concejo á son de campana para hacerle presente el caso, con citación expresa y nominal del nuevo tamboritero para que acudiera á enterarse de lo que pasaba y á mostrarse conforme ó alegar en otro caso lo que tuviera por conveniente.

Reunido el Concejo, el alcalde dió cuenta

de lo solicitado por Juan Ortiz y manifestó que en su sentir la antigua costumbre tenía fuerza de ley y no había más remedio que someterse á ella, y dar por rescindido el contrato de adjudicación de la plaza de tamboritero á Pedro García y por renovado á favor de Juan Ortiz, que con la cuarta parte menos de dotación quedaría subrogado en lugar del primero.

El Concejo asintió con unanimidad á lo propuesto por el alcalde; y requerido Pedro García para que dijera si estaba conforme, contestó que sí, que él era fiel observante de las leyes y de las costumbres que tuvieran igual fuerza, y por consiguiente que se conformaba de grado con el acuerdo del Concejo anulando la anterior subasta y renovando el contrato á favor de Juan Ortiz, mediante el cuarteo propuesto. Pero...—y aquí la naciente alegría de Juan Ortiz, á quien daban ya la enhorabuena los vecinos que estaban á su lado, comenzó de nuevo á eclipsarse;—pero que tan pronto como acabaran de extender la nueva escritura adjudicando la plaza á Juan Ortiz en siete duros y medio, él iba á hacer uso del mismo derecho de cuarteo ofreciendo servirla por las tres cuartas partes de esa cantidad, y que por si acaso el tamboritero anterior tuviera intención de cuartear otra vez, añadía desde luego, para evitar al Concejo y á la justicia molestias y dilacio-

nes, que él estaba dispuesto á servir la plaza completamente gratis y desde luego lo ofrecía así, con lo cual podían extenderle la escritura definitiva, por cuanto ya no era de presumir que se presentase otra proposición más ventajosa.

Todo el Concejo tuvo que convenir en ello, y Pedro García quedó nombrado tamboritero sin sueldo ni gratificación de ninguna especie.

Si le sangran entonces á Juan Ortiz, no da ni una gota de sangre: tal quedó de cuajado. Verdad es que aun los demás vecinos á quienes el asunto no afectaba personalmente, quedaron atónitos.

—¿Qué se propone este hombre?—se preguntaban todos al salir de la reunión,—¿qué va ganando?...

Alguien manifestó la idea de que aquello era una burla, de que el ex-titiritero se proponía dar al Concejo una broma pesada, desapareciendo de allí cualquier día y dejándoles en blanco. Esta opinión, abrazada desde luego por Juan Ortiz, á quien no podía menos de serle agradable, tuvo en los primeros días otros muchos adeptos.

Pero, nada... Pasaba tiempo, y Pedro García, lejos de pensar en marcharse, tocaba cada vez con más afición y esmero, el tambor y

la dulzaina, todos los días y horas que mandaba la contrata en la plaza ó en las eras, según el tiempo en que fuese. Y aun no contento con tocar los días festivos, que era cuando lo tenía de obligación, dió en tocar también los días de mercado en la plaza, desde media tarde, cuando aquél empezaba á deshacerse, con lo cual se armaba un baile estrepitoso, que solía durar hasta bien entrada la noche. Y tocaba igualmente, sin ajustar y sin pedir nada, en las bodas y en los bautizos, y en cualesquiera regocijos de las principales familias... Todo sin perjuicio de irse á tocar también á todas las romerías grandes y pequeñas que se celebraban en cuatro ó cinco leguas á la redonda.

Y esto un año y otro año...

¿Qué misterio es éste?—decían todos.—¿De qué vive este hombre? No percibe sueldo del Concejo... y toca de balde en todas partes, pues aunque alguna vez pase la bandeja, nadie le echa un cuarto... ¿De qué vive?... Son un matrimonio con siete de familia: nueve personas, de las que ninguna gana ni un real... ¿De qué se mantienen?...

—¿Tendría sus ahorros de cuando andaba con los títeres—apuntaba uno con timidez—y los estará gastando alegremente en divertir al público?...

—¡Quiá! ¿Qué ahorros había de tener?...—le contestaban.—Y aunque tuviera algunos,

¿por dónde habían ido ya á estas horas?... Dice un antiguo refrán que «donde se quita y no se pon, presto se llega al hondón». ¿Cuánto hace ya que habría llegado al hondón de la caja de sus ahorros el antiguo titiritero, caso que los tuviera?...

—Pues ello es que él vive—decía otro—y tiene todo lo necesario; conque de alguna parte lo saca...

—Ese es el misterio—le contestaban.

—Sí, ese es el misterio.

Y en descubrir ese misterio, se devanaba los sesos en Villadanzas todo el mundo... empezando por Juan Ortiz, que era á quien más le daba en qué entender la cosa.

¿Que si se llegó á descubrir el misterio alguna vez, me preguntan ustedes?

Sí, por cierto; el misterio se descubrió. Andando el tiempo se llegó á saber todo. No lo llegó á saber el pobre Juan Ortiz, á quien la pesadumbre... mucho mayor que aquella á que, según Rioja, se rindieron las torres de Itálica, la pesadumbre de verse privado del oficio y de la esperanza de dejársele á sus descendientes, le llevó en pocos años á la sepultura. Pero los demás, todos lo supieron, con ocasión de haberse formado, por hurto del bolsillo á un tratante, una causa criminal que dió mucho ruido...

Entonces se supo todo... y por cierto que la cosa era bien sencilla...

Pedro García, como se ha dicho ya, tenía siete hijos, de los cuales, tres que eran ya mozelos y otros dos que eran rapacetes de diez á doce años, se dedicaban, unos á limpiar los bolsillos de las gentes que se arremolinaban en la plaza y en las eras, y en el mercado, alrededor del baile... y otros, al mismo tiempo, á hurtar todo lo que podían de las casas que quedaban abandonadas ó mal guardadas por marcharse la gente á oír la música. Con el mismo objeto iban todos á las romerías á ejercer su *industria*, mientras su padre tocaba y divertía á la gente.

Del producto de todos estos hurtos vivían el tamboritero y su familia con desahogo y hasta con lujo.

Para eso tocaba de balde.

Esta historia, talmente como la acabo de contar, pasó en Villadanzas, al demediar el siglo XIX.

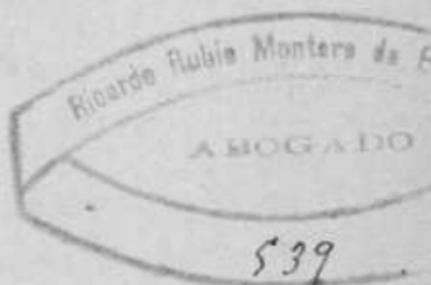
Conviene consignarlo formalmente, porque si no, como hay gente tan maliciosa, no faltaría quien, teniéndola por una invención, por una verdadera parábola, tratara de explicar su sentido.

Y habría quien le explicara diciendo que el tamboritero que toca de balde simboliza á

los que ejercen cargos políticos ó administrativos, costosos de adquirir, trabajosos de desempeñar y, por añadidura, sin sueldo.

Y aun habría tal vez quien, puntualizando más las cosas y aguzando más la malicia, llegara á insinuar la sospecha de si los que ponen tanto empeño y aun gastan dinero en ganar una elección y hacerse con un acta, para luego pasarse todo el año pronunciando discursos de balde, lo harán con la mira de aligerar los bolsillos al país, entreteniéndole y embobándole con la oratoria.

FIN



ÍNDICE

| | Págs. |
|---------------------------------------|-------|
| I.—LAS MANZANAS..... | 5 |
| II.—PANFILIA..... | 21 |
| III.—EL HUERTÍN DE LA HERRERA..... | 39 |
| IV.—SAÑA DE RUINES..... | 53 |
| V.—LA HERENCIA ADELANTADA..... | 65 |
| VI.—LOS DOS MONTEROS..... | 75 |
| VII.—SIN PALO NI PIEDRA..... | 85 |
| VIII.—UN CONSEJO EVANGÉLICO..... | 99 |
| IX.—EL RÍO VIEJO..... | 111 |
| X.—LA ULTRAPATIANA..... | 127 |
| XI.—EL OYENTE..... | 147 |
| XII.—LO DESCONOCIDO..... | 159 |
| XIII.—EL PRINCIPIO DE LA CUESTIÓN.... | 177 |
| XIV.—LAS ARMAS..... | 189 |
| XV.—EL TÍO JUDAS..... | 207 |
| XVI.—LA PERFECCIÓN DEL SISTEMA..... | 229 |
| XVII.—EL TAMBORITERO..... | 241 |

PROTESTA

Si apareciese en este libro alguna cosa contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR

大
EN
MADRID,
EN LA IMPRENTA
DE IDAMOR MORENO,
SE TERMINÓ LA IMPRESIÓN
DE ESTE VOLUMEN EL
10 DE JUNIO
DEL AÑO
1904.
✚







G 403881